EDITORIAL
ROSAMERÓN

Camino rural

RELATOS

REGINA ULLMANN

Traducción de
Anna Rossell

«Me he sumergido
tanto en algunos
de mis relatos,
que casi he quedado
atrapada en ellos».

EDITORIAL
ROSAMERÓN

Camino rural

RELATOS

REGINA ULLMANN

Traducción de
Anna Rossell

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2025, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Camino rural
Primera edición: abril de 2025
© 2025, Anna Rossell por la traducción
© 2007 Nagel und Kimche, grupo editorial HarperCollins Deutschland GmbH, Hamburgo

Imagen de cubierta: © Krit Kongjundee / iStock

Imágenes de interior:
Páginas 12 y 13: Verano en Eisenhammer, cerca de Bad Schmiedeberg (1899) / Emil Zschimmer (1842–1917) / Óleo sobre cartón, 30 × 50 cm / Obra de dominio público / Imagen procedente de Historia Auctionata, Berlín, 8 de noviembre de 2021.

ISBN (papel): 978-84-128716-8-5
ISBN (ebook): 978-84-128716-9-2

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo
Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com
www.rosameron.com

Índice

A mi admirada Ellen Delp

PRÓLOGO
A REGINA ULLMANN

Anna Rossell

AGRADEZCO A LA EDITORIAL ROSAMERÓN la publicación de estos relatos de Regina Ullmann. Es el primer paso en lengua española para dar el reconocimiento que merece una autora casi olvidada en los propios países de habla alemana, su lengua materna. Solo desde hace demasiado poco se rescata allí en cierta medida del olvido. Solo en cierta medida. Pero sabemos lo que pasa con los laureles: no es oro todo lo que reluce y, desde luego, no todo lo que reluce es oro ni mucho menos. Contar con una traducción de Ullmann al español es, pues, un privilegio.

Regina Ullmann (* 14 de diciembre de 1884, St. Gallen, Suiza; † 6 de enero de 1961, Ebersberg, Baviera), que se dio a conocer con su primer libro de relatos *Die Landstraße* (*Camino rural*), fue apadrinada por Rilke y entró en contacto con reconocidos escritores de su época: Thomas Mann, Robert Musil, Max Pulver y Albert Steffen, y después, en 1923, con Carl Jacob Burckhardt. En 1936, por su ascendencia judía, fue expulsada de la Asociación de Escritores Alemanes (*Schutzverband Deutscher Schriftsteller*) y tuvo que abandonar Alemania.

Traducir a Regina Ullmann es una tarea ardua, porque también leerla y comprenderla lo es. Y lo es precisamente por la extrema originalidad y autenticidad de su escritura. Autenticidad, porque la escritura a la que estamos acostumbrados, de corte lingüísticamente *realista*, y la otra, la que procede de los repliegues más recónditos

del alma, conviven como si tal cosa. Ullmann combina lenguaje de diversa índole, realista y onírico, no porque articule ambos lenguajes como una construcción artificiosamente pensada, sino porque su modo de pensar, imaginar y percibir el mundo bebe más directamente de la imagen que de las palabras que se esfuerzan por expresarla. Imagen que lleva un personalísimo sello y exige del lector penetrar un ignoto modo de ver y de sentir. Lo abstracto y lo intangible (los sentimientos y las emociones) se funden y confunden con lo concreto y lo tangible. Es especialmente remarcable el uso de la metàfora, en el que los espejos y los reflejos de unos personajes en otros tienen un papel preponderante, y del símil, donde destaca sobre todo la comparación con los pájaros, por los que la voz narradora siente especial empatía, hasta el extremo de adoptar a veces su punto de vista o confundirse casi con el protagonista humano.

Pero la escritura de Ullmann presenta otras características igualmente singulares: diríase que desgrana situaciones y personajes a partir de indicios muy sutiles que anticipa a pequeños sorbos y que solo mucho más adelante el lector puede aprehender cabalmente. Así, sucede que a menudo, en un principio, provoca la extrañeza del lector, que no sabe situarse en la historia o no comprende la naturaleza de un personaje hasta bien avanzada la lectura.

No, Regina Ullmann no nos lo pone fácil. Su capacidad de observación es enorme e igualmente enorme es su capacidad de interpretación de lo que observa que sucede en el interior del alma humana. Su mirada incisiva llega a conclusiones que conforman una filosofía de la vida que pone en boca de la voz narradora omnisciente. Una voz narradora que sentencia qué puede suceder o sucede en tal o cual situación a partir de la manera de ser y de actuar de sus personajes.

Se sabe que Regina Ullmann tuvo una vida difícil y se dice que su

propio sufrimiento se refleja en su obra. Y leyéndola es fácil imaginar que así es, pues su mirada introspectiva probablemente no podría ser tan lúcida de no haber experimentado ella misma mucho dolor en carne propia. Sucede sobre todo, por ejemplo, en su primer relato, *Camino rural*, que nos narra, en tres estaciones, el devenir de una mujer que, con un simple hatillo, transita por un polvoriento y desangelado camino sin un destino conocido. La historia está narrada en primera persona y el personaje parece como expulsado de alguna parte, lanzado u obligado a recorrer sin destino un mundo que se nos antoja lúgubre y amenazador. El destino de esta mujer, una mujer, solitaria y hosca, es precisamente la ausencia de destino; probablemente el sentido de su vida sea deambular de una parte a otra con el único objetivo de observar gente y paisajes. La inercia de la vida adquiere protagonismo en la existencia misma del personaje. De hecho, ya en las primeras líneas aparece sentada en lo alto de una colina desde la que tiene una vista panorámica de lo que sucede a sus pies y desde este punto de vista nos lo describe. Pero ella no desentona en el ambiente, parece pertenecer al paisaje inhóspito como una pieza más.

Muchos personajes de Ullmann son solitarios; aun cuando viven o han vivido un tiempo acompañados, se encuentran solos o casi solos en el marco de sus respectivas historias. Hasta cuando están aparentemente acompañados siguen estando solos. La autora explora el mundo de los márgenes. Casi todos sus protagonistas viven inmersos en ellos; son los marginados, la gente humilde, el objeto preferente de su atención: mendigos, ancianos, personajes de farándula, de circo, jorobados, enfermos, impedidos por alguna carencia física o/y económica… Y cuando su mirada describe escenas burguesas, no falta el humor en forma de finísima y zahiriente ironía. Aunque la crítica no está solo relacionada con el ambiente burgués; la autora la aplica en muchas otras ocasiones, cuando el comportamiento humano aparece conducido por la

hipocresía. Ullmann no renuncia a la crítica irónica; cuando quiere criticar, no perdona. Los entornos en los que sitúa a sus personajes son rurales; allí es donde se concentran los temas de su interés y donde afloran los aspectos más oscuros y siniestros del alma humana. De ahí que describa los paisajes naturales y rústicos con extrema precisión. El ojo de Ullmann indaga a menudo en lo más hondo del alma humana. Sus personajes aparecen tocados de un aura casi escalofriante, un aura que traduce para el lector los más recónditos repliegues de sus criaturas de ficción. Los cuentos de *Camino rural* son un retrato de muy diversos tipos humanos y reflejan las conclusiones a las que su creadora llega cuando observa y se adentra en su naturaleza. Ello le permite proyectar y concluir una determinada filosofía de la vida. Si bien su simpatía se decanta del lado de los marginados, las víctimas de su agudísima ironía son también gente sencilla. Sus historias no son en absoluto moralizantes; sus criaturas están hechas de luces y sombras. Ullmann no sucumbe a la candidez del maniqueísmo. Cuando hace uso de la ironía, esta se manifiesta por partida doble: en el modo sutilmente crítico en que la voz narradora omnisciente describe la actuación de los personajes y en la manera en que estos dejan entrever los verdaderos motivos de sus acciones. Ullmann se recrea en dejar hablar directamente a sus criaturas, utilizando sus palabras textuales, o bien indirectamente, cuando la autora habla por ellas en el frecuente estilo indirecto libre que aplica a la narración y que pone su alma al descubierto. Diríase que la escritora trabaja lo grotesco con suprema maestría, pues retrata ambientes lúgubres, amenazadores y situaciones aciagas que con frecuencia sumen al lector en biografías grises y desafortunadas, pero le regala también momentos de expansión cuando censura ciertos comportamientos o relata historias amables que nos deleitan por su delicadeza natural y su sencillez.

Nora Gomringer, en su epílogo, centra el análisis de la obra de

Ullmann en la recurrencia, y con razón. Gomringer nos hace ver que la recurrencia en la autora no se limita a la frecuencia con que echa mano de cierto prototipo de personajes, sino que se manifiesta sobre todo a través de la utilización en sus textos de expresiones que Gomringer representa a través de la imagen de un vector que describe un círculo y vuelve sobre sí mismo. En efecto, así es. Y da pie a la reflexión esta insistente percepción de objetos, fenómenos meteorológicos o situaciones que, por decirlo así, se repliegan sobre sí mismos y que lingüísticamente se manifiestan en el frecuente uso del pronombre reflexivo. Así, por ejemplo, el tictac del reloj es «un ruido que se reproducía a sí mismo», o la niebla, que «en cierto modo vive inmersa en su propia luz», en *El ratón,* o «el daño que el propio sol se ha ocasionado particularmente a sí mismo», también en *El ratón;* el roedor es «un ratón, que se dedica ensimismado a una ocupación que se consagra a sí misma»; la infancia de la protagonista, que ha «transcurrido encerrada sobre sí misma, en su propio mundo», en *Camino rural*, «Tercera parte»; el payaso jorobado del circo, que corre pareciendo «un círculo al que él se hubiera integrado, una cinta con la que se hubiera fundido y en la que finalmente desaparecía por completo», en *El jorobado*; en la vida parece que «las mismas historias se repiten, como si los ancestros, la abuela, la madre, el abuelo, el padre y los hijos vivieran la misma vida», en *De las fresas*; en este mismo relato se dice que el huerto es «como si existiera por y para sí mismo»; del sonido de la vejiga de cerdo se dice que «se extingue incesantemente», en *Camino rural*, «Segunda parte». Si no fuera porque sabemos que Ullmann nació en el seno de una familia judía y abrazó el catolicismo, lo cual hace pensar que era una persona creyente en la trascendencia, diríase que la escritora de estos relatos reduce la existencia humana y animal al absurdo. De esta percepción parece inferirse una filosofía alejada de todo idealismo: la vida se repliega sobre sí misma, se justifica a sí misma

conformando un círculo vicioso. Como decía antes, los espejos y sus reflejos también forman parte de este mismo universo simbólico del que Ullmann echa mano por la infinita riqueza de matices que pueden llegar a desplegar. En *De las fresas* leemos: «Era suficiente con que el espejito que había en su interior nos mostrara los productos de la tierra en su reflejo: el puesto cargado de frutas y verduras»; no en vano se les ha concedido en la mitología un lugar preferente. Y en *Así me lo contaron* se dice de la matrona, uno de los personajes femeninos: «[…] ella era como un espejito cóncavo. Cuando este se mantenía firme y orientado hacia objetos y personas, estos comenzaban a encenderse, zaheridos por la franqueza de su reflejo». Lo mismo pudiera decirse de la autora: nada escapa a su mirada. Ella es el espejo, y en ese espejo se refleja el mundo.

CAMINO RURAL

Regina Ullmann

Camino rural

Primera parte

VERANO. PERO UN VERANO ANTERIOR a aquel, un verano que en aquel entonces tenía aún la misma edad que yo. Sin embargo yo no era feliz, en el fondo no lo era, aunque hubiera debido serlo, como todo el mundo. El sol me abrasaba, se solazaba en la verde loma, que tenía casi una forma sagrada y en la que yo había querido protegerme del polvo del camino. Estaba cansada. Lo estaba porque estaba sola. Aquel largo camino delante y detrás de mí… Ni las ondulaciones que trazaba alrededor del altozano, ni los chopos, ni siquiera el mismo cielo, reducían su carácter siniestro. Tenía miedo porque tras un corto paseo me había envuelto en su miseria y su depravación. Era un camino aciago. Un camino omnisciente. Por allí andaba gente que había sido de algún modo abandonada.

Para recobrarme, saqué mis provisiones de mi modesto equipaje. La canícula las había echado a perder. Tuve que tirarlas. Ni los pájaros se las hubieran comido. No tener nada añadió un sentimiento de hambre y de sed a mi situación. A mi alrededor no había ninguna fuente. Únicamente el altozano parecía esconder el secreto de una fuente en sus profundidades, para mí inalcanzables. Y aunque hubiera albergado la esperanza de que existiera alguna fuente cerca, yo no hubiera intentado alcanzarla. Estaba cansada y no lloraba, pero estaba a punto de hacerlo.

¿Dónde quedaban las imágenes que me habían acompañado inocentemente en mi niñez? Se parecían al altozano. Aunque no exactamente, porque yo estaba ahora sentada en lo alto. Sin embargo, yo ya no formaba parte de la imagen. Me inventé otra, porque la realidad, ineludible para mí, había convertido mi vida en la de una mendicante empedernida. Yo quería perseguir un ideal, un ideal (los que había tenido antes me los habían arrebatado) que se adaptara a mi existencia. Y recordé una imagen del joven Rafael, que representaba a un muchacho soñando. La pureza de la imagen siempre me había fascinado. Ahora, también. Pero ya no me pertenecía. En el altozano se recreaba de algún modo aquella imagen de mi infancia y me empujaba al camino polvoriento. Pero yo no estaba aún del todo desfallecida.

Entonces apareció en mi fantasía, en lo alto de la colina, la bóveda del enorme lecho de santa Ana. Un ángel sostenía el cabecero superior de la cama llevándola al interior de las nubes. Abajo, las mujeres, muchas, todas ellas entregadas con celo a su trabajo, bañaban a una recién nacida, María. Unas entraban trajinando cántaros, otras ofrecían lienzos. En la imagen todo era amor y alegría, la más pura alegría terrenal. Mecánicamente, aparté la mirada del cuadro y la dirigí hacia abajo, al camino. Nada había de todo aquello a mi alrededor. Estaba sola en la cima del altozano, como proscrita de mí misma. Nadie puede saber si un arbusto o un árbol le sirve de refugio, de lecho, de baúl, de ubicación; cuando a alguien en todas las etapas de la vida se le ha ofrecido una dádiva es seguro que la dádiva, iba destinada a él. ¿Era Dios, era su padre, su hermano menor quien sostenía la dádiva en su mano desde el principio?

Mis zapatos estaban polvorientos, agostados por la canícula. Mi vestido, en un estado lamentable. Si alguien hubiera pensado por un momento que mi vestido le gustaba, habría cambiado enseguida de opinión. Deben recordársele a una estas cosas. Los peces en el agua

o el canto de un pájaro o el amor, tal como se presenta en la naturaleza; algo debiera recordárnoslo. Pero yo ya me había olvidado de mí misma.

Abajo transitaban vendedoras cansadas. Ya rodeaban el lugar donde yo estaba y seguían su camino, como describiendo una media luna. Un rebaño llegaba envuelto en la nube de polvo que él mismo levantaba. Unos niños, con cestos vacíos en las manos macilentas, lo seguían. Se sentían culpables. Se veía desde arriba que habían aplacado el hambre con la frugal cosecha de arándanos. Era dinero lo que habían devorado. No mostraban el regocijo de los zagales rústicos que buscan bayas y que, una vez en casa, después de comerse el potaje de la olla, se dan un gusto adicional…

Yo seguía ensimismada con mi recuerdo y la mirada fija. Un organillero, anciano, se acercaba, el camino… Llevaba el mudo organillo colgado al hombro. Un perrito iba siguiéndole, y caminaba tan concentrado en sus pasos que parecía que anduviera debajo de sus piernas como bajo un carro, igual que los perros que miran fijamente solo aquello que deben custodiar.

Un pescador se aproximaba, pues cerca de allí había un estanque artificial.

Finalmente se acercaba un ciclista de aspecto detestable. Era un hombre de lo más corriente. Yo solo veía ondear con claridad el pañuelo rojo que asomaba del bolsillo de un chaleco. ¡Qué infeliz me hizo sentir aquel extraño ciclista! Ni aunque la filantropía me lo hubiera hecho ver con simpatía y hubiera hecho más benigna mi mirada, habría sido yo capaz de sonreír. ¿Y no provocaba risa aquel ciclista? ¿Había ido perdiendo yo el sentido del humor?, ¿la esperanza?

A tientas, con la mano, había arrancado una asperilla; era mayo. ¿No estábamos en julio o en agosto?, ¿no en el día más cálido del año? Desde lo alto, contemplando aquel camino había perdido la noción del tiempo. Sostenía la flor como si fuera un oráculo.

Después la dejé en mi regazo. Jadeaba un poco. Puede que fuera un suspiro.

El paisaje alrededor no era bonito, no; era el lánguido paisaje de un camino desangelado. Siempre cubierto de polvo, polvo en el que los pies se hundían, arenisca deshecha por las piedras de molino del sol y de la luna llena saliente.

Una noche crepuscular, aún sofocante, y un día como aquel, resplandeciente como la malaquita más hermosa, nos lo habían triturado, habían cubierto de polvo todo alrededor. Era como si Dios Padre nos hubiera dejado aquel polvo, como se lo dejara a la serpiente del Paraíso. Aquel polvo era la canicie nívea prematura de los árboles.

«¡Dios mío!». Mis labios pronunciaban sin cesar aquella llamada de socorro desatendida. Hacía tiempo que no tomaba conciencia de aquella expresión. En realidad la había olvidado por completo.

Y a Dios hay que haberlo sentido en carne propia.

Bien es verdad que yo sabía que el nombre de Dios lo llevaban esculpido todos los animales, que cada tallo tenía de Él una minúscula inscripción. También la corola de las flores lo atestiguaba. ¿Y qué era su perfume sino otro indicio viviente de la mano creadora? Yo pretendía no tener Dios, pero entonces tomé en mis manos la asperilla. La bondad que emanaba de la flor me conmovió. Guardé silencio y observé.

Abajo en el camino, ante un hostal, esperaba una carreta. Ni siquiera me había dado cuenta de que había un hostal. Inmersa como estaba en mis pensamientos, había pasado por alto la carreta. Estaba bajo un castaño, esperando. El caballo comía hojas del árbol y tiraba del carromato. Una voz le mandó parar. Eso fue todo. En lo alto de la casa había un cartel. «Pensión El Sol», rezaba. Pero yo no alcanzaba a leerlo. El dibujo del cartel desvelaba su nombre. Me levanté; se me había ocurrido que probablemente el carromato podría ahorrarme una parte del trayecto. Estaría bien ir a cualquier

otro lugar. Comencé a bajar. Tuve la sensación de llevar encima cargas de todo el mundo, cargas desconocidas. Y, sin embargo, era solo mi propia existencia, que me había jugado una mala pasada. De repente comprendí aquella expresión metafórica. También podía aplicarse al camino.

Recogí mis cosas. Eché una última mirada al paisaje desde mi atalaya: ¿era bello o no?

Desde algún lugar llegaba el lamento de una criatura; sollozaba como los niños más pequeños, de los que puede decirse que aún no tienen ojos. Solo le faltaba aquello al camino.

Me detuve junto a la orilla y esperé. El caballo se acercó al trote, como en un número de circo, como si el mundo fuera un tiovivo que no para.

El hombre del asiento delantero fustigaba al animal ligeramente con el… látigo. No era zafio. Era joven. Además de él, en la tabla iban sentadas algunas mujeres macilentas. En la parte trasera habían cargado bultos de todo tipo. Los observé. Miré al joven y a las mujeres. No tuve que decir casi nada. Vieron que no podía más. La compasión no es algo tan raro como se piensa, pero cuando beneficia a alguien, ya no impresiona a ese alguien. Desde su endurecimiento una piensa que aquellos que la sintieron son de su misma condición. Así acaba una cuando pasa extrema necesidad… Las mujeres me alargaron la mano para que subiera y me dejaron elegir asiento.

Me acerqué al baúl más recio de la carreta. «Sí», dijeron, «ahí también puede sentarse si no le da miedo la serpiente dormida que va dentro».

Hasta tuvieron el detalle de levantar la tapa. Estaba bajo unas telas sin inmutarse. Líneas paralelas, amarillas, verdes, algunas rojizas, se repetían (a mí me pareció que de forma endemoniada) sobre el cuerpo del animal, que se había aovillado en sinuosos meandros como símbolo de sus intransitables caminos. Polvo, polvo

del desierto, trashumante, y sin embargo se me antojaba un lujo, comparado con aquel al que aquí yo estaba expuesta. Pues qué importancia tenía si la serpiente me hacía sentir miedo o no, cuando estaba proscrita por su propia naturaleza y la gente se había acostumbrado a construir a su alrededor una especie de jaula invisible. Sentía escalofríos, pero ya no por la serpiente. Me había quedado mirándola hacía rato hasta que los colores se fueron perdiendo y la imagen se desvaneció.

Colocaron otra vez las mantas sobre el baúl, cerraron la tapa con cuidado. Me senté encima.

La carreta se zarandeaba. Tras de mí se levantaba una polvareda. Me envolvía completamente. Me eché sobre el baúl, librada por completo al traqueteo, al polvo y a la serpiente.

Estaba a punto de quedarme dormida, apoyada la cabeza sobre mi brazo. Un ciclista encorvado, a velocidad frenética, nos adelantó otra vez. Reinaba el silencio: el camino, los chopos, nosotros y el cerro. Solo este se movía; quedaba ya infinitamente lejos. ¿A dónde iría el diablo?

Camino rural

Segunda parte

CUANDO PIENSO EN LA EXPULSIÓN del Paraíso tengo la sensación de que hace poco tiempo que sucedió. Es una buena historia, es confortante. Y se ha transmitido de un modo aún más confortante de lo que es en realidad. En el relato, muchos episodios se omitieron. Porque ya no se trata de algo que les sucediera a dos ni a muchos, ni siquiera a todo un pueblo, ni a las tribus que fundaron aquel pueblo.

Tal como empieza actualmente, todos los días, con cada nueva vida humana, es algo que acontece a un individuo único (no al elegido, no me malentendáis). También puede ser una mujer, una humilde vendedora en cualquier lugar, puede ser un caniche, un árbol. Algo debe abrir camino a la inocencia de *estar solo*. Debemos aprender a ser modestos, una pequeñez que acaba en la nada. ¿Y el Paraíso? El Paraíso no es seguro. Al principio lo tuvimos, al menos lo trajimos con nosotros. Cuide cada cual de no arruinarlo por completo. Se debe morir feliz sintiendo que se ha vivido. Después cerraremos los ojos. Esta será la última recompensa visible que alcanzaremos a tener en este mundo, este es el premio de los cielos.

La carreta se detuvo. Los viajeros se apearon. Debían entrar en la casa del alcalde. Debían negociar con él el permiso para trabajar allí y poder ganar dinero.

Y quizá no se lo diera fácilmente, porque se lo pedía mucha gente que iba de paso. Yo podía seguir mi viaje. Me acerqué a una pensión. ¿A qué otro lugar hubiera podido ir? Por allí solo había casas modestas. Para gente de mi condición, en el camino solo había la pensión.

El huerto estaba polvoriento, también era sombrío. Si bien era un día muy soleado, allí parecía que era de noche. Estaba vacío. Busqué un lugar adecuado para mí. Es decir, me refugié en una de esas mesas en las que nadie se sienta. Es muy propio de mí.

Sin embargo, allí no había nada que hacer. Parecía que la vaciedad del tiempo me esperaba. Entonces miré hacia el interior del huerto; una criatura, cuya naturaleza he olvidado por completo, se dirigía con su comida a uno de los asientos que había en la sombra. Al lado había alguien sentado. Yo no lo había visto. Tampoco entonces lo advertí de inmediato. La persona se detuvo delante. Solo tosió; aquello anunciaba de algún modo la presencia de un huésped, como disculpándose.

Entretanto, yo estaba sedienta y necesitaba con urgencia comer algo. El polvo no había conseguido alimentarme ni saciar mi sed. Y ahora podíamos vernos, el huésped y yo: era la muerte. Sí, ¡era la muerte! Pero quedaban en su cuerpo despojos de piel y carne, como en un moribundo. Tenía las horas contadas. Quizá ya desde hacía años y meses. La muerte de los tísicos es lenta. Pero tal como estaba, sentada en la oscuridad, con un impermeable, era, como he dicho, la misma muerte. Yo estaba al borde del llanto. Creo que carraspeé un poco. Entonces aparté la comida. El huésped me había impresionado profundamente, por así decirlo, había tocado lo que entonces era mi fibra sensible. Porque a veces es la cabeza del ser humano o su sugestivo y desordenado cabello; otras veces son las manos o el pecho (como sucede si vemos a hombres trabajando), o en el de las mujeres, cuando aún nada las aflige, lo son sus brazos, que todo lo abarcan. Pero nada de esto era mi fibra sensible. Había

sido solo una advertencia de la muerte y su visión. Porque yo había querido estar a gusto como todo el mundo y comer tranquilamente. Y entonces fue cuando apareció la muerte. Y no se marchó, como afirma la leyenda. Se quedó. Es decir, se presentaba cada vez que llegaba la hora de comer, aquella especial hora de comer que yo deseara con avidez. Pero siempre sucede lo mismo. De hecho, aquello lo demostraba con funesta certeza (desde entonces sé cuál es la palabra). Pues si bien, por un lado, la vida me anticipaba todos los placeres libres de preocupaciones, por otro lado, también me hacía sentir la importancia de aquella privación. Con el tiempo aprendí que aquella privación era para mí más importante que la mayor riqueza de la vida, a la que yo creía haber aportado tantas cualidades naturales.

Sin embargo, no debéis hablarme a gritos y amargarme la vida como pájaros cuyas palabras de pronto comprendemos; no debéis afirmar que conocer este sufrimiento anticipaba mi recompensa por existir en este mundo. Porque tuve que resarcir la recompensa muchas veces a diario. Lo que me ayudaba a levantarme al reconocerla como recompensa la primera vez me hundía cuando se repetía por primera vez los días siguientes. En realidad, ni lo oía ni lo veía, sencillamente estaba ahí. Y digo «lo» porque me refiero a mí y a la muerte, y a muchas otras cosas que existían alrededor, aunque fuera solo la existencia de la hecatombe. Aunque quizá tampoco únicamente la de la hecatombe, pues vivimos demasiado poco para poder valorarlo.

Fuera, un enorme griterío, un alboroto insustancial, que en aquel lugar probablemente comenzaba siempre a mediodía en la víspera de las festividades. El caballito de circo pasaba brincando. Iba ataviado de un modo conmovedor.

Entonces, de repente, resonó un bramido: eran cerdos. Seguro que era su hora de comer, porque delante había una alquería baja de madera, construida formando un cuadrado donde seguramente

estaban encerrados. Y de allí provenía el sonido lastimero parecido al de aquel juguete infantil: la vejiga de cerdo que se extingue incesantemente, la vejiga que se revienta bajo sus cuatro patas debilitadas. Era la feria anual. Pero en el ambiente se cernía una amenaza. Había demasiado polvo allí. Y en realidad no había gente, no había respetable público comprador de diversión. Había pordioseros, que engullían polvo. Me levanté, asqueada de aquella comida. Por un momento había olvidado al visitante. El quejido de aquella vejiga de cerdo era tan cansino… Y, de fondo, el enorme griterío. Y el mediodía, extenuante… ¿Qué hacer? ¿Dormir acaso? Los humanos lo intentamos todo cuando no queda otra opción. El día era deslumbrante. Y cuando entré en mi pequeña habitación me percaté realmente de *hasta qué punto* era deslumbrante. Era como si se hubiera metido allí para quedarse. Y mientras fuera quizá ya atardecía y todas las cosas que durante el día se habían revelado de manera absurdamente escandalosa se iban olvidando poco a poco, mientras de nuevo salía la luna y paseaba por sus tejados y por los márgenes de las colinas y jugaba con los chopos como si fueran surtidores, allí todo seguía exactamente igual, allí arriba en mi habitación. Así debía seguir. La cama, la mesa, el candelabro inservible, hasta las paredes, todo había acumulado tanta objetividad que nada podía superarla. Aquella realidad dominaba el lugar, por eso no chisté. Incluso abrí la ventana.

Estaba cansada y permanecí allí esperando. ¿Quizá a la noche?, ¿quizá a la noche del sueño? No lo sabía. De pie junto a la ventana miré hacia abajo. Al fin lo vi: era el establo de los cerdos lo que captaba mi interés. Y al mismo tiempo pensé en las cosas en las que la gente piensa cuando es desdichada. Enseguida pensé en la maliciosa mirada del posadero cuando entré en la fonda y pensé en una locuaz conversación que la servidumbre había mantenido a media voz con la muerte y que yo había oído desde lejos. ¡Una conversación y una mirada como aquellas nunca se olvidan, ni

siquiera cuando se les quiere quitar importancia! ¡Ay, había tantas cosas en mi vida de esas que nunca se olvidan! Había muchísimas. Y, sin embargo, no lamentaba tener aquel don de la memoria.

Porque yo sabía de alguien que debía vivir constantemente bajo aquella malévola mirada y nadie sabía por qué. Me había topado con él allí, era uno de esos: un porquero.

Aquel viejo criado cruzó muchas veces el corral mientras yo miraba hacia abajo con ojos ansiosos.

Caminaba tranquilo, sin esfuerzo, casi sereno, como yo imaginaba que uno caminaría en el más allá. Pero caminaba encorvado; «bajando se sube al cielo», como reza un antiguo dicho popular. Y los aperos que llevaba en las manos parecían rozar el suelo, como él, y de repente estaban sobre él, más arriba de lo que él parecía estar, porque era muy viejo y era muy jorobado.

Lo estaba viendo yo aquella tarde, y me ha quedado gravada para siempre la inmensa ternura con que cuidaba a los animales hasta el punto de que la ternura casi le arrancaba una sonrisa mientras trabajaba. Una sonrisa que por supuesto se mezclaba con carraspeos y suspiros, solo característicos de los ancianos. Una sonrisa que recuerda casi la ancianidad más excelsa y a los mismos animales. No que sonriera desde un sentimiento animal, claro, sino solo por empatía, por amor. Bueno, si se quiere, podríamos llamarlo también provincianismo, extrema inocencia. Y estoy segura de que su mejor alimento eran los propios cerdos. Porque el pan duro debía de parecerle piedra a su boca desdentada. Los animales no paraban de gruñir, impacientes, cuando lo veían llegar. Aquello lo viví yo entonces y después muchas otras veces. Y, además de los animales, todo el pueblo sabía que él se comía el pan duro. Y, como los cerdos, tampoco nadie sabía por qué.

El ventero, mi ventero, también amo del porquero, era en realidad solo el hijo de aquel a quien este había servido. Ese amo a quien su servidor había sobrevivido y a quien, por así decirlo,

seguía sirviendo incluso estando muerto. Había sido un buen hombre, un hombre honrado. Sin embargo, el hijo, como sucede a menudo inexplicablemente, era en extremo malicioso y desalmado. Era un hombre que disfrutaba con lo que a nosotros nos espanta. Era él quien le proporcionaba diariamente a su siervo aquel pan. En cierto modo, ponía a prueba aquella inocencia cada día hasta rozar el límite. Sabía que no se intimidaría, que la inocencia lo mantenía fuerte. Porque si bien el siervo tenía el conocimiento suficiente como para entender e intuir lo que oía y veía, lo cierto era que no lo tenía en el grado que lo tiene el ser humano en general.

Era demasiado viejo para aquello, tenía noventa y cinco años. Y antes, aunque os riais, quizá era demasiado joven.

Si nadie nos dice dónde termina la niñez, es probable que no lo sepamos.

Al menos él, tal como yo interpretaba su quehacer, se lamentaba, a lo mucho, del rápido deterioro de aquella propiedad; deseaba conservar las pocilgas, que no perdieran su valor. Se lamentaba seguramente en ese estricto sentido por la zafia conducta del ventero. Porque la pensión siempre estaba vacía. Solo entraba gente de paso y aquel muerto y una mendiga que no aportaba en absoluto buena reputación a su posada. Y cuando se marcharan (yo lo intuía por su ademán reflexivo, porque se advertía fácilmente en su actitud), ¿quién entraría entonces?

Al final la pocilga acabaría siendo la guarida de su desabrido amo. Y a él, al nonagenario, entonces lo echarían. Porque caer en el pozo de la pobreza y la necesidad es muy fácil cuando de algún modo se ha vivido en ella un tiempo.

Pero no era aquello lo que lo inquietaba, era fácil de ver.

Ese era precisamente el secreto.

Está escrito en muchos pasajes del gran libro. Él mismo era una palabra del libro. Era una palabra de un episodio muy determinado, la parábola del hijo pródigo.

Pensé largamente en ello. Porque, mientras el ruido abajo iba en aumento, en mi interior, gracias a aquella sencilla reflexión, emergía un silencio sosegado.

Y así fue que aquella historia se me antojó como narrada de tres maneras:

A la manera del despiadado ventero, a la manera del ingenuo siervo y a mi propia manera. Cada uno de los tres representaba una historia del hijo pródigo.

Pero cuándo acabarían ellos por madurar y caerían plácidamente en el Paraíso, eso no se sabía. Estando en estas consideraciones, me acosté. Aún no se había puesto el sol, pero a mí me parecía que había anochecido. Yo solo oía el viento y un rumor, y sentía cómo se arremolinaba una ventisca en la calle. Y luego alguien apoyó una escalera en mi muro y clavó en él un clavo con un pesado martillo. Pero entonces ya estaba yo en otro lugar. Después, alguien que parecía sostener clavos entre los labios le gritó algo a otro para que fijara la cuerda del equilibrista que había de utilizarla…

Camino rural

Tercera parte

HAY QUE ADMITIRLO, la necesidad, la más extrema, esa que destruye, no se me había dado a conocer más que por su nombre. Y el ser humano es en esto como cualquier animal del que, cuando lo vemos pacer, afirmamos: «Si supiera lo que le espera, se pondría a bramar y huiría…». Pero no se va. Sigue un día y otro día y hasta un último día… Y yo había tenido hacía tiempo, hacía mucho tiempo, un perro en casa que hasta regresó al cabo de tres días después de haber huido. Así que huir tampoco sirve… Porque estamos sumidos en un entorno en el que coexisten lo que nos es propicio y lo que nos amenaza. Solo que no lo reconocemos fácilmente. Como les sucede a los animales del campo, y quizá también a los demás animales, el peligro se percibe por el movimiento, que claramente lo anuncia, si es que no lo presiente antes el olfato.

Así que no me marché de allí en el sentido de querer escapar, sino que, lentamente y a paso tranquilo, me adentré en una senda que ascendía entre las colinas.

El día era especialmente luminoso. Y si bien ni la hierba ni las flores podían mostrarse en toda su belleza en aquellos días de sequía y no esperaban más que la muerte vegetal allá en la cima, en el aire flotaba una salmodia. Una golondrina emitió un trino casi en mi boca. Un cordero se acercaba, y en su silueta, que se percibía

cada vez más tierna y suave, parecía reconocerse el deseo de que lo acariciara. Sin embargo, la suavidad no era como yo la había imaginado. Su lana crecía abultada en estrías y tan apelmazada que sujetarla era del todo imposible. Y las porciones peladas se intuían frescas.

Además de encontrarme con aquel cordero, me crucé también con un niño; sí, era un niño: un encuentro menos usual de lo que se cree. Y arriba, en la parte de atrás de la colina, había un pastor muy anciano. Mi corazón agradecía todo aquello. Pero después la vista pasaba de un panorama seductor a la planicie, si bien yo sabía que aquel paisaje en lontananza no se conservaría, pues desde hace mucho tiempo allí arriba uno puede sucumbir a la tentación de albergar la falsa esperanza de que la vida se regenera por sí misma.

Me habían descrito con exactitud el lugar donde podía quedarme, así que lo encontré enseguida: hubiera podido señalar la casa con el dedo. El altísimo tejado, que casi llegaba al suelo, cubría en su conjunto la vivienda y el granero. Y aunque parecía que los pájaros se posaban en aquel tejado, se sumergían en la hierba o desaparecían en un árbol. Tal era el grado de inclinación con que se hundía la casa en el suelo.

Pero la percepción que yo tenía no la compartían los demás. Ellos advertían minuciosamente todas las diferencias, al dedillo, por decirlo así. Para ellos se trataba de su propiedad comparada con otra de la vecindad, otra más pobre u otra más alejada, pero de la misma valía. Se trataba de parcelas y bancales que dialogaban entre sí a voz en grito; todo el paisaje estaba organizado en función del poderío. Pongamos por ejemplo los caballos; ya de lejos los divisaba: una pura caballada encabritada. Exhalaba opulencia, auténtica vitalidad, que se transfería al propietario. Me hubiera gustado vivir en casa de aquel campesino.

Pero aquel no era mi arrendatario; mi arrendatario no se le parecía en nada. Y, sin embargo, su propiedad colindaba con

aquella. Un ojo inexperto en la materia apenas hubiera logrado descubrir las lindes entre ambas haciendas. Y yo era exactamente eso. Yo tenía esa clase de ojo. En realidad, solo era una niña a la que le hubiera gustado devolver al cubilete los dados de las jugadas perdidas tiempo atrás. Pero algo superior a mí —así lo creía yo— jugaba conmigo: alguien a quien le importaba mucho quién ganaría. Aquello al menos había que comprobarlo. Y se manifestaba claramente con excepción de algunos momentos amables: con excepción de la golondrina, con excepción del cordero, con excepción del pastor.

Era como si allá abajo alguien me hubiera estado esperando. Aceleré el paso. Y sí: abajo, en el valle, ante la casa, esperaba una mujer. Las campanas se oían en todas las haciendas de alrededor. Era mediodía. Las campanas de las iglesias de los pueblos más alejados se les unían. Dios estaba por allí cerca, tal como lo representaban en las pinturas de las iglesias antiguas, con manto y con corona. En mi interior algo se regocijaba, algo cantaba victoria. Pero allí seguía esperando aquella mujer. Quizá a un niño. Sin embargo, la mirada que me dirigía, de la que se desprendía que no era yo a quien esperaba, albergaba también algo ultramundano. Me conocía a mí, la forastera, con precisión, aunque no parecía muy comunicativa. No parecía una tabernera ni la mujer de un panadero, no; siguió siendo lo que era todo el tiempo que yo estuve con ella: una jornalera. Y ni sus primeras palabras ni las últimas que oí semanas después alteraron en modo alguno la condición social; menos aún, la de nosotras dos, ambas gente humilde; una era diferente de la otra. Ni lo que quiera que fuese que nos hiciera coincidir nuevamente en el mundo alteraría en nada, absolutamente en nada, aquel estado de cosas, en apariencia tan intrascendente.

Así fue como entré en aquella casa. Fue una entrada que no podía llevar a engaño, y nunca se me olvidó mientras viví, comí, dormí, escribí, leí o canté allí. La alcoba que ocupé, y que me mostró

enseguida después de hacerme algunas preguntas, era de las que hay en las casas rurales; era, pues, la adecuada. También era barata. ¿Quién en aquella casa hubiera pretendido pedirme a mí más de lo que costaba? Ellos no eran los propietarios. Estaba pendiente de subasta, pero un especulador arruinado de la ciudad posponía la puja. Había alojado allí a una jornalera en calidad de guarda de la propiedad y, además, a unos pocos inquilinos y a mí. Así que aquella extraña había plantado para mí, la provisional forastera para ella, una pequeña juncia encantadora.

¿Que quién entró después de mí? Nadie, lo sé: la casa se subastó. Lo que yo oía entonces era un inmenso silencio todo el día. Es verdad que se percibía el constante traqueteo de una máquina de coser. Alternaba recorridos largos y cortos, un delantal entero en un suspiro. A veces alguien abría el cajón de una cómoda y lo volvía a cerrar. Pero cuando esto sucedía, el trabajo cesaba. Se interrumpe el ruido, vuelve la paz. Aunque a la larga me hubiera gustado conocer a la mujer que permanecía tantas horas realizando aquel monótono trabajo. Enseguida sentí que se perfilaba en mi imaginación un ser ideal, oía sus pisadas. Pero después se oía una patada enérgica, como dada con el tacón, o bien empezaba una canción. Ambas cosas me aterraban, ambas me parecían lo mismo. ¿No es verdad que se canta con los pies?, ¿no es verdad que pasamos la vida cantando, un canto engañoso? Pero la vida no era engañosa. ¿O sí? ¿No mudaba la mentira en verdad? ¿No había existido desde siempre una pugna, una escisión?

Pero entonces puede que el extremo del reborde desgarrado hubiera dejado atrás la curva. La máquina de coser comenzó de nuevo a festonear y a festonear sin descanso, que era un contento. Y fuera un pájaro cantaba, y se oía tan cerca que era imposible no oírlo. (Porque quien tiene dificultades en la vida se hace enemigo de la naturaleza: primero de los pájaros, después de las flores, finalmente de sí mismo…). Entretanto, el pajarillo se había posado

en uno de los batientes del ventanuco. Yo apenas si respiraba, por tanto se parecía cada vez más a mí. Agitaba la colita, levantaba la cabecita como si quisiera soltar un trino. Finalmente sacudió el plumaje con gran energía, como después de un baño. Por debajo, el cristal de la ventana se secaba con rapidez… Y con un aleteo desapareció. Y yo otra vez con mi misantropía. ¡Qué sola estaba solo por haberme encontrado a mí misma! ¿No sería pues natural envidiar a otra criatura? ¿No era más fácil ser pájaro? Ni se me ocurriría. Yo era yo. Y aunque yo deseara ser mejor y más bonita, había de ser a partir de mi persona. Yo valgo un potosí; no solo un potosí, sino mi peso en oro. Hubiera defendido aquello a capa y espada. Nunca renunciaría a este convencimiento.

Y eso era lo que sentía en aquella ocasión. Eso era lo que sentía en tantas otras ocasiones. Cada día las cosas tomaban nuevos caminos, que yo exploraba, a veces con indolencia o incluso aburrida. Pero, en definitiva, era otro día de la vida, la viva escritura de la vida misma, por así decirlo. Yo dejaba escrita allí mi desesperación, mi misantropía. Yo tendría que escribir incluso mi propia muerte, lo sabía. Aquello me protegía de muchas cosas.

A pesar de todo, no era fácil vivir en aquella casa. En primer lugar, como ya he dicho, la casa estaba pendiente de subasta. Sentíamos como si estuviera empeñada. Era ignominioso, como un desahucio. Siempre, cada día había de tener una el hatillo a punto… Además, la casa tampoco tenía campana. Todas las demás tañían al mediodía y por la tarde, cuando las campanas de las iglesias cercanas se balanceaban. Aquella casa permanecía muda. Y es que ya no era lo que había sido. Allí no había ganado, ni siquiera ganado menor. Y aunque lo hubiera habido, ya no le pertenecía.

Solo el pequeño huerto con arriates de boj alrededor seguía indicando que tenía propietario, indicaba sobriedad y que allí seguía la vida. Desde allí llegaba el olor de alhelíes y resedas. Y allí las espinacas seguían dócilmente el crecimiento que la siembra les

había encomendado. Algunos pajarillos se posaban sobre las lechugas. Parecía que aquel huerto les cautivaba. ¿Y de quién era la sementera? ¿No era acaso solo una flor seca en el sombrero de un mendigo? Considerarlo así sería una afrenta. Allí había mucho esfuerzo. Una mano la regaba diariamente, la escardaba, pasaba el rastrillo por los sembrados resecos…

A veces observaba el rostro de la hortelana. Era un rostro menudo, mustio, aunque no anciano aún. Tenía los ojos negros, saltones. Los cabellos, igualmente oscuros, ensamblados en un exagerado burujo, le caían sobre la cara. Era como la torre de Babel en miniatura, traducida a la modernidad. Por lo demás, su atuendo era el de una campesina. Una mañanita de punto bamboleaba en su trajín alrededor del rudo refajo. Y también llamaban la atención desde lejos los zapatos cuando se movían. Eran zapatos abotinados, de charol descolorido. Vistos uno junto al otro se tenía la impresión de que apuntaran hacia abajo en diagonal o como si se dirigieran a un lugar concreto, porque apuntaban en una dirección. Yo pensé que eran zapatos de baile. Pensé en la máquina de coser y en el canturreo mientras cosía. ¿De modo que era ella? ¡Madre mía!, puede que no hubiera tenido aún ocasión de oír sus peores gorjeos. Puede que me hubiera ofrecido tan solo una muestra, algo así como una inocente canción infantil, como una inofensiva actuación de arrabal. Sin embargo, aquel personaje entrado en la madurez evocaba otra cosa. Y yo lo intuía: debía aprovechar la oportunidad que ella me ofrecía. No debía volver a mi habitual existencia de eremita sin descubrir antes lo que aquel lugar encerraba. No podía permitirme conformarme con la persona imaginada por mí a mi conveniencia, con la imagen que yo me hiciera de ella aunque viviera, viviera realmente, a mi lado. Yo debía formar parte de su vida, compartir su espacio. Ella debía ser parte pertinente de la mía. Y aquellas dos vidas debían enfrentarse, y vencer, y ser vencidas. Solo entonces dejaría de ser pura fantasía, solo entonces sería

verdadera vida. Aquel era mi próximo cometido. Y me apremiaba, casi me desesperaba. Pero también era como una vocación y, a pesar de mi indigencia y mi debilidad, me imbuía codicia y ambición.

Caía el crepúsculo. La jornalera había retirado el servicio de mi cena. Una franja rojiza de cielo se reflejaba en el alféizar de mi ventana. Como una cenefa de sangre derramada, se dividió en dos y desapareció a derecha e izquierda por las esquinas. Había anochecido. Todo estaba a punto. El teatro de aquella vida podía comenzar. Saludé (era mi primer saludo, pues los anteriores habían sido más bien una mirada retrospectiva a la lejanía). Y, como todo lo que se ha reprimido durante mucho tiempo, aquella mirada afloraba ahora con insistencia, apenas disimulada, y tenía para mí consecuencias negativas.

Me alarmó lo rápido que prosperaba la conversación, cómo se iba desarrollando claramente bajo mi ventana.

Ahora la mujer estaba allí y hablaba de mi vida con asombro. Que yo lo tolerara… Hubiera debido impedirlo. Aunque ella no lo supiera, tenía razón. Parecía mucho más lista de lo que era en realidad. En el fondo, todo lo que decía era solo, en cierto modo, simple especulación acerca de una casa que esperaba ser subastada… Especulación en la que ni ella ni yo ni nadie éramos protagonistas, aunque era especulación al fin y al cabo (a todos nos gusta organizar la vida de los demás sin tenerlos en cuenta). Por eso escuché con atención cuando me preguntó que qué me había llevado hasta allí.

Buena pregunta. Estaba allí porque estaba sola.

¡Madre mía…! Preguntarle a una piedra por qué está sola, por qué se ha separado de la animada profusión de sus iguales y ha buscado la soledad… No respondí. Apenas hablé aquella tarde. Pero ella hablaba por mí. De hecho, la conversación no le divertía si ella no hablaba antes… Por eso ella esperaba un buen rato y finalmente

respondía por mí. Profetizando, con su propia vara de medir, me avanzó lo que me iba a pasar:

Nunca me iría bien en la vida si perseveraba en mi actitud huraña. Debía pensar bien lo que hacía, porque la vida debía ser bella, bella con gente alrededor. La gente era la cortina de la ventana, era el tronco del geranio. Era el reloj y la lámpara. Era nuestra cama, nuestra mesa. Era la puerta por la que entrábamos y salíamos, y si allí no había gente, entonces todo aquello era tramoya, endeble tramoya, y delante de aquella puerta no había nada, solo abismo. Nuestra segregación era lo que había allí, nuestro terrible buscado aislamiento.

Esto era lo que me esperaba. En realidad, ya me había llegado, evocado por sus palabras. Porque, si bien aquellas no fueron exactamente sus palabras, sí fueron las palabras que oí yo, y también fue ella quien las pronunció, la mujer de peinado babilónico y de los desgastados botines de charol.

Me asusté, pero no me moví. Fue ella quien se acercó a mí.

Entretanto, la noche estaba recogida sobre sí misma. La verja se había acercado como si también quisiera tomar parte en la conversación. Los alhelíes eran una sensación física; las resedas, un ramillete ofrecido al olfato. Las espinacas se habían ido hundiendo sin tregua en la tierra poco a poco; y la lechuga, que busca la superficie mundanal, había desaparecido hacía rato. Tan solo los setos de alrededor y sus hermanos, los caminos y los arriates, tenían relación con las estrellas, una relación sentimental, armónica, casi de entrega. Pero, después de todo, era una relación con las estrellas, y aquello no era cualquier cosa. Miré al firmamento con admiración, agradecida. Estaban ahí. Y poder verlas era de por sí un regalo inaudito, divino, una compensación por nuestra soledad…

«Tú toma lo que quieras», pensé. «Yo quiero contemplar sola estas estrellas. Y si, a pesar de todo, la vida –esquiva como soy– me instara a hacerlo en compañía, seguiría deseando hacerlo como si

estuviera sola…».

Casi lo había conseguido. Pero la mujer, que ahora ya estaba sentada en el alféizar de mi ventana y a la que yo ya no veía, solo sentía su presencia más de lo que me hubiera gustado, me tomó del brazo. «Oiga», dijo en voz baja, como si las estrellas le hubieran proporcionado la palabra (aunque ella era omnisciente en todos los ámbitos), «debería empezar de nuevo en la vida, igual que tuve que hacerlo yo al dejar la casa de mis padres. Entonces se le pasaría esa tendencia esquiva».

«Mi padre», prosiguió sin preguntarme, remontándose a su pasado, «mi padre fue un barbero muy trabajador. Y murió por su profesión, como les sucede a todos los que trabajan mucho. Debo decir que vivía en un suburbio de Viena. Tener que ganarse el pan allí no es ninguna nadería. Y éramos muchos hijos. Pero mi madre venía del campo; no era de las que andaban todo el día preocupadas por los niños. Así que teníamos que trabajar. Y cada uno de nosotros acabó siendo algo, incluso cuando se pensaba de uno que no servía para nada. Uno es sastre, otro cristalero, otro jefe de camareros, otro barbero, otro zapatero, otro maestro heladero. Y hay que añadir que todo sin un penique. No es poco. Mi padre estaba muy orgulloso. Yo era su hija menor. Yo debía aprender costura. Yo era su preferida».

Mientras decía esto, miraba hacia abajo, a la oscuridad, donde yo estaba. Yo no había tenido nada de aquello. ¡Ah, si ella supiera cómo había sido mi infancia, yo no había tenido ningún referente profesional, mi infancia había transcurrido encerrada sobre sí misma, en su propio mundo!

«Mire», pontificó (en ese momento se había parapetado tras los setos de boj, porque tiritaba de frío; se los había arrebatado a las estrellas desde allí abajo —de qué no serán capaces esa clase de personas—); «mire», pontificó, «esto es una cualidad» (seguramente se refería a sus habilidades). «En general, de todo podemos sacar

provecho. Yo nunca hubiera creído que cantar y tocar la cítara me reportara nada, aquellas canciones y aquellos bailes que se aprendían solo como pasatiempo». (Y yo no me libré de que me mostrara su arte). Ahora ya me envolvía por completo la oscuridad. Pero a ella se la veía cada vez con mayor nitidez; ¿cómo era posible? Templó su voz, hacía como si tocara una cítara y comenzó a cantar. Era una antigua canción de organillero, como las que cantan aún ahora los ciegos los viernes en todos los patios de Viena. Yo escuchaba. Olvidé que era ella quien cantaba. Noche estrellada de nuevo, y un inmenso esplendor allá arriba. ¿Acabaría por ser tan bella como para que las flores se ocultaran y los pájaros enmudecieran? Canturreé quedamente, pero sin melodía.

Entonces la vecina me tomó de nuevo por el brazo. Por lo visto, quería acabar de engatusarme aquella noche. La escuché con atención.

Siguió hablando de su infancia. Al lado del cuarto de aseo estaba lo que ella llamaba el *tinelo*. Y allí estaba la cítara. Casi siempre el sábado por la tarde, día anterior al domingo, a mucha gente le gustaba oírla tocar. La campanilla de la puerta de la tienda no paraba de sonar. Y más de uno se quedaba más de lo necesario. Así que abandoné la idea de ser *mudista*. «La vida te lleva de aquí para allá, más aún cuando eres joven. ¿Qué sabemos de profesiones cuando somos jóvenes? Lo que a uno le resulta más ameno es lo que le tira». Y siguió hablando, apoyada en el marco de la puerta de mi habitación: «Fui citarista y después tonadillera. También aprendí muchas cosas sobre la prestidigitación y la acrobacia». Yo la escuchaba con atención con la esperanza de aprender algo.

De repente nos envolvió una brisa perfumada, como si el mundo entero fuera un enorme clavel turco. Algunas luciérnagas empezaron a hacer acto de presencia. ¿Qué sería para ellas la noche? Si una emprendía el vuelo, la otra la seguía… Pero aquel personaje que tenía a mi lado malograba incluso una noche como

aquella. Convertía aquel clavel único en un montón de florecillas ajadas en su sombrerito de vejestorio. Y las pequeñas luciérnagas debían iluminar su camino a casa, iluminarlo sin tardanza, porque ya había oscurecido.

¿Dónde quedaba ahora la verdad de la verdad? ¿Dónde quedaba la fascinación de aquella noche? Si la noche se ofrecía a cualquiera… A mi persona y a cualquier otra… Yo sentía vergüenza. Es inusual que una mendiga sienta vergüenza ajena: por la noche o por el cielo. Pero el personaje que tenía a mi lado seguía allí impertérrito. No sentía nada parecido. Ya entonaba otra melodía. Había perdido ya la voz estimulante de la juventud. Tampoco se acompañaba ya de ninguna cítara. Más bien evocaba el ambiente de una feria, algo que surgía de modo involuntario. Ella nunca lo hubiera reconocido si yo se lo hubiera dicho. Pero todo en ella me lo sugería; por una vez, la clarividente era yo.

«Espero que no tenga hijos», pensé para mí, espantada. Tal como estaba, de pie delante de mí, visible e invisible, resultaba lo menos parecido a un niño que uno pueda imaginar. No se hubiera podido parecer en la vida ni a la sombra de un niño. Y sin embargo… ¿Dónde quedaban en la naturaleza humana el orden, la confianza y la verdad, si era capaz de desfigurarse hasta ese punto? ¿Y no era yo su exagerado contrario: la exageración de la verdad?

Ahora era de noche. De noche. La noche no se compartía con nadie más, no deseaba que se le arrebatara a nadie. Solo nosotras nos otorgábamos aquella prerrogativa, puede que para perjudicarnos. Estaba cansada, ni yo misma sabía hasta qué punto. Y, a pesar de ello, no conseguía marcharme de allí. A pesar de lo fatigada que me sentía, me tenía retenida, obligada a escuchar las memorias de la vida de aquella extraña. Un mochuelo dejó oír su voz. Un pajarillo se agazapó medroso, como si el rapaz ya lo hubiera cogido del cuello, pero tal vez yo solo estaba soñando.

Sueño, canto, sonido se entremezclaban, se perseguían como las

luciérnagas. No era una realidad razonable. Cantar y volar y bailar era tarea de pájaros, flores y mariposas, como mucho, también de luciérnagas, pero no de seres humanos. Y menos aún de quienes ya estaban hartos de la vida antes de empezar a vivir… ¡Ah, aquella criatura de arrabal! En mi interior resonó un grito. Quizá fuera mi cansancio.

La niebla se esparcía por la pradera como un lejano rebaño de ovejas. El viento la impulsaba a caminar. Las horas pasaban.

Pero ella, mi vecina, aquella noche no se cansaba. Seguía con su charla. Los años se sucedían. Aquello era todo un mérito, no lo consigue cualquiera… Cómo, pasando el plato, recogía lo que después gastaba. Y cómo distribuía las ganancias por capítulos. Y cómo cada capítulo iba menguando y apenas alcanzaba para medio día, cada día igual. «El día quedaba *en paños menores*» (ella usaba esta horrible expresión). Y, como es natural, cantar y bailar ya no eran cantar y bailar. Y su familia vivía honradamente de sus ingresos, solo ella iba de un lado para otro por ciudades de provincia y mercadillos, casi viviendo en la calle…

Así pues, no puede extrañarnos que ella poco a poco fuera triturando mi gran clavel moro a trocitos. Su relato era sincero. Decidió que quería casarse. Se le había ocurrido de pronto. Hasta yo misma podía imaginar aquella tarde y el pequeño huerto donde lo decidió. Ella conseguía vincularme en cierto modo a aquel huerto. Un jorobado estaba sentado a la mesa que había bajo los castaños. Aquel era a quien ella gustaba. Sí, ella le gustaba. Tenía ojos, no ojos para hoy y mañana, porque las cosas tenían muchos. Él tenía ojos para ver lo que las cosas duran. «Bueno», se decía, «el baile se acabará pronto. El cante se acabará pronto, pero la vida es más larga que el baile y el cante. Puede que ella se dé cuenta. Y si consigue darse cuenta, también pensará en mí».

Con aquellos pensamientos se levantó y se marchó. Pero cada vez que había función, él volvía a sentarse bajo los árboles. En una

ocasión, incluso se puso una flor en el ojal. (Se levantó un viento que parecía querer empujarnos antes de tiempo a la mañana).

Pero, entretanto, ella había cambiado de idea; no parecía que se hubiera dado cuenta de lo que ocurría. Sin embargo, de un modo u otro sus planes de futuro siempre acababan tambaleándose por alguna razón. Cuando ella y su reducida comparsa se encontraban fuera de las respetables ciudades de provincia, eran las ciudades de provincia las que se acercaban a verlas. Especialmente a ella, a ella, porque ella tenía un papel especial: aparecía enfundada en un vestido de terciopelo azul y hacía volar estrellas doradas. Aquello era siempre lo que más les gustaba. Lo aplaudían mucho. Una vez hasta habían lanzado flores. Nunca antes le había sucedido nada igual. Relató una de aquellas ocasiones, una especial. Había un hombretón pelirrojo —en realidad se había unido al grupo—, que animaba la comparsa. Siempre les tenía el vino a punto y siempre se sentaba en primera fila. Todo un compañero. Un verdadero compañero, era evidente. Ella empezó a pensar en él en cierto sentido, en un sentido que hacía ya tiempo había tenido en mente. Porque él no era de aquellos desvergonzados que cobran su sueldo por adelantado. Porque también él pensaba en ella en cierto sentido. También quería casarse. Quería casarse con ella. Ella ya jugaba con la idea de organizar un festejo de bodas como Dios manda. El jorobado no formaba parte del plan. Es decir, ella lo tenía de reserva. Los farolillos de colores, oscilantes, se balanceaban como cuando se anuncia una tormenta. En medio de aquello, las estrellas, que la muchacha, ya entrada en años, atrapaba sin cesar. Era realmente asombroso.

Por la mañana, después del baile de la noche, quiso ponerlo en práctica, según me contó. Quería dejar aquella vida y aquel negocio casi ilegal. No quería casarse con un jorobado. Quería casarse con un hombre sano, que tuviera buenos músculos y que ganara un buen sueldo regentando un negocio acomodado.

Con uno de aquellos quería ella casarse. Ya no se lo planteaba de ninguna otra manera. El jorobado estaba olvidado. ¡Que tocara el violín en su boda! Porque era un pobre maestro de música y así intentaba ganarse el pan, mientras que el otro ya se lo ganaba: era carnicero. Todos podían comprobarlo, y además era todo un maestro. Su tienda estaba siempre llena hasta la escalera de muchachas que no paraban de charlar. Y si bien ninguna hija de buen burgués lo hubiera tomado por marido (porque ser carnicero significa ser matarife, y ser matarife roza el límite que separa los oficios honrosos de los deshonrosos), sí sería un marido aceptable para ella, para ella, que al fin y al cabo ya había jugado con las estrellas y hacía tiempo que ya no podía ser considerada muchacha de familia burguesa.

Y ella quería formar parte del mundo. Lo deseaba cada vez más; del mundo, no del lugar que ella profetizaba que tenía asignado yo.

De todos modos, yo estaba allí inmóvil, y además tenía frío. La noche ya lo había recogido todo: sus nieblas y sus sombras. Había luna llena. La luna se había convertido en el sol de la noche. Mi mano, apoyada trémula en el quicio de la ventana, había adoptado un color plateado. Sentía cómo mis propios ojos devenían luna. El sueño me vencía.

Pero ella, que daba la espalda a aquellas maravillas, seguía hablando, seguía y seguía; parecía que quisiera matarme.

Me describió la noche que ella llamaba la celebración de la víspera de la boda. Me contó lo del baile; incluso había violines. Había uno especialmente exquisito, de confección propia, virtuoso.

Ahora sucedía lo contrario; ellos conformaban el público —ya era hora— y los demás eran solo músicos, aunque hubiera uno entre ellos que destacara.

¡Ah! Y ahora lo de la pobreza debía terminarse. Nada de juntarse con la gente humilde, con gente que no se ganaba el sustento. Lo de la pobreza debía terminarse. Tan cierto como que ella se llamaba

como se llamaba.

Fue una celebración de víspera de boda como Dios manda, una noche de boda.

La vecina me miró fijamente a los ojos escudriñando en mi interior. ¿Lo habría yo adivinado? De repente quiso escatimar las palabras. Yo ignoraba por qué; me había dormido de pie, como un animal. Estaba ausente. Solo un momento, claro. Los momentos del sueño nocturno son como la distancia de una estrella a otra. Tambaleándome (porque con su conversación me había arrebatado hasta el último rincón del suelo que yo pisaba), tambaleándome la vi de pie ante mí, vi a aquella mujer con su peinado, su chaquetita, sus zapatos, la impresión exacta que me había llevado yo de ella. Tuve la sensación de que me balanceaba hacia delante y hacia atrás, pero ella permanecía inmóvil.

Sin embargo, me sorprendió que aún estuviera allí. Porque habían transcurrido miles de años. La noche, indulgente, conservaba las resedas y los alhelíes para que yo pudiera verlos. Respiré. Profundamente.

Y, entretanto, la gente seguía bailando en un huerto cualquiera; oía el barullo y la veía dar vueltas sin que ella, la vecina, necesitara hablar más de aquello. Porque ella seguía sopesando aquella palabra que no deseaba pronunciar. Esperaba con solemnidad hasta que el baile y la embriaguez hubieran alcanzado su apogeo, hasta que saliera espontáneamente de sus labios, aquella palabra, de sus labios ahora supuestamente discretos…

Una de su propia comparsa había sido quien finalmente la había pronunciado por primera vez, aquella palabra. Y que era cierto lo comprobó de inmediato, porque el baile cesó, porque su propia pareja de baile se había detenido. «Verdugo», había dicho alguien de su comparsa.

Y a continuación, como si nadie hubiera entendido lo que había dicho, quien había pronunciado aquella palabra prosiguió para

aclararla:

«Sí, verdugo. Antes de ser carnicero fuiste verdugo. Por eso no hay muchacha de buena casa que te tome por marido. Por eso debes casarte con una de nuestra comparsa. Sí, fuiste verdugo, verdugo, verdugo».

Fue como si todo alrededor diera vueltas. Y, riendo, vi caer una estrella. Mansamente, quizá cayó en aquel huerto…

Pero ella, la vecina, no parecía querer esperar a que cayera, no se le veía intención alguna de querer.

Solo siguió hablando en voz baja como si, de no hacerlo, pudiéramos perdernos la música de algún violín, y prosiguió:

«Él, el respetable novio, se percató de inmediato de que el baile había cesado. Es decir, yo seguí bailando un rato sola, aunque de otra manera: me puse enferma. Tres días y tres noches tuve el mismo sueño. Soñé que bailaba con mi verdugo. Entonces se le caía a él la cabeza, pero él seguía bailando y bailando un buen rato conmigo, sin cabeza. Y luego el sueño volvía a empezar desde el principio. Y siempre, desde el principio, presentía el final. ¡Solo Dios sabe lo que sufrí aquellos tres días y aquellas tres noches!». Pues eso dijo. Y, a pesar de lo repulsiva que era, raras veces he oído a nadie narrar las cosas tan bien.

Después me acosté. Es decir, estuve en la cama muchas horas, bañada por la luz de la luna. Era difícil saber si lo había soñado o si había sido real. Solo cuando la misma luz del día poco a poco me reavivó como a una enferma y me despabiló (porque unas veces la luz se propone una cosa y otras, lo contrario), comprendí que no había sido un sueño.

Y cuando lo supe, decidí partir. Porque la conciencia que ella tenía de sí misma, aquella decisión consciente de ser mala persona, la amalgama de todo aquello en un ser, me resultaba repugnante. Y en mi interior oía una voz, como si no me lo hubiera dicho a mí misma poco antes, sino como si alguna otra voz quisiera acompañar

a la mía en el consuelo: «Yo era yo, y si yo quería ser más honesta y mejor, debía ser a partir de mí misma». (Y poco a poco iba languideciendo aquella noche de luna en mi interior). Uno tras otro, los rayos de sol iban resquebrajando la tenaz envoltura del rocío de la mañana. Dejé el dinero a la jornalera. Después abandoné la casa, sigilosamente y a toda prisa, como alma que lleva el diablo…

Cuando llegué abajo, donde la senda confluye con el camino, me tropecé con un hombrecillo jorobado. Empujaba una bicicleta con un brazo estirado y con el otro sostenía un violín o una mandolina en su envoltorio. Por el modo en que torcía el manillar de su bicicleta supe que se dirigía al lugar de donde yo venía.

El sol se sumergía en la sombra. La sombra en el sol. No era capaz de distinguir un verdadero pájaro del aleteo de la luz. Pero un íntimo gorjeo latía en mi corazón (¿venía directamente del cielo o del propio prado?). Solo mi recuerdo creía aún que era cierto lo que había acontecido unas horas antes: los pasos en una habitación y el constante traqueteo de la máquina de coser. Pero a la vista se dibujaba solo una línea parda que envolvía un cúmulo de vivencias… Y al fin, en las alturas, otra vez despuntó, como una estrella, una señal hacia el cielo. Porque qué otra cosa quiere Dios sino que nos reconciliemos con nosotros mismos.

De un antiguo cartel de mesón

SITUADO EN UNA REMOTA región de Estiria había hace años un viejo mesón. Estaba donde nadie esperaba encontrarlo. De una sola planta, parecía estar deshabitado, y su aspecto ruinoso indicaba qué clase de casa era aquella. Pero por encima de la entrada colgaba un cartel que mostraba un espléndido ciervo. Sus patas delanteras apuntaban hacia el bosque, mientras que entre las traseras, estáticas, podían entreverse el campanario de una iglesia y algunas casas. Todo un mundo, en cuyo otro extremo se veía arrodillado un cazador, pequeñito e insignificante, con la escopeta de perdigones en la mano. Apuntaba, y lo hacía como si se le hubiera ocurrido después, después de que el ciervo hubiera escapado (a veces a los humanos les sucede lo mismo, no solo con los animales del bosque). Pero aquel letrero seguro que quería exhibir la fuerza y la grandeza del animal y dar a entender lo que era aquella casa, un mesón, situado en un prado en pleno bosque. Sin embargo, solo un cazador, un guarda forestal, un carbonero o un pastor de las montañas que fuera de camino a casa podía sentirse a gusto allí, en medio de aquella espesura, y, en ese caso, no para echar un trago de vino o de cerveza, sino para beber un vaso de buen aguardiente. Así que nadie hablaba, porque, además, allí no había nadie más que una anciana sorda, que dejaba al huésped, en la mesa, el vaso y la botella. Pues ella ya no podía escanciar, sin vacilar ni temblar, el goteo necesario para una bebida como aquella. Debía de ser

también casi ciega, pues cuando un día llegó realmente un forastero y este, que no conocía la costumbre de la casa, le indicó que le sirviera, lo derramó sobre la mesa; si bien tuvo cuidado, lo derramó sobre la mesa. Y solo se dedicaba a aquel trabajo; hablar no hablaba, porque no servía de nada, ya que era sorda. Ella estaba tan vacía como una casa deshabitada en la que uno llama y llama a alguien y no aparece nadie. Era sorda. Y era vieja, tanto que un bisnieto suyo, ya mayor, se acordaba de cuando, con voz temblorosa, le cantaba nanas junto a su cama cuando era niño. Era tan vieja que parecía que en su caso la muerte hubiera comenzado a contar a partir de un número muy elevado y hubiera seguido contando más y más hasta cien y más allá. Aquella mujer era asombrosa. ¿Que si se dedicaba a algo? Pues claro que se dedicaba a algo. Hacía lo que había que hacer en una casa escasamente habitada como aquella. Hacía lumbre en el fogón, preparaba unas gachas de mijo. Porque mucho más para comer no había en su casa, aparte de la leche que le traía el hijo del pastor por la mañana y por la noche. Es verdad que a veces los de la casa también bebían aguardiente, pero en ese caso ya no era cosa suya. Ella servía a la vida del mismo modo que la vida la servía a ella. Pero de los animales había dejado de ocuparse. De aquello se ocupaban los hombres, los nietos y los mozos que por la mañana temprano, al mediodía y por la tarde rondaban por la casa. También cantaban a la tirolesa de vez en cuando, pero lo hacían más para sí y en los campos y los pastos a los que subían asiduamente; y la anciana no se apresuraba más por ello a poner las escudillas sobre la mesa ni a preparar las sillas cuando los hombres ya estaban cerca, porque ella no oía. Para ella solo existía un tiempo que llevaba dentro, un tiempo ancestral: ella comenzaba temprano y no necesitaba dormir. ¡Dios sabe cuántas noches de luna llena se habían apostado ya en la pequeña ventana de su cuarto!

Y en general no sucedía apenas nada extraordinario. Allí había lo

que había. Y trabajo era lo que más había. Y si aquellos hombres no se hubieran podido ver a la luz del día, hubiera podido creerse que todos allí eran viejecitos. Sin embargo, aquello se debía a que apenas hablaban y a que eran peculiares. Por lo demás, alguno pisaba de vez en cuando una carpa de baile o algún que otro lugar. Pero eso sucedía solo un día de gran celebración, cuando toda la comarca andaba de parranda: por carnaval o en tiempos de vendimia; entonces nadie preguntaba qué hacía allí aquella gente a quien nadie conocía. Y si se marchaban porque no les gustaba el ambiente, tampoco preguntaba nadie la razón. Porque las mujeres que bailan son un bien común (siempre y cuando uno no haya elegido a la suya propia y ya no la suelte mientras le vaya sirviendo vino y carne asada; pero, para llegar a esto, uno sin darse cuenta espera hasta bien entrada la noche). La vida es atractiva por lo que tiene de placentera, cuando la responsabilidad y la obligación y el deber y la culpa no amenazan con eclipsar el placer, cuando uno baila y retoza ora con una, ora con otra.

Pero cuando uno ha renunciado a hacerlo, no es fácil creer que suceda. Entonces uno piensa que seguirá bailando en otro lugar. E incluso si hubiera sentido predilección por una antigua Biblia perdida y por los manifiestos secretos que encierran sus palabras y sus ilustraciones interiores y exteriores, pues es la que es, esta es su Biblia, la que ha elegido, y bailando con ella iría al fin del mundo. Pues si bien la vida es difícil, difícil con el ser humano y la carga que arrastra de un lado a otro con el fango de la arcilla pegado a las suelas de su tosco calzado, si bien la vida es difícil, de algún modo velado e imperceptible es un frenesí. Y es que esta vida no deja de tener en cierto modo un encanto especial que aún no somos capaces de aprehender del todo. Es una cadencia que nos seduce felizmente, casi siempre por amor, por amor a una persona, o al dinero o a un trabajo. Claro que también puede ser por odio o por maldad. Da lo mismo. Incluso puede ser por estupidez o por obnubilación;

también esto es un frenesí. Pero, en cualquier caso, es algo que nos ha atrapado, que nosotros hemos atrapado claramente e imperceptiblemente.

Así que no debe extrañarnos que alguno de los que estaban sentados en aquella estancia que la oscuridad iba ganando se sintiera del todo fuera de lugar. Al principio él especulaba:

«Es imposible», se decía. Porque casarse era cosa para toda la vida. Uno amaba para toda la vida a la que le había parecido bien dotada. A aquella que, aunque fuera vieja y sorda, apagaba de un soplo el candil cuando todo quedaba a oscuras y todo el mundo se había acostado. Uno amaba con la responsabilidad con la que sopesa las dudas de la vida: si debe comprar otra parcela, si la casa necesita realmente renovar el tejado o si el remiendo puede esperar otro año. Aquello se sopesaba con la misma responsabilidad que las necesidades de la casa. Aunque aún con mayor recelo, porque, después de todo, los seres humanos cambian, y cuando uno quiere darse cuenta, ya es otro. Ya es agua pasada.

Aquello lo intuía bien el mozo de los campesinos. Lo intuía, porque su amor era muy distinto de lo que él había previsto.

Aquel amor estaba presente allí desde hacía mucho tiempo, solo que él no se había percatado.

Para empezar, había sido el viejo mozo de cuadra quien se lo había traído a casa. A casa, donde él vivía. La situación no podía ser mejor. Pero enseguida se vio que se trataba de un amor especial.

Porque lo que el viejo le había metido en casa era una criatura estúpida. El capazo que a él, al chico, se le antojaba como una guarida estaba apoyado sobre la pared y la criaturita de dos años estaba sentada en un escabel con la cabecita apoyada en una silla que le habían arrimado delante, sin pena, sin pesar, sin risa ni cariño. Estaba allí sentada, tan dulce, como un adorno inanimado; nadie requería nada de ella.

Pero precisamente aquello era lo peligroso. Así se ganaba el

corazón humano en el que otros no hubieran tenido cabida. Y el muchacho cuidaba bien de que no le faltara el alimento. Porque, en primer lugar, era una criaturita silenciosa como todos los habitantes de la casa y, en segundo lugar, era muy linda. Y aquello era una novedad.

Al principio aquello parecía suficiente, porque el mozo de cuadra, después de haberla atiborrado de papilla, la sentó de nuevo en el capazo. Allí siguió, sin ser ni una personita ni un objeto, mientras el viejo volvía a llenar la pipa.

En aquel entonces vivía aún también el frailecillo, ágil y jovial (un animal del que se dice que puede morir de alegría), y al muchacho le hubiera gustado saber si la chiquilla lo había oído piar. Pero allí estaba el viejo haciendo ruidos y jadeando con aquella belleza inútil junto a la puerta y su bastón apoyado cómicamente por encima del hombro. Y uno se quedaba otra vez solo y nada sucedía que hubiera podido alterar la paz.

Habían transcurrido años desde entonces. Se había repetido varias veces lo mismo. Al principio la niña crecía muy despacio. Cuatro años eran como dos. Sin embargo, cuando él se la encontró mucho tiempo después, a ella, que lo observaba con enigmática curiosidad (aunque en realidad se había cruzado con ella cuando regresaba del pastizal de los caballos con el viejo a casa), parecía haberse convertido en una preciosa flor del paraíso: algo así como una genciana de tamaño natural. Es curioso el cuerpo humano: a veces el sueño del alma le sienta de maravilla. En una ocasión vi a un joven, un joven de veinte años que sufría de epilepsia; tenía unos rasgos de pureza tan beatífica que eran dignos de un Cristo muerto. Dormido como estaba, parecía un dios durmiente. Y sus veinticuatro años parecían apenas dieciocho, tan inmunes al tiempo, tan candorosos aparentaban ser. A aquel maravilloso joven recordaba la criatura que ahora veía, la joven en que se había convertido. Se la hubiera podido imaginar como la psique del

muchacho. Apenas si tenía diecisiete años o incluso menos. Por cómo le gustaba dormir, a la sombra, su cuerpo femenino conservaba un color níveo. Y su cabeza, con el cabello recogido atrás, inmóvil, resultaba casi altiva.

No obstante, pronto se haría evidente que ella no lo veía a él, porque en realidad tampoco veía a los animales que pasaban por delante de ella con sus melenas al viento. Y a esos tendría que haberlos visto si hubiera tenido algo parecido a un alma. Pero los animales la conocían y la amaban. A veces uno, otras veces otro, participaba del placer del juego ocioso y gratuito con aquella criatura. Cuando bebía del caño de una fuente, se le acercaba un animal para calmar él también su sed. Y a menudo la muchacha yacía entre dos caballos que retozaban de alegría entre las flores. En ocasiones uno, acercándose por detrás, apoyaba la frente en su espalda, como empujándola montaña arriba. Y en otra ocasión uno arrimó abstraído su boca a la cabeza de la muchacha, cuando ella miraba embelesada al infinito con los cabellos sueltos.

Por eso no debería extrañarnos que a él no solo le pareciera preciosa, sino que incluso la amara. Pues, si bien algo le hacía intuir que amar a un ser sin alma era un sacrilegio, si bien el instinto le susurraba a la conciencia que lo era, la muchacha seguía siendo la muchacha. Era hija de un granjero rico, por eso quienes la veían la miraban con respeto, y aquello a ella le daba a entender que nada podía someterla ni obligarla a adquirir una conciencia que no tenía y la hacía comprender que los animales jóvenes que han sido domesticados se convierten en algo muy distinto a un animal, en algo absolutamente indigno. Al contrario. En un enigmático sentido, ella era incluso más que un simple ser humano. Por la plácida y regalada vida que había llevado, sus movimientos eran tan perfectos que probablemente nunca nos ha sido dado observar antes en la naturaleza. En la ciudad su afección seguramente se hubiera considerado una enfermedad mental. En el campo, sin embargo, era

la retrasada, sencillamente la retrasada. Y todos sus actos se convertían, en la infinitud del momento, en un paisaje, cada vez en uno nuevo. Sea como fuere, el hijo del campesino no paraba de pensar en ella. Y no tenía otra cosa que hacer, constantemente. Aquello le bastaba.

Aquel otoño él no hubiera participado en ninguna romería con ninguna joven de la región, ni si hubiera sido de las más bonitas, sencillamente por la aflicción en que estaba sumido por aquella muchacha muerta. Pues, aunque estuviera viva y respirara, él era consciente de su ausencia de vida, de su anatematización. Además, tampoco se trataba de una anatematización en sentido estricto. Más bien era el estado vegetativo anímico en que se encontraba. A pesar de que bebía de la fuente, no podía comer sola. Como a las flores del cielo, siempre debía alimentarla una mano humana. De no haberlo necesitado, hubiera comido sola, igual que bebía de la fuente. Así pues, sentada a los pies del viejo mozo de cuadra, el anciano, con cuidado, hundía la cuchara en la sartén de cobre, aún en el fogón —porque en aquella alquería las costumbres eran muy rústicas—, y se la metía en su boca infantil. Algunas veces acariciaba los cabellos de la muchacha o sostenía sus dos manos exánimes en la suya de anciano, velluda y llena de cicatrices.

En aquellos momentos era especialmente consciente de hasta qué punto debía protegerla. Más que a los caballos, que a menudo intentaban sobrevivir en la campiña a la luz de la luna. No podía dormirse, por decirlo así. De modo que se conformaba con dos de los chicos del labrador, en vez de los mozos de que hubiera podido disponer, y hacía él solo el grueso del trabajo, con su ayuda.

Había remolcado algunos arcaduces de árboles, que él mismo había talado, hasta el abrevadero, y a veces siquiera se le veía el cuerpo, cuando, bajo el peso de una bala de heno, subía por la cuesta resollando como si fuera un promontorio de forraje. Si bien era bajo por naturaleza, la responsabilidad que él asumía

libremente lo dotaba de grandeza. El hombrecillo habría sido capaz de ahorcarse si le hubiera sucedido algo malo a la muchacha. Con esto no quiero decir que no debiera morir. Todos los humanos moriremos, se decía el mozo de cuadra, y esta criatura solo estará a salvo en manos de Dios. Pero a veces le asaltaba un temor secreto, cuando pensaba que quizá moriría él antes que la niña. Y por eso seguía y seguía avanzando hacia la cima de su ancianidad y quizá ya era tan viejo como aquella anciana de la hostería de abajo, en el valle desierto, que quizá no se moría solo porque no conocía a nadie que hiciera su trabajo.

Él le cosía el vestido a la niña. Él le ataba los zapatos a la niña cuando hacía frío. Y, cuando llovía durante días, él le ponía su propia caperuza y miraba con peculiar sentido del humor a su alrededor. Sin embargo, él no creía en el apego de la niña. Porque ella no conocía el peligro del fuego ni del agua. No conocía ningún abismo, él lo había comprobado con horror; no conocía ni a sus padres ni a nadie. Que permaneciera a su lado parecía deberse a que él la protegía, a que los perros la protegían, a que los caballos la azuzaban para hacerla llegar a casa. Y todo aquello, que pronto se supo, hacía crecer entre la gente lo que ya pensaba de ella. Las muchachas se alternaban en zaherirla, se burlaban o la asustaban. Sin embargo, los muchachos casi siempre callaban, porque sobre aquello no se podía hablar.

Tampoco el mozo de aquel triste hostal decía nada por lo mismo. Aquello le repugnaba, le repugnaba solo pensarlo, como si hubiera cometido el delito. Porque en cualquier caso era un acto perverso. Incluso cuando el amor entrara en juego. Porque ¿quién podía creer que había amor? La gente, como la argamasa, refuerza lo que la humanidad construye. Y como es así, o por lo menos eso es lo que parece, uno debiera sentirse proscrito de este mundo si no piensa como todo el mundo. Uno era en cualquier caso un animal absurdo, aunque no tan bello ni esbelto como la muchacha.

Y él precisamente, aquel muchacho especialmente atento a las prácticas tradicionales, hubiera preferido quedarse soltero a casarse con una criatura despreciada o en cierto modo abyecta. En su interior albergaba sin saberlo una pizca de ignorada ambición. Solo que estaba disfrazada de práctica tradicional o usanza. De modo que se enfundó unos gruesos pantalones de cuero, una recia chaqueta gris y una camisa abierta. El muchacho era algo desaprensivo, un poco consentido, no sabía por qué. También era un poco pusilánime, y siempre estaba en guardia. Era el hazmerreír de su casa. Pero allí también le temían. Por lo visto, el carnaval no le había gustado o viceversa. De no haber sido así, hubiera vuelto a participar en la fiesta… (así que a veces entre ambos guardaban las distancias). Sin embargo, la gente de casa no le decía nada. Y no necesitaba decirle nada, porque a todos se les notaba lo que pensaban de él, y aquello les parecía suficiente.

Además, de un muchacho como aquel, que parecía tan huraño, podía esperarse cualquier cosa…

Por el momento, lamentablemente él solo andaba a vueltas con el amor, como una peonza. El amor lo incordiaba y él bailaba. No tenía por qué parar, este es el sentido de este juego.

Por las noches lo despertaba el relincho de un caballo, aunque no poseía ninguno. Y, cuando al amanecer todos iban a la parva, él prefería los pastos. Pero qué significa esto: pues que para la parva se necesitaba un número determinado de manos y todo debía funcionar a la perfección, como si todos fueran piezas de una única rueda de molino. Y nunca nadie se había escaqueado. Era una imprudencia hacerlo sin una razón; por ejemplo, una enfermedad. Y el amor no era razón para no trabajar, era para después del trabajo. Y habría que añadir aún: cuando era amor verdadero. Pero se decía que aquel amor no era amor, y por eso no había que…

El muchacho se sentía terriblemente atormentado, y era demasiado digno para confiar a nadie un secreto espinoso de

aquella índole (y además tenía la intención de reprimir sus pensamientos). Cuando entraba en su casa tenía la impresión de meterse en su tumba. Cuando iba a la era tenía la misma sensación. La siega tampoco representaba para él un solaz. Era curioso que en casa fuera su abuela quien más lo incomodaba. Quizá le recordaba a la muchacha de los pastos. Tampoco a ella le había oído decir apenas una palabra. También ella vivía por inercia, sin darse cuenta. Tampoco ella era como las otras mujeres. Por eso, desde que, con el paso de los días, iba tomando conciencia de aquel amor, solo pasaba en casa el tiempo necesario. En cuanto podía, agarraba su silla de madera por el respaldo y la arrastraba fuera, donde seguía pasándolo mal.

De repente le dio un arrebato: «Pues sí que iré a los pastos de los caballos». Pero, apenas lo había dicho, el miedo lo poseyó y no volvió a decirlo. Decía lo contrario, esto es, con una pequeña variación: «¿Por qué habría de ir a los pastos de los caballos?», (como si no conociera a su amada). Y aunque él no la hubiera conocido a ella, ella sí lo conocía a él. Ella lo reconocía siempre. Ella incluso lo observaba: si levantaba el bielgo, cómo lo levantaba, si caminaba dando largos pasos o si se quedaba quieto y dónde, y si fantaseaba con la mirada perdida. Pero cuando él dormía, era ella la dueña y señora de sus sueños; ella soñaba en lugar de él. Entonces él trepaba por un abeto y por encima del árbol; él no se daba cuenta de que había llegado al final y se caía, y entonces yacía en el sueño cuan largo era con los miembros destrozados, en la linde del bosque, bajo el árbol y en su cama al mismo tiempo, y era de noche o también de día. Aunque también eso daba igual. En realidad, él lo interpretaba todo, cuando despertaba, como el dolor que le causaba su inconcebible pasión. Y su angosta alcoba, que nunca antes había sido objeto de su observación (un sencillo cuarto para dormir, como un ataúd, el cuarto más estrecho y bajo que pueda imaginarse para hacer frente al intenso e interminable invierno), aquella alcoba se le

antojaba ahora casi hostil. Notaba que entraba la figura cuya identidad él se empecinaba en negar. Él la imaginaba entonces yacente a su lado, y se imaginaba a sí mismo, horrorizado, como si se tratara de una amada muerta.

Pero después, como si hubiera perdido por completo la razón, se quedaba observando con la mirada perdida el vuelo de una mosca que iba zumbando ruidosamente por toda la alcoba, por si hubiera sido poco el tremendo susto que acababa de sufrir su corazón. Y no eran pocas las veces que además luego bebía agua bendita. Pero poco después, una noche soñó con un espantapájaros, uno que yacía en el suelo. Pero después era la muchacha y después parecía ser una cruz con un Cristo extasiado junto al camino.

Decidió marcharse de aquel lugar. Pero no sabía a dónde ir, no sabía por qué. Nunca había querido marcharse. ¿Qué les diría a los suyos? Además, allí todavía le quedaba mucho trabajo por hacer. Deberían buscar un mozo para sustituirle. Por tanto, perjudicaría a la vez a su propiedad y a ellos. No, marcharse… Si lo hacía, acabarían por descubrir que estaba enamorado. Y también descubrirían de quién… Así que mejor quedarse. Porque quizá quien le diera trabajo también preguntaría. Y una querencia al principio es sordomuda y boba, cosa que ella era realmente. Una querencia como esa no quiere ver ni oír. La primera vez que le preguntan a alguien por su querencia es como si le echaran un jarro de agua fría.

De modo que decidió otra cosa. Cogiendo el toro por los cuernos, decidió casarse. ¿Por qué no? No estaba prometido con ella. No estaba prometido con aquella amada… Todo aquello no era más que pura imaginación.

Y, como si las mozas no hubieran estado esperando otra cosa, pensó en tal o en cual. Una madre no le hubiera podido dar consejo más rápido…

De pronto pensó en la devota hija de un tejedor que vivía en un

pueblo de más allá de las montañas, por detrás de los pastos de los caballos. Aquella se le antojó la más adecuada. No quiso reconocer la razón. La había visto solo una vez, encorvada sobre su devanadera, macilenta y sumisa, con un gato bien alimentado ronroneando a cada lado. Aquello le había gustado. Así era como le gustaban las mujeres, que no se ocuparan de otra cosa más que de su trabajo. No le gustaban cuando reían y eran veleidosas. Desde que se había enamorado —lo notaba— se había vuelto un tipo raro. Ya iba siendo hora de que se acordara de la hija de aquel tejedor. Y, como les sucede a todos los que sufren, se animó, y levantó el ánimo porque se le había ocurrido una idea más llevadera. Dejó de lamentarse. Casi hubiera comunicado a los demás lo del casamiento. Pero incluso sin que él dijera nada, quienes vivían con él se lo notaban. Se lo notaban en todos los detalles. Y, decidido, tomó sin más dilación su chaqueta verde y sus pantalones largos y sus botas altas, en las que podía embutirse, porque en realidad no le gustaban aquellos pantalones lacios que se le antojaban como una falda. Y hasta se llevó consigo un reloj de cadena.

En la fuente se lavó a fondo, como si le hubiera llegado el día del juicio final. Después se marchó sin bastón y como si fuera a la iglesia. Hacía el camino en condiciones, como correspondía a un asunto de aquella trascendencia. Caminó por el sendero que atravesaba el bosque. De vez en cuando se cruzaba con extraños de las inmediaciones. O una campesina se ajustaba la falda y lo saludaba. O un pájaro iba brincando y alborotando delante de él. O también se detenía, porque caminar por el bosque era nuevo para él. Se sentía muy bien. Sucede siempre cuando uno parece haber tomado la decisión correcta. Además, el camino estaba como cubierto de oro. Y los árboles se veían cada vez más luminosos. Y entre ellos, probablemente entre la mayoría (si bien no lucían tan vivos), se alzaban los abetos y las rojizas ramas de los pinos silvestres. Sentía el aire como si se posara en su mano, como si

fuera una mariquita. Y ora una ardilla, ora otra, contemplaba con sus ojillos de enebro aquel personaje que avanzaba por el sendero. Era una suerte para un lozano caminante que el camino no fuera largo, de otro modo se hubiera desviado. Porque el escorial de los caballos era grande y uno sabía orientarse siempre, aun si no seguía ningún camino. Tampoco había descartado del todo ir allá, lo contemplaba solo como una posibilidad; pensaba en los tejedores con los que estaba emparentado. Y además pensaba que quería comprar guadañas allí, porque, según decían, allí eran más económicas.

Entonces una cierva se paró delante de él, a lo lejos, pero justo en la mitad del camino. Tuvo que detenerse él también unos minutos. Aquel cuerpo esbelto, desnudo, le enternecía incluso a él, que era zafio, y ahora aún más zafio. Quizá hasta tenía lágrimas en los ojos (pues con aquello, sin querer, sus pensamientos tomaban otro curso). Entonces los árboles dejaron caer una lluvia de hojas. Un pájaro pasó asustado por delante. Y, sin saber cómo, el mozo se encontró fuera del bosque. El gañán tomó entonces mayor conciencia del otoño; el aspecto del campo era más acogedor que el bosque más hermoso. Veía la torre de la iglesia. Veía las casas, también la de los tejedores. Podía irse preparando. Se cruzó de nuevo con labradores endomingados. Oyó de nuevo las campanas. El tañido daba a entender que el oficio estaba a punto de acabar. Llegó justo en el momento de la bendición final. El agua bendita se deslizaba por su frente como una lágrima salada. Después, como un torrente, se desató la música del órgano, que emergía como flores, rosas y georginas, una infinidad de flores. Después inundó su oído el tintineo argentado de un incensario. Y la iglesia fue despejándose. Primero se marcharon los hombres; ellos siempre tienen prisa por marcharse de la iglesia. Luego, las zagalas, y, finalmente, las mujeres. El mozo observaba. También la tejedora se encontraba entre los fieles. Ella lo reconoció de inmediato y le

invitó a hacerles una visita. Así pues, pasó primero por la tienda y compró un cuarto de azúcar de pilón y medio kilo de café. A continuación se dirigió a la fonda para comer y después se encaminó hacia la chabola de los tejedores. Le había incomodado ver tanta gente; como si nunca hubiera visto tanta. Se alegró de que aquel día, en la alcoba, el enorme telar no trabajara; las bobinas descansaban a cada lado y solo los gatos ronroneaban subidos al escabel de tejer, a la derecha y a la izquierda, como si la moza estuviera sentada allí entre ellos. Eran animales hermosos, acostumbrados a la holganza y a su hermosura. Les dedicaban tantas atenciones como otros dedican a sus geranios. Por lo demás, la alcoba estaba vacía; es decir, el tejedor dormía junto a la estufa. Iba en mangas de camisa. Su cara lucía el buen afeitado de los domingos. El mozo se sentó un momento. Le sorprendió la pulcritud y la luminosidad de la alcoba. Su casa, como es natural, no presentaba el mismo aspecto. ¿Cómo hubiera podido la abuela hacer más de lo indispensable? Ya era hora de que en su casa entrara una mujer. Sintió euforia y resolución. Entonces llegó la joven, tímida, porque ya sabía quién había en la chabola, y dejó un cesto con medias de punto sobre la mesa. Tras una breve conversación, se puso a zurcir. Y finalmente entró también la madre, que despertó al marido. Y lo que pasó a continuación fue divertido. El tejedor empezó a hablar. Contó que en su vida había tejido un sinfín de telas de lino y de mezcla de lino con algodón. Él creía que se podía calcular a cuántos países del mundo habrían llegado aquellas telas; si existían los kilómetros, lo suyo eran los metros, y él tenía setenta años y desde los trece había estado sentado delante de aquel telar. Se podía calcular si uno hacía un largo viaje sin mojarse ni moverse de su casa. No necesitaba paraguas para hacerlo. Todos rieron. Casi se olvidaron de la fonda. Pero después de tomar un vaso de aguardiente y un cuenco de café, decidieron ir. Solo los hombres, claro. La hija de los tejedores cerró

la puerta tras ellos entre sonriente y ruborizada. Porque había comprendido el objetivo de la visita y lo del medio kilo de café y lo del azúcar de pilón. Estaba a la vista. Además, también le interesaba comprenderlo, pues aquel mozo le convenía. Como ella, él era callado y también honrado. Y seguía en aquellos pensamientos cuando cogió sus madejas de hacer calceta y las cambió por un montón de ropa blanca que había que zurcir, y desapareció detrás del montón, taciturna y hacendosa. Dios le había deparado aquel domingo.

No sabía a dónde habían ido los hombres. Era de noche cuando el tejedor regresó, y también de noche, si bien la misma, aunque en cierto modo era otra noche, cuando se acostaron.

Fuera no había ya colores, solo un incipiente viento otoñal, que ahora rugía. El padre se sacudió el adorno que llevaba en la cabeza; llovían hojas. Pero la luna seguía brillando en lo alto del camino que se divisaba a lo lejos. Extendió con profusión su paño en el suelo, a los pies del mozo, para que el mozo no resbalara. Achispado como estaba, aquella noche de luna era precisamente la adecuada para él. Le hería los ojos, lo hacía caminar narcotizado. Y durante un buen rato lo logró, pero como ni había nadie ni se cruzó con nadie, se percibía él mismo como una amenaza. Por la noche le entró miedo de sí mismo. Se detuvo (no por no seguir caminando, solo para pensar un poco). ¿No tenía él un objetivo? ¿No tenía él un propósito para el camino de regreso a casa? Lo adivinó de inmediato. Casi tan ágil como un ciervo, saltó al otro lado de la zanja. Ya no se le veía. Tampoco se le oía. Sus pasos desaparecían entre el follaje que lo envolvía, el follaje de los angostos caminos. Solo sus botas altas de piel emitían un sonido lastimero, parecido al que produce la naturaleza, un resuello que recordaba el tiempo de celo de los animales salvajes. Mejor hubiera sido no haberse puesto las botas. Pero él no pensaba en aquello. Solo pensaba que ahora hubiera querido ver a la retrasada. Quizá se figuraba que la podía

raptar, porque en realidad solo era un animal. Pero después dejó de pensarlo, porque nada parecía real, real era solo que la quería poseer. Dando largas y decididas zancadas se dirigió a su objetivo. Y cuando distaba aún más de una hora del lugar, ya se sentía cerca. Cada hoja que caía sobre él se le antojaba seductora. Un ciervo berreó. Él lo comprendía muy bien. Pensó en la cierva con la que se había cruzado en el camino de ida. Ahora lo veía todo con claridad: lo secundario era ahora lo principal y lo principal pasaba a ser secundario. Imaginó al sacerdote. Sintió las gotas del agua bendita. Los pétalos de las georginas que le evocara la música del órgano se desparramaban sobre él. Feliz, abandonó el sacro lugar de su fantasía como si hubiera rezado por las almas de los menesterosos. Entretanto oía las fuertes pisadas de sus botas y el ronquido de un animal. Debía de ser un ciervo. Ahora lo percibía como si estuviera cerca. El amor le nublaba la razón. Lo tenía incorpóreo en sus brazos. Y, como si algo quisiera detenerlo, siguió caminando pesadamente. Resollaba por lo mucho que había caminado. Ahora sus botas no producían ningún ruido, claro, porque él se había detenido. Aguzó el oído, pero no vio nada. Creía estar cerca del brezal de los caballos. Entonces oyó aullar a un perro. Seguramente era a la luna a la que dirigía el lamento. También los animales tienen motivo para sufrir. Miró arriba, hacia el aire. Apenas veía cielo entre el tupido bosque del angosto camino. Pero alcanzó a divisar una estrella. Ahora no corría el aire, sin embargo llegaba cierto olor, un olor extraño, hacia donde él se encontraba. «¡Ah!», pensó de repente, «¡ojalá me hubiera llevado las guadañas!». Pero después prosiguió su camino. Una mezcla de vino, cerveza y aguardiente, un sinfín de pensamientos de toda índole, intrascendentes y malos. El calzado chapaleaba otra vez. Los ciervos berreaban. Se oían por todos lados.

Y por fin la luz de la luna. Ante él se extendía un prado sobre el cual se movían los velos de niebla. Y por en medio del prado

discurría un arroyo con su murmullo y sus increíbles meandros, casi como embrujados. Como fluía tan montaraz y tomaba rumbos tan enigmáticos, la cinta de plata semejaba un ropaje, versátil y seductor, susurrando y suspirando, riendo y sollozando.

Allí comenzaba el brezal de los caballos. Extrañado de haber tardado tanto tiempo, se detuvo silenciosamente. ¿Acaso no iba a salir a recibirle? De una pobre criatura como ella todo podía esperarse. Se detuvo de nuevo, porque presentía que algo había estado esperando a que él saliera del bosque. Vio que, con él, un ciervo había salido de la oscuridad del bosque. De momento uno. Después quizá serían cuatro. Pero el primero le seguía. No sabía por qué razón. Aunque en cualquier caso hubiera sido demasiado tarde. Por eso se le acercó y se dijo, contradiciéndose, como sucede a menudo cuando uno se siente en peligro: «No puede ser a mí a quien persiguen». De repente dejó de pensar, también en la muchacha. Pero, como reclamando ayuda, se giró. Y en aquel momento de allí venía un ciervo, así que se acercó al arroyo, lo cruzó hasta llegar a la mitad del claro. Y aquello fue lo peor.

Como si tuviera la intención de librar una aviesa contienda con un humano, el ciervo saltó sobre él. «Esto es el fin», pensó el mozo. Lo había derribado. Pero los humanos son como son y enseguida se recobró y se recompuso. Debió haberse quedado en el suelo. Así quizá el enfurecido animal lo hubiera dejado en paz. Tenía que saber que él no era una bestia, sino un humano. Debía conocerlo, él era aquel cazador, lo era tanto si llevaba un rifle como una guadaña. ¿Por qué la guadaña no lo amedrentaba? (Además, ni siquiera llevaba un bastón). Y aquella noche puede que el animal no le hubiera temido a nada. Quería pelea.

Comenzó de nuevo a alzarse sobre él, cada vez más cerca, cada vez a menor altura. Tendido sobre la hierba, el mozo se puso el sombrero sobre los ojos para no verlo, porque verlo saltar desde lejos era aterrador. Los ciervos (porque, como ya he dicho, no se

trataba de uno solo) le embestían a toda velocidad, como si no estuviera allí. O, peor aún, como si no existiera. Ya sentía sus ágiles pero duras pezuñas rozando su chaqueta. Casi podía contarlas. Parecía que descargaban sobre él la pasión de su celo. A ratos parecía que ya no estaban. Pero solo desaparecían y cabrioleaban por entre las bandas de niebla que flotaban sobre el arroyo. Aunque regresaban otra vez. Una y otra vez era el humano, que yacía como muerto sobre la hierba, el que de nuevo estimulaba el furor de sus saltos.

Cuántas veces le golpearon el cráneo, cuántas veces rozaron sus brazos y sus pies solo podemos intuirlo. Una vez descubierto, ya no se olvidaban de él. En ello se echa de ver la esencia ancestral del animal. Es pertinaz. Profiriendo bramidos, arremetían contra él. Libraban un combate espantoso contra un humano desarmado. Lo ensartaban en su cornamenta y cruzaban con él el arroyo y la niebla. El animal parecía no sentir el peso. Y él, mudo por el sobresalto, que también parecía que lo había insensibilizado. Y la enardecida ira del animal transportaba un cuerpo, supuestamente inmóvil, con una fuerza cada vez mayor. Uno al otro se disputaban el transporte. Uno saltaba por delante del otro con el botín colgado de su soberbia cornamenta.

Ni la luna ni las estrellas se inmutaban. Dios no se inmutaba. El bosque y las praderas estaban ahí, como si no estuvieran. Tan solo los animales con el de las botas, que en vano les había encandilado habiéndose hecho pasar por una cierva, una cierva candorosa e inocente; solo los ciervos, que al caminar seguían meciendo el botín en su cornamenta. Los bramidos ya no se oían. Los animales festejaban alborozados una victoria infructuosa.

Pero así terminó aquella noche para un moribundo que acabó muerto.

El cielo volvió a rasgarse con una tenue línea escarlata. Unos perros alertaron al viejo pastor y a los chiquillos. Tiraban de ellos,

movían la cola. Los caballos olfatearon el campo de batalla. Una mariposa se posó sobre el pecho del cadáver.

Cuando estaban amañando una parihuela para cargarlo, apareció la muchacha. Sin turbarse, sin temor, sin tener la menor sensación de que debía ayudar. Ella, que no había llenado nunca ni la jarra más pequeña ni cargado con ella, caminaba junto al anciano como una comparsa ajena a todo. Ramas de abeto y follaje ocultaban el cuerpo del desgraciado. Los que se cruzaban con él se descubrían ante la Majestad de la Muerte. Nadie necesitaba indicarle el camino al cuidador de los caballos. Él sabía a dónde debía llevar la carga que transportaba. Abajo, a medio camino de su casa, donde siempre descargaba el capazo de su niña adoptiva, donde el letrero de la fonda, en que había pintado el cazador y el ciervo que huía de los perdigones.

El ratón

LA MUERTE ESTABA DISPUESTA en forma de cepo. Pero hasta entonces el ratón debía abrirse paso por una pared que conducía a mi dormitorio. Debía abrirse paso royendo un largo y estrecho camino y corroyendo mi sueño.

A veces yo golpeaba con el puño mi cama y yo misma me asustaba, porque aquel estruendo, de noche, podía provenir de lo más inimaginable. Y yo intuía que también el ratón sentía miedo. Pero antes de que hubiera podido recuperarme de mi sobresalto, ya oía yo el quedo roer lejano. Tan quedo era, que únicamente podía oírlo quien se encontrara solo en su casa, ensimismado, en un prado en los márgenes de un bosque. Este se protege a sí mismo como lo protege su propio perro de caza, y aunque un peligro le sobreviniera mientras duerme, lo oiría al momento. Es como la niebla en la oscuridad, la niebla, que en cierto modo vive inmersa en su propia luz. Es como la lluvia en cualquier parte, en el cielo y en la tierra. ¿Cómo podría pasarle desapercibido el roer de un ratón, que se dedica ensimismado a una ocupación que se consagra a sí misma? La percibe como si fuera su propio pulso. De modo que prendí de nuevo la luz, anatema de todos los cuadrúpedos. Pero la vela no parecía la misma vela de otras noches, en que, con sus alas de ángel protector, planea sobre los misteriosos abismos del espanto, transformándose en espíritu de las sombras para seguir dando luz… De repente le plantó cara a mi enemigo, comenzó a

mudar también en una especie de roedor en su candelero, se zampó mi sueño y el ratón no le tuvo miedo.

Sin embargo, el ratón no estaba todavía donde yo estaba, en la claridad de aquella noche. Aquello estaba aún por venir. De momento me dormí y soñé a la luz de la vela. Soñé con una ciudad, con sus pasadizos subterráneos. Pero volví a despertarme. Esa noche tan peculiar me quitó la paz lo mismo que me la había traído. El ratón seguía royendo y hacía más ruido que antes. La vela seguía encendida. Volví a martillear con el puño, que no hacía sino lesionarse. Después se hizo el silencio, aunque no duró más que el susto, el susto de ambos. Y cuando el susto aún no había acabado de disiparse en la nada donde comenzó de nuevo aquel quedo roer, me giré, buscando ayuda otra vez en las pisadas del infinito, hacia un ruido que se reproducía a sí mismo: el tictac de un reloj. Sonaba como si aquellos minutos fueran un juego en dirección a las estrellas. Sentí que me identificaba con el reloj. Presté atención para oírlo como al latido de mi propio pulso. Pero entonces comenzó, rivalizando con él, el ratón, más quedo y lejano que cualquier reloj insignificante. Casi me dio la risa. Aunque de noche no se ríe. Es peligroso reír de noche. Esas risas rayan en la locura. ¡Oh, dios de los insomnes! Tú, que no entorpeces el crecimiento de las plantas (porque las matarías). Tú, que no entorpeces el camino de una sola gota de agua desde la nube, ¿por qué entorpeces el sueño?

El ratón, cuando lo necesita, debe roer, roer sin parar. Noche tras noche, aunque la casa se desplome sobre sus galerías. Yo, pobre de mí, solo deseo tranquilidad. Tranquilidad es lo que yo necesito ante todo. La tranquilidad es el inmarcesible alimento del alma. Para quien no la tiene, la noche se convierte en día. El insomne oye sin cesar el fragor de las aguas y los vientos en las cumbres. Todos los caminos, incluso los que ilumina la luna, conducen a abismos de los cielos. Es como si estuviera condenado.

Y de día el sol tiene poder sobre él, como una luna. Él cierra los

ojos ante el sol y camina a tientas, como un ciego, por su mundo hechizado. Y solo piensa en el daño que el propio sol se ha ocasionado a sí mismo.

Y después, como si aquellas noches insomnes se hubieran gestado muchas décadas antes, recuerda las historias que en aquel entonces algunos le contaron sobre esos animales, los ratones. Los campos se agitaban por el fuerte oleaje que producían los ratones campesinos. De una sima saltaban a otra mordisqueando las raíces de los frutos. Aquel campo y todos los demás campos de aquella región estaban destrozados. Habían dejado de pertenecer a los campesinos o a las plantas; pertenecían a los ratones. Y las historias que, a causa de este destrozo, se contaban eran tan terroríficas que no pueden contarse. Y todas las mujeres se recluían en casa, no podían salir al predio y no querían ir al predio. Y yo pensaba: «Cuando yo muera…, ¡qué horror! ¿carcomerán los ratones también mi cuerpo?». Y vi que los ratones salían dando brincos de una calavera.

Luego, como si un cráneo humano no fuera más que una calabaza hueca con una vela dentro que pudiera apagarse, llegó la hora en que parecía que yo no podía ser útil ni a la noche de luna ni a los ratones, la hora en la que por fin podía dormir. Dormí sin soñar. Fue un sueño efímero, un sueño vacío como el pasto pajizo echado a perder. Desperté casi extrañada. Solo recordaba un sonido convulso. Era tenue, parecía proceder de un único lugar, cerca de mi cama. Pero yo lo percibía estentóreo en su sentido estricto. Algún ser deseaba liberarse de su prisión. Pronto las cuatro patas de la criatura quedaron suspendidas de los filamentos del cebo cerrado, como si, colgada en el aire, fuera más libre; pronto sus dientes roedores quedaron impotentes, inmóviles, agarrados al hierro. Aquella prisión no se podía deglutir. Se veía más luminosa que ninguna otra, y sin embargo era la prisión de las prisiones. Incluso un ratón podía sentirlo, y el ser humano que en su sufrimiento, sin saber cómo ni por qué, pudiera convertirse en

compañero de infortunio (aunque no fuera por causa de un trocito de tocino); el ser humano sabe muy bien hasta qué punto sufre este animal. Por eso yo participaba plenamente en lo que sucedía. Lo percibía con mis ojos, que unos segundos antes dormían aún. Incluso temblaba por dentro. Sin embargo, al pensar en el insomnio y la tortura de la noche anterior, el mal ajeno me hizo sonreír. Ahora le tocaba al animal (ahora habían cambiado las tornas). Me había dado la noche con sus gemidos hasta que se había hecho de día; era su turno y exigía justicia de mi parte. No es que yo tuviera la intención de matarlo, aunque solo si moría podía estar segura de recuperar la paz, pero sí quería espantarlo para conseguir que en el futuro quizá dejara de volver por aquella casa. Porque en el bosque había bellotas, raíces y bayas. Podía disfrutar en libertad de su dulzor. Algunas raíces podían proporcionarle en invierno un cobijo más cálido que una casa. En realidad, yo respetaba a la criaturita, me gustaba, mientras dejara de empeñarse en convivir conmigo. Hasta me apresuré por amor a ella. Me vestí para lavarme y desprenderme, como una larva vacía, de las adherencias que me había dejado pegadas la supervivencia de aquella noche. De vez en cuando miraba con preocupación al animalito. Se había quedado quieto. Su piel gris y suave daba la impresión de haberse cubierto de espinas que apuntaban hacia arriba. Parecía sostener algo, como todos los animales cuando duermen: a sí mismo. Aquello me tranquilizó. Me entregué a las tareas del hogar. «No debes tener más miedo del necesario. Solo desayunaré antes de ir al bosque», pensé (no quiero siquiera imaginar que me apeteciera comer nada más habiéndose muerto de miedo en mi casa una criatura. Liberarla no había sido lo primero que había hecho yo al despertarme; antes deseaba comer algo). Y no es que yo pensara que no era más que un ratón, que se dedicaba a arruinar las provisiones, incluso a destrozar nuestra ropa, que guardábamos de una estación a otra; no era que yo pensara que se trataba de un animalillo insignificante

comparado con la buena vida que yo siquiera había comenzado a disfrutar, me decía para justificarme. Nada se le antojaba desmesurado ni exagerado a mi remordida conciencia. No era tan solo un ratón, no era tan solo el ratón; era una criatura, era un ser vivo. Y, por otro lado, no se trataba de un amor imbuido por la moral, no era un juego para competir, querer medir fuerzas entre lo grande y lo pequeño; se trataba de mi vida.

Me acordé de un gato que había olisqueado un ratón suelto. También sucedió por la mañana. Yo estaba petrificada y miraba hacia abajo. Igual que este ratón, era de color gris perla, con unos ojos que de puro miedo ya no veían, sino que parecían perlas clavadas en un ser irreal; aquel ratón se tenía de pie sobre sus patas traseras, implorando. Imploraba clemencia. Silbaba, gesticulaba con las patitas. Pero no se marchaba. Sus ojos eran como diminutos alfileres zahirientes, brillantes, abiertos y negros. El gato miraba como ausente por encima de él, con una zarpa levantada, en el aire, él oía y veía. El animalito no se le podía escapar de ninguna manera, por tanto se olvidó de él. Se olvidó, igual que yo me olvidaba ahora de este. Y después volví a acordarme de aquel otro ratón que en mi ausencia había quedado atrapado en el cepo. Se había convertido en ceniza. Muerto de hambre, el esqueleto presentaba un aspecto horrible, como si tuviera las patas traseras estiradas al máximo hacia atrás y con las delanteras hendiera el aire. Y reparé además en otra cosa, porque todos los suplicios que otros sufren a nuestro alrededor nos conciernen. Nos afectan a todos, igual que una culpa. Sin que nos percatemos, multiplican nuestras vivencias con la gran naturaleza. Claro que, si fuéramos inocentes, de ello resultaría una contemplación bella y sacra. Revalidaría nuestra vida como una lluvia de estrellas.

Después, cabizbaja, volví a donde se encontraba la jaula. Ya lo sabía: el ratón estaba muerto.

El viejo

EL VALOR DE NUESTRA EXISTENCIA no siempre depende del todo de los obstáculos. Al contrario, a veces hay piedras con las que, como un destino tan duro raramente existe, debemos cargar además, como compensación. Pero para qué las utilizamos a menudo… Algunas para tirarlas contra lo más preciado que tenemos en este mundo. Hay quien afirma que ha tenido que tragárselas. De hecho, conozco a gente que parece haberse tragado piedras.

Hasta la ceniza habían retirado de la estufa. Y dentro había leña nueva y burujos de papel, que se veían arder por los agujeros de la puerta de latón acabada de limpiar. Aunque no terminaban de arder bien. Hacía demasiado frío. Hacía demasiado tiempo que la estufa no había servido, las ventanas y las puertas habían estado abiertas demasiado tiempo. Y ahora no prendía ni una cerilla. La cajetilla entera estaba esparcida por el suelo fregado, todas las cabezas desgastadas. El viejo estaba sentado delante. Había perdido del todo las fuerzas por haber estado arrodillado. Y cuando finalmente consiguió encender con éxito la última cerilla que encontró, el frío volvió a apagarla al momento entre sus manos invisibles.

El anciano miró a su alrededor, aguzó el oído. ¿Se habría marchado ya a casa la muchacha? Un paso ligero desde un escurridor de platos hasta la puerta le decía que todavía estaba allí. Así que se puso en pie, como si, en un osario, un anciano entumecido volviera a levantarse. «¡Eh, oiga!», gritó cuando se

recompuso. Había olvidado su nombre, a pesar de que la criatura llevaba medio año yendo a la casa todos los días a la misma hora.

También ella aguzó el oído. Se detuvo en el umbral con una sonrisa, sujetando con fuerza el tirador con su curtida mano; no quiero decir que se alegrara del dolor ajeno (porque a menudo es característica de los jóvenes la ingenua malicia de reírse de los inútiles esfuerzos de sus amos). Pero ella, al abrigo del aire, provocó una fuerte corriente que alcanzaba al anciano. Y, aunque él no se movía, parecía que lo arrastraba. Tal y como estaba, señalando al fuego apagado, parecía un objeto. Daba la sensación de ser un velero vacío, a la deriva.

Las ventanas, que no estaban bien cerradas, volvieron a abrirse por la corriente, aunque no del todo, y en un momento se organizó un caos. Las hojas superiores de las ventanas —de aquello no se habían percatado antes— estaban del todo abiertas.

Pero entonces al viejo no le pareció bien que todo se solucionara tan deprisa, porque era otra persona quien lo solucionaba. Una palada pequeña con un leño incandescente, que la muchacha sacó del fogón de la cocina lo arregló: la estufa prendió sin más. Y unos troncos de haya, colocados encima, hicieron el resto. Aquello daría suficiente calor. Pero es difícil imaginar lo fría que llega a ser una estancia gélida, máxime cuando ha albergado a muertos. Tal estancia se ha propuesto solemnemente seguir gélida.

Y cuando uno piensa que todo marcha bien, porque los leños van prendiendo, los muebles se cubren de un sudor frío. El espejo se empaña, los retratos se enturbian. Y las ventanas ya no pueden filtrar la luz, porque se han cubierto de humedad. El mismo espíritu helado que ha consumido el fuego lo provoca. ¿O quizá el calor, que intenta abrirse camino? Peor aún.

Pero desanimarse, tirar la toalla y recostarse en el sofá sería lo menos indicado, pues entonces los muelles, oxidados, se desbaratan y lo hacen saltar a uno por los aires. Es para salir corriendo.

Pero el anciano no se quedó donde estaba, en silencio, inmóvil en su inmovilismo. Porque su existencia se reducía por completo a una especie de no-existencia: a su inmovilismo. Pero era banal y práctico, y daba la impresión de que no le hubiera de costar gran esfuerzo ocuparse de sus necesidades diarias. Y en realidad se ocupaba de ellas, pero lo hacía con tal desgana que daba escalofríos. Y uno no sabía si le daban por la parsimonia con que lo hacía o si era porque hasta los escalofríos que le daba el propio viejo tenían un atisbo de aquella parsimonia. No cabe duda de que debe de ser terrible ser tan viejo. Uno apenas si podía creer que le quedara algo de humano.

Arrastró hasta la puerta de la estufa uno de los deslucidos sillones que había alrededor de la mesa y esperó a que le llegara el calor. Oscureció. Hasta que la oscuridad no fue total no se levantó a buscar una vela. Por ahorrar, claro. Las dos cosas al mismo tiempo no eran necesarias. El fuego había proporcionado luz hasta entonces. Casi había servido exclusivamente para iluminar. Y como, a pesar de todo, en el interior de la estufa había llama, llegaba también la franja que se proyectaba desde una de las aberturas hasta la puerta, donde la luz (como aquella en ese momento estaba cerrada) volvía a desplazarse hasta el techo de la alcoba. Allí se dispersaba, frugalmente, en haces titilantes hacia abajo por las cadenas de una lámpara colgante; solo se alcanzaba a vislumbrar, un poco, aquella lámpara vacía.

Y, como es de imaginar, cuando fue a buscar la vela, tampoco quería dejar abierta la puerta de las alcobas de al lado. Se abría paso a ciegas con las manos en la oscuridad. En la cocina había un pequeño candil para la noche, pero no consiguió encontrarlo. Unos forasteros habían organizado allí los cacharros según un orden que solo ellos entendían. Un orden caprichoso, que escapaba a su comprensión. Entonces, de repente, el viejo recordó que en su dormitorio había un candelabro. Era fácil descubrirlo con el tacto.

Pero no encendió la vela hasta que no llegó de nuevo a la alcoba, porque fuera, en las manos, se le hubiera vuelto a apagar y creía que, entretanto, dentro ya haría calor. El atardecer se hacía largo. Y el viejo permanecía en su asiento sin moverse apenas. No podía decirse que estuviera esperando nada. Pero quizá había llegado la hora señalada en la que acostumbraba a irse a la cama. No podía decirse, como se afirma con razón de otras personas, que él se dedicara a matar el tiempo, su pecado era quizá que no le daba vida al tiempo. Menos aún al atardecer, cuando estaba absolutamente solo. Y lo que había fuera se parecía a su silenciosa alcoba cuando se levantaba de su asiento y se iba a descansar. Sueño casi nunca tenía. Solo al amanecer se entornaban un poco sus ojos grises.

A veces la primavera puede retroceder, sobre todo cuando la tierra se enfría por la noche y los rayos de la bola de fuego naciente todavía no tienen la fuerza suficiente. En esos casos es como para congelarse. Cada insignificante brizna de hierba amanece vestida de hielo dentado. La naturaleza rememora su pasado y el cabello se le pone blanco.

Como cubiertos con una máscara helada, reposamos y dejamos ir el pensamiento sin esperar a dormirnos ni a soñar. Ese sueño es ante todo el vivo culmen del alma en ese estado, por lo demás muy parecido a la muerte. Seguro que el viejo al menos debía de saberlo, saber que no podía dormir ni soñar. Pero, como ya se encontraba en aquella edad en la que uno a veces olvida las cosas, podía decirse que su vida, en algunos momentos, estaba acabada. Y cuando de nuevo recuperaba el vigor estaba tan lúcido y tan pendiente de sus asuntos cotidianos que cualquier pequeño malestar, en comparación, parecía una circunstancia más que buena.

En aquellos casos iba por la mañana a un humilde café. Al menos allí se estaba caliente. Y tenía periódicos a disposición. Así uno podía enterarse de las desgracias de otros. ¡Huir de lo malo para enfrascarse en el mal! ¿A quién no le ha ocurrido alguna vez cuando

se ha caído en la calle? Aquella gélida alegría de la compasión ajena. Porque no es otra cosa lo que se ve en su cara. Esos diarios son, por decirlo así, la bola de nieve con la que los pobres de espíritu creen producir los aludes de su vida anímica.

El anciano siempre leía primero las noticias oficiales, después pasaba a la sección de los sucesos de la calle, o a las que informaban de soslayo sobre una casa en la que había sucedido algo. Después leía las noticias de los negocios y de la bolsa. Él ya no tenía nada que ver con aquello. Aunque sobre todo hay que decir que nunca había tenido que ver con aquello. Porque ya lo tenía todo solucionado. En su vida reinaba un equilibrio estable por la indolencia de su idiosincrasia. En toda su vida tan solo había hecho un negocio (todo lo demás había estado allí desde siempre); hacía tiempo había hecho un negocio: cuando se casó.

La mujer que ahora le servía el café en aquel establecimiento le retiró la jarra y el periódico. Allí no se andaban con cumplidos, porque aquel era un establecimiento bastante barato y quienes lo frecuentaban eran gente humilde. Y la propietaria lo sabía, como se saben los proverbios, solo que, cuanto más pertinaz es uno, más provecho saca. Y sabemos qué clase de gente son los pertinaces. Así pues, el anciano bebió, lo hacía a pequeños sorbos, porque el aguachirle estaba ardiendo. En el cesto había panecillos, tantos como quisiera; a ellos había que agradecerles que la fragancia matinal de las panaderías se hubiera esparcido por el café. A pesar de ello muchos eran los detalles difíciles de precisar que le impedían a uno sentirse allí como en casa. Más allá de las pocas horas que duraba el servicio del desayuno, aquella mujer no quería saber nada del negocio. Se sentaba en la parte de atrás y cogía los puntos de sus medias. (Era como una murmuración, aquella tarea; y cuando la murmuración está bien fundada, uno puede imaginarse el resto). Por algún motivo, aquella mañana la mujer empezó a departir. El anciano casi se asustó. Porque, aunque parecía

enclenque y frío, no era ajeno a las palabras amables, aunque vio que aquellas no eran ambles, sino puro cálculo. Con todo, en ella había un algo interesante, algo en lo que aventajaba mucho al viejo. La mujer tenía solo unos cuarenta y cinco años, una edad en que a menudo las mujeres tienen un poder enorme. Y muy especialmente (aunque pueda parecer una paradoja) si son lacónicas y displicentes. En ese caso, la monserga se le antoja a quien va dirigida como un llamativo punto de luz, y a quien albergara en su corazón siquiera un ápice de recelo debiera encendérsele entonces esa luz. Se trata de la evidencia que pone de manifiesto la mala conciencia o de la turbación del timorato.

«¿Se ha quedado completamente solo, señor Münster?», dijo ella, ahora haciendo punto. «¿Murió ya su mujer?». Él no respondió enseguida con un «sí», quizá no respondió siquiera. Pero miró sin decir nada por encima de su periódico. «Sufrió mucho, ¿no? ¡Jesús!». Y continuó tejiendo. Cuando llegó al final de la pasada dedicó un recuerdo a la difunta. Pero el anciano tampoco respondió a esta pregunta. Sabía lo que significaba ser un viejo rico. Él mismo se había casado con una anciana. Claro que en aquel entonces ella, que aún tenía la crencha negra, apenas si tenía cincuenta años. Pero, con aquel casamiento, ella había mordido el polvo. Empezó a morir desde el primer momento, a lo largo de diez años. Murió cuando, siguiendo el dictado de su naturaleza, estaba madura para morir.

Fue una buena mujer. Su vida, que desde la infancia había seguido una misma trayectoria hasta aquel día, tuvo algo de infantil, que, si bien no puede decirse que fuera precisamente cortedad, sí que era una especie de sucedáneo de la cortedad; una especie de bondad que no acaba de ser bondad. Con ello pudo haber ido concitando poco a poco la malignidad de su marido, o hasta quizá, ya desde el principio, su pedida de mano, que, como no entrañaba bondad, bien pudo haber sido impulsada por algo así

como la voluntad de burlarse de ella.

La mujer empezó a envejecer desde el primer momento (porque lo que ha de ser, que sea pronto). Ella iba envejeciendo mientras él rejuvenecía. Y ella, ya desde el primer momento, se avergonzó de aquel matrimonio. ¿Por qué no se había avergonzado antes? Incluso unos días antes de su boda se había comprado una docena de matas de claveles rojos para su futura ventana. ¡Ah!, ¡ojalá no se hubiera casado! Habría sido feliz aún mucho tiempo. Sin embargo, se vio abocada a hundirse en una vejez triste.

Habían decidido mudarse de inmediato a otra ciudad. La casa de ella la vendieron el día anterior a la boda y, como contrapartida, habían adquirido parte de un rentable bloque de viviendas donde ella vivió y donde murió. Diez años. ¿No son mucho tiempo diez años? Puedo asegurar que son mucho tiempo, incluso hasta más que una vida entera.

Una existencia tardía como esa es denigrante. Parece tener la duración de toda una vida cabal. Ella ya nunca sonreía de alegría, sino solo si estaba sola y solo porque estaba acostumbrada a hacerlo antes. Le sonreía a su azucarero y sonreía si, al caer, se rompía la campana de cristal bajo la que se encontraba un lujoso reloj; le sonreía a su canario amarillo. Pero, cuando ella murió, también él yacía muerto sobre la arena de su jaula, había vivido diez años, exactamente igual que ella (también el pájaro lo había comprado ella y aportado al matrimonio).

Y si nos ponemos en el lugar de la propietaria del café, debemos preguntarnos, también con ella, cuál era la razón de la desavenencia de aquel matrimonio. Porque ella no admite una causa inocente y corriente. De entrada, decía a todo que no para ir derivando y ajustando una opinión diferente poco a poco inadvertidamente hacia lo que ella opinaba y entonces desaparecía la diferencia, ya no había indicio de tal, incluso si uno había llegado a pensar lo mismo, porque ella tenía siempre la primera y la última

palabra. Para ella estaban ella y su café. Y todo lo que existía, donde quiera que fuese, también tenía relación con aquello. «Y como yo», pensaba ella, «es como también piensan los demás». Y a quien no pensara como ella lo despreciaba. Y aunque en algún recóndito lugar de su alma sabía que los demás pensaban otra cosa, que pensaban diferente, aun así lo descartaba, como ya he dicho, porque contradecía su razonamiento. Así parecía que hacía punto y que quisiera charlar con el viudo. Y, en realidad, aunque aquello a él no le gustaba, se quedó un rato más de lo que se acostumbraba a quedarse. Sencillamente, porque ella se lo había propuesto.

Su cháchara lo había disgustado mucho. Pero, en realidad, ¿qué había preguntado? Casi nada.

Se levantó y se marchó. Un día como aquel se hace largo para un hombre de edad avanzada. Más aún cuando el anciano no es comprensivo, sino que es como él era. No tenía recursos ni subterfugios contra el aburrimiento. Todo se lo había arrebatado concienzudamente su joven asistenta. Esta había sido la maldición para su aviesa naturaleza, el hecho de que ella le dejaba tiempo para la nada. Se dirigió a la calle que tenía los escaparates más bonitos. Observó los objetos expuestos, pero lo que pensaba entretanto no lo sé. Paseó por los soportales. Contempló, una tras otro, los deteriorados murales, pero más por distraer su senilidad que por auténtico interés. Al rato le llamó la atención un desfile que asomaba por la esquina de uno de los arcos. ¿Qué opinión tenía de la música? Ninguna. En realidad, solo distinguía entre dos tipos: marchas y valses. Y ninguno de los dos le agradaba. Las personas que se habían añadido al desfile se le antojaban como las de la oca de oro,[1] pegadas sin querer una con otra.

Y volviendo a lo anterior, a su propia vida: él, que tenía un aspecto tedioso, era consciente hasta el último detalle del dolor y la tristeza que su persona era capaz de provocar en el prójimo y de hasta qué punto lo podían humillar y menospreciar. Extremamente

ordinario como era, no le faltaban conocimientos sobre la ordinariez.

No había dado los buenos días, sino que se había sentado a comer a la mesa, sin más —sin dar los buenos días a aquella criatura tan afectuosa— (pues la comida se la había preparado con afecto). No daba las gracias cuando le había lavado la ropa hasta dejarla en la blancura de una azucena, ni cuando se la había planchado con delicadeza como si fuera la de un caballero (aun cuando su categoría era la de algo parecido a un funcionario de ventanilla). ¿No había de escatimar ella pues, poco a poco, sus atenciones para con él? Pues no es que comiera ni que se solazara de puro desafecto.

¿Cómo podía ella seguir trabajando para un hombre como aquel con eficiencia…? Porque cada tarea requiere su propia energía. Él se la arrebataba, porque no vivía su vida ni con ella ni junto a ella; pudiera decirse que ni siquiera se dejaba servir por ella, sino por cualquiera. Se comportaba como si ella no estuviera. La ignoraba. En aquel entonces él tenía solo sesenta años. Era indudable que él se conservaba bien. Era como un palo fosilizado. En cualquier caso, en su opinión, su mujer le había salido rana: tenía que despreciarla. Pero quizá fue la afabilidad de ella la que tuvo la culpa de todo. En cualquier caso se podía pensar que así fue. Sin embargo, ella, por su parte, sin que él lo notara, había interiorizado su arrepentimiento y su vergüenza. Ella se zahería a sí misma. Por ejemplo, se decía, mientras servía en silencio a su marido: «Este es tu propio castigo. ¿Por qué tú, tan mayor, te has casado con ese hombre tan joven?» (en realidad, él ya no era tan joven). Pero ella se complacía en degradarse a sí misma. ¿Era necesario todo aquello? ¿Se lo había susurrado al oído un malvado enemigo, que tenía que casarse? ¿No disfrutaba antes de una vida regalada? ¿No holgaba ella, tras su breve ocupación de las mañanas, junto a su ventana, como si estuviera reclinada en un diván? Nadie la había importunado, menos aún incomodado. Había llevado una existencia como la de

una ilustre majestad.

Esto se decía ella mientras servía a su marido. Porque desde el segundo día había dejado de sentarse a la mesa a la misma hora que él. Podemos imaginar lo que esto suponía teniendo en cuenta que ella era un ser tan candoroso por naturaleza.

Sin embargo, ella no tiraba del todo la toalla. Puesto que estaba claro que él no la respetaba como esposa, se esforzaba por hacer como de madre para él. Pero si, por ejemplo, un domingo ella le hacía un bizcocho con manteca, porque fuera festivo o porque era su aniversario, lo colocaba en la mesa en un plato con cenefa de oro y lo acompañaba de la cafetera más hermosa que tenía en la vitrina, tenía que retirarlo todo al poco rato, como si solo de pan negro se tratara. Y sus pasteles perdieron la gracia, y el café, aromático como si lo hubiera preparado un árabe, parecía que se lo hubiera servido a una piedra.

El viejo se cerraba a las bondades, por lo que ella fue desanimándose, y también sus manos voluntariosas y laboriosas. Al cabo de pocos años ya se la hubiera podido tomar realmente por su madre. Pero la severidad de él trocaba en vitalidad. Dejó de envejecer hasta que ella murió. Se estancó. Como ya dije, se convirtió en un palo fosilizado. Y cuando por fin ella lo había comenzado a entender, que lo era, y acabó de entender todo lo demás que pudiera entenderse, entonces fue cuando, extenuada, quedó postrada en cama, como si de repente ya no fuera su madre ni su abuela, sino su tatarabuela.

Aquella candorosa muchacha, que en aquel entonces era aún más niña, ayudó en la casa y le preparaba a ella la comida o un puré y se lo iba dando a cucharaditas. Estaba conmovida. Pronto la enferma dejó de hablar. De todos modos, casi nunca había dicho otra cosa que «gracias».

Pero su marido se iba a la fonda. Por las mañanas se sentaba en aquel café. ¿Qué le había hecho su mujer? No había sido ella quien

se había casado con él, sino él con ella. Y además él había conseguido un modesto patrimonio transformado en aquellos lucrativos pisos de alquiler. Y, sin embargo, vivía como si estuviera sola. ¿Por qué la había ido matando de aquel modo, lentamente? Se llamaba Michael Münster. ¿Acaso era él el bastión del diablo? ¿Por qué razón vivía aún?, ¿y por qué vivía impune?

No le había dedicado a la enferma ni una sola palabra de aliento. Una candorosa criatura, una desconocida, la había asistido, como si no hubiera sido merecedora de los cuidados de una persona adulta. Aquella misma niña le había colocado el cirio de la Santísima Muerte en las manos. Al final, él solo le había cerrado los ojos.

Y con aquella culpa estaba él allí sentado en aquel café, se paseaba de un lado a otro de la ventana, contemplaba el paisaje y oía las marchas y los valses de los desfiles. ¿Dónde estaba el amor divino cuando creó a aquel hombre? Y, con todo, los hay aún mucho peores y más desalmados que él. Y muchos, muchos como él en todas las variantes. Y quién sabe si incluso nosotros mismos nos hemos comportado en algún momento como él con otro ser humano.

Porque ¿qué le importa a la verdadera justicia si el momento solo duró un momento o una eternidad? ¿O es que los humanos inventaban y creaban sus propias condenas? ¿Se hace uno su propio juicio a sí mismo, mientras que otros le suponen intocable? ¿O era uno realmente intocable? Porque la candorosa muchacha sigue sirviendo en la casa del viejo, arregla y limpia las habitaciones para él, sin ocuparse de su propio futuro. Le caldea la alcoba; ingenua, se lleva consigo una manzana, como si fuera una pelota, y le saca brillo frotándola con su delantal hasta que reluce como el fuego. En primavera dispone en su mesa anémonas recién cogidas. Pero solo porque ha encontrado muchísimas y porque allí hay jarrones en las que se pueden colocar, y estancias —arregladas— en las que se pueden poner flores.

Porque ya hace mucho que esas estancias han regresado de su viaje al país de la muerte. Solo en una ocasión la joven criatura pone cara de intuir algo terrible al verle, pero, en realidad, es la propia objetividad la que se lo hace ver, la que le abre los ojos. Porque la vida parece esparcir con indiferencia sus estaciones tórridas y frías en aquel gris caserón. El reloj sigue marcando las horas en silencio bajo la campana de cristal; el viejo parece encontrarse tan en otra parte que ni siquiera le apetece dar un paseo por las calles ni hojear los periódicos en el triste café. En resumen, parece haber alcanzado el apogeo de su soledad. Pero en otoño sucede que el anciano se resfría y desde su mecedora observa su única calle. Ve llegar a la propietaria del café; ella viene llegando, ella, grandiosa, más que aquella habitación. Es una fatalidad, y solo la ve llegar, aunque no sabe si pasará de largo, pero le envuelve su sempiterno desasosiego, o el desasosiego se apodera de él y lo asfixia realmente con sus manos, con sus descomunales aspavientos, como si aquello fuera natural y a todo el mundo le pareciera natural, o quizá solo se lo pareciera a él. Y, sin embargo, él había planeado su vida, nada había sucedido por casualidad. Él había sido el señor de su destino. Y ahora hasta sentía miedo de sí mismo. Y sentía su osamenta como si en ella reconociera a la muerte. Pero la vida prosigue, y parece inofensiva. Se le hace plausible a uno en los detalles más insignificantes, así que, ¿por qué recelar de la visita de la propietaria del café, aquella mujer robusta, aunque también enérgica, que a su manera se preocupaba por él, que quería saber si se encontraba bien? Porque él, el viejo, hacía demasiado tiempo que no pasaba por el establecimiento.

[1] Alusión al cuento recopilado por los hermanos Grimm, conocido en español como *La oca de oro* o *El ganso de oro* en el que interviene una larga hilera de gente, que se va formando por quedarse sus componentes pegados involuntariamente unos a otros

al intentar liberar de la obligada cadena a su anterior. Sobre este cuento también se filmó una película alemana (*Die goldene Gans*, Siegfried Hartmann, 1964). *(N. de la t.)*

De las fresas

LAS MISMAS HISTORIAS se repiten, como si los ancestros, la abuela, la madre, el abuelo, el padre y los hijos vivieran la misma vida.

¡Qué liberación si fuera de otro modo, si empezáramos…!

Cuando las fresas y las piñas maduran y flota en el aire su aroma multicolor, cuando se siente la infancia y la mañana de una madre y la de tanta gente que trabaja en todo el mundo, y la ciudad con los jardines verdecidos, que rompen como olas resplandecientes contra las murallas; cuando se siente en el momento oportuno que también las cosas silentes poseen vida y son portadoras de vida, crece nuestra esperanza, nos sentimos más confortados, y no en vano. Uno es joven y siente que participa de la hermosura de un día de junio, que le envuelve por completo como el canto del mirlo. Pero como esto es posible cuando somos ajenos a los problemas de la vida, como no estamos dispuestos a caer del aire como pájaros, porque, después de todo, necesitamos un techo y no nos gusta contemplar el suelo como si de un relieve se tratara, por ello es por lo que la hermosura encierra también sus peligros. De repente dejamos de ser un ser humano para los seres humanos, la trayectoria que nos marcaba el destino se ha truncado, como la de un muerto… Vivimos al margen de nuestra existencia y un buen día nos encuentran exánimes, como una planta que se va pudriendo en la tierra.

Entonces, justo en el momento adecuado, es cuando debemos

recurrir a la lucidez, que muchos llaman amor, el horizonte siempreverde de nuestro propio corazón.

Las fresas maduraban bajo las oscuras hojas velludas; aquello recordaba un cuadro antiguo que había en casa, en el que, desde el palacio y desde el jardín del palacio, se alcanzaba a ver el interior del tocador de la casta Susana…

Allí había manos que se tornaban concupiscentes, como los dos ancianos. Ellos estaban dispuestos a exponerse a la vergüenza ante el mundo, y lo hicieron…

Pero cuando la deshonrada es una huerta, solo el cielo azul de junio es juez, solo la calle supuestamente muda es el mundo, los huertos cercados de piedra gris, de vegetación verdeplata, de arabescos de sombras, proyectados sobre los semblantes de las casas.

Alrededor de la casa se extendía un huerto angosto; parecía un huerto hecho meramente para gente menuda, para ser contemplado. Aunque no solo por aquellos que pasaban por la calle; en su interior maduraban también las peras entre lozanas flores, pero nadie sabía para quién.

Quien sobre todo iba por allí era el propietario de la casa y del huerto, pero no vivía en la casa ni en el huerto; vivía arriba, al pie de la montaña, y nadie le había visto cosechar nada. Y cuando, durante el día, miraba hacia abajo por la ventana desde su trabajo —porque la casa en la que vivíamos nosotros no era otra cosa que su propia fábrica—, los niños de sus inquilinos retozaban, y las mariposas y las sombras de las mariposas, y un pájaro que se lanzaba con un graznido sobre una pequeña oruga. Y las peras y las grosellas no estaban aún maduras. Y los días se sucedían entre sus noches, y uno no sabía si eran los pájaros o las diabluras de los niños a los que nadie vigilaba los que avistaban las formas y los colores amarillos y rojos prematuramente en la verde pérgola y no veían en el huerto sino bayas. ¿O es que venía el ladrón por la

noche, ladrón, sin más, como deberíamos llamarlo, porque qué hubiera sido de él si se le hubiera reconocido y se le hubiera llamado por su nombre? No, nadie desea pillar a gente de esa calaña. Uno hubiera preferido pillar a un pajarillo a plena luz del día.

Esto es lo que pensaba el señor propietario de la fábrica cuando miraba por la ventana antes de hacer la cosecha del huerto, y lo pensaba con tanta dulzura y comprensión que él mismo se sentía bien.

Sin embargo, al respirar el aire fresco de fuera por la ventana uno puede sentirse comprensivo. El aire no le toma la palabra. Uno puede ir del trabajo a casa, sentarse a su acogedora mesa y solazarse como uno de los justos. Parece como si ante la expectativa de su futura buena acción, que es como un huevo de avestruz expuesto al sol, uno pudiera sentirse especialmente confiado; uno se ríe para sus adentros; todo el mundo se relame cuando lo baten.

Pero fuera el aroma se esparce. Flota por las estancias, sobrevuela las bandejas vacías expuestas en las vitrinas, se oculta entre un ramo de flores. Aunque quizá encuentre en un florero una mata de fresas y se condense a su alrededor para convertirse en un enorme ramo invisible y aromático.

¡Ah, si existieran ángeles que solo se alimentaran de frutos!, con los brazos cruzados sobre el pecho, comerían del tallo los maduros, porque habrían estado esperando a estos ángeles, cuyo sahúmo despediría el aroma de flores y frutos.

Pero esto nunca sucede, ese ósculo se reserva a lo que no se cumple.

En las habitaciones orientadas hacia el norte el día se levantaba poco a poco. La sombra del follaje se filtraba aún visiblemente en la alcoba entrelazándose.

Lo más liviano eran los ruidos reales, el salto arriba y abajo del canario a la barrita y otra vez a la arena y de nuevo a la barrita. Y

el reloj, el reloj continuamente; pero el reloj, cuyas horas solo por la mañana temprano y al mediodía significaban algo, latía como el pulso de una mano recién bañada que descansa en el regazo unos momentos. Las madres descansan así. Es como si la alcoba que albergara a un bebé la hubiera aireado y limpiado una madre. Todos los sonidos se perciben a aquella hora temprana.

Pero las cortinas de pliegues azulados cuelgan inmóviles. El narciso se refleja en el cristal de la ventana. La afable mirada que la madre, inquieta, dedicó a la alcoba al despedirse, antes de marcharse, gravita sobre ella.

Y las voces que llegan de la calle no la alteran: tampoco alteran el recorrido del coche, que avanza lentamente por la calle. Dibuja su propio trazo. Las mesas del comedor se llenan sin cesar ante sus ojos. Pero el comedor no lo ve. El día en su interior tiene valor propio.

Entonces, no sé por qué, desfilaron tambores y silbadores; de repente vi todas las ventanas abiertas, y otra vez alguien, que corría por las escaleras y los pasillos, dijo dando muestras de alegría: «¡Oh, fresas!».

Olía a fresas y se hizo el silencio, era hermoso…

Nosotros nos fuimos a casa. Éramos críos y en la calle todavía no nos conocían. Solo los vecinos de las casas más cercanas sabían cómo íbamos vestidos, lo que comíamos diariamente, cómo era nuestra madre… Y los que vivían al final de nuestra calle solo sabían nuestros nombres; probaban suerte con cada nombre, como cuando se llama a los cachorros, que siguen corriendo al oír que no es su amo quien los llama.

Así pues, sabíamos tanto como los adultos y éramos más insignificantes que todo y también aquel día, tranquilamente, llegamos a casa. Por así decirlo nos habíamos llevado el huerto con nosotros. Había espacio para él en aquella estancia grande y amplia. Tenía la longitud suficiente. Esa misma dimensión tenían las fresas

expuestas al sol en nuestra imaginación. Era como si alguien nos las estuviera ofreciendo. No dispersas, como las vemos cada día, sino como es seguro que solo las ven los pájaros, con sus ojos redondos como bayas.

Pero no imaginábamos meramente el huerto doméstico con los rosales, las coronas de las fresas gigantes y el aroma de las flores del castaño; también imaginábamos la calle. Allí jugábamos con nuestras manos mientras nuestras manos esperaban en la mesa, como esperan las manos de los niños a que les traigan la comida. No hablábamos. El oro del sol de mediodía hace enmudecer. Pero mamá venía. Los narcisos se erguían con cada soplo de aire. Las cortinas, blancas y esplendorosas, se levantaban. Entonces se nos permitía hablar y comer. Quizá todo se debía al hambre y al cansancio... Claro, estábamos hambrientos y cansados, pero aun así no deseábamos hablar ni comer. Aquella, la de la comida, era una auténtica hora mágica. Hasta el rostro de mamá parecía no estar allí, había quedado sobre los fogones.

Imposible encontrar la palabra amable —no tenía por qué no ser una de uso cotidiano, no teníamos ninguna necesidad de guardar las formas; simple y llanamente, nos queríamos—, encontrar una palabra de uso cotidiano era del todo imposible.

Es curioso lo que sucede con el pensamiento humano. Contarlo no da una idea cabal de lo que sucede con él, pues aún no habíamos pensado nada ni había sucedido nada; solo lo habíamos sentido. Allá, al final de la calle, estaba, como traspasado por miles de rayos de sol ardiente, el huertecillo de las fresas. Y su linfa madura parecía tener las horas contadas. Y parecía ocultar sus hojas desmayadas. El aroma fluía. Lo sabíamos: pronto exhalarían su aroma las flores de los castaños, invadidas de abejas, pronto lo exhalaría un arriate de narcisos, pronto percibiríamos el dulzor de las violas. Pero cuando las fresas volvían a manifestarse en su esplendor, la hora de la comida nos parecía desangelada e

incómoda, en absoluto acogedora. Deseábamos levantarnos e irnos.

En casa los días de labor no había postre. Por eso el almuerzo, al tratarse de una comida de diario, no estaba a la altura de un día de junio. Nosotros nos sentíamos como encerrados en una pequeña jaula primaveral y estival.

Y mamá, a la vez joven y adulta, viendo que había tantos huertos cerrados, había cerrado también con fuerza su corazón. Su rostro no mostraba signo alguno de transigir. Pensaba —lo pensaba sobre todo del estrecho huerto que rodeaba nuestra casa blanca— que la superaba, y por eso nos aconsejaba que jugáramos en las calles y en las plazas más alejadas. La pequeña puerta del huerto podía ceder en cualquier momento. Quién podía saber cuándo se le ocurriría hacerlo aquel verano…

Pero quizá vosotros diréis que ninguno de nosotros tres sabía lo que era renunciar a algo. Sin embargo, qué significa saber renunciar —cuando en realidad no podíamos renunciar a aquello—, si no era renunciar al placer de ver aquellas frutas. Ahítos, regresábamos de nuestros paseos por el mercado, y a menudo no habíamos podido comprar ni un manojo de cerezas tempranas, ni siquiera un ramillete. Y el cofre del tesoro de nuestra osadía estaba abierto de par en par. Era suficiente con que el espejito que había en su interior nos mostrara los productos de la tierra en su reflejo: el puesto cargado de frutas y verduras. Y aquel universo se transmutaba en joyas y música ancestral para nosotros.

Pero el huerto de las fresas no quería transmutarse. Era el huerto de los huertos; como si existiera por y para sí mismo; nadie lo trabajaba, nadie le dedicaba su sudor, no era propiedad de nadie, aunque estaba cercado. En realidad, era solo un pequeño huerto de arrabal, que daba a una plaza circular y a una calle ancha, pero producía espléndidos frutos; aquel huerto había conquistado nuestros corazones. A partir de aquel momento en casa mamá dejó de mandarnos a la compra.

Pero eso significa para un niño que las aventuras del mundo exterior se acaban…

De momento seguíamos jugando donde nos había indicado mamá, en la arena del parque. Nuestra pequeña carretilla estaba cargada de piedras. Había piedras en todas partes. Piedras de todas las formas y todos los colores, había más piedras que ideas. Parecía que había una para cada ocurrencia, para cada habilidad. Pero en todo caso las piedras eran duras, eran piedras en toda regla. Así que nos marchamos de allí. A nosotros, los niños, aquel lenguaje humano de renuncia y soledad absoluta nos resultaba extraño, era casi aterrador.

Nos levantamos y nos dirigimos calle arriba, agarrando con fuerza las varas de la carretilla. Caminábamos deprisa. Parecía que nadie nos veía. Dimos la vuelta a la fuente que había bajo los tilos, dimos la vuelta alrededor de cada uno de los árboles. Finalmente, bajo el sol cegador, entonamos una cancioncilla de mayo, pero en voz baja, como para que nadie pudiera oírnos. Estábamos solos; protegíamos nuestra pequeñez, éramos como invisibles. Nos detuvimos un ratito sin hablar, delante de los barrotes de hierro del huerto del arrabal. No veíamos nada, las hojas eran ásperas y dentadas, hasta que de pronto avistamos una fresa. Pero en aquel momento la mano ya sujetaba el tirador de la puertecilla. Y la carretilla entró. Y nos sentamos junto a las matas y miramos bajo las hojas y cacheamos bajo las hojas. Y el fruto estaba dulce, extremamente dulce. Los frutos nos caían en las manos con tocar solamente los racimos. Y… nos miramos las manos uno a otro. Eran cuatro manos a la faena, pero cuatro manitas cuyas líneas, como las de la cara, apenas si habían comenzado a dibujarse.

Entonces miramos la carretilla. Y nos pareció que las guijas debían quedarse con las guijas y la vaciamos.

Y después, con acordado entusiasmo, cubrimos con las hojas el fondo vacío de la carretilla. Y cayó una fresa dentro y luego otra, y

pronto todo quedó rojo. Y cuando nos cansamos y, agachados como conejitos, dejamos de emprender proyectos, en el mundo exterior ya era casi de noche. La calle estaba bastante oscura. Cada puerta era una boca; cada ventana, un ojo, y los huertos de repente parecían estar abiertos. Nos asustamos. Seguíamos estando solos. Entonces nos incorporamos y la carretilla con nosotros, qué otra cosa hubiera podido hacer… Cuidábamos de que no volcara. Aún recuerdo que de la ventana cerrada alguien miraba hacia abajo con sorpresa y curiosidad. Pero, como las transportábamos con toda naturalidad a casa en una carretilla, era del todo imposible que las fresas no fueran nuestras. Era lo que parecía escrito en aquella cara. Nos comportábamos como los ladrones en la noche; no se nos notaba nada. Si alguien nos hubiera preguntado de repente: «¿Quiénes sois y qué estabais haciendo aquí?», el susto ni siquiera nos hubiera sacado del ensueño en que nos tenía sumidos nuestro estado de alerta. Ajenos a la realidad, nos habíamos olvidado de nosotros mismos. Nuestro poder era no saber. En aquel estado regresamos a casa.

Nos alegramos cuando vimos que no había nadie y que podíamos llenar las bandejas vacías de las vitrinas. Brillaba el sol crepuscular. El pájaro se sacudía el agua de las plumas. El reloj empezó a dar la hora. Acabó. No contamos los toques. También nosotros estábamos fuera de la estancia. Ya no recuerdo si estábamos con la criada, que, con el delantal recién almidonado, agitaba peligrosamente la plancha; no recuerdo si bajábamos por las escaleras o si nos sumamos en la calle a uno de los emocionantes juegos de los niños en la hora crepuscular. Pero al final nos olvidamos de todo y nos convertimos en uno de tantos.

Y sosegados y solazados regresamos a casa, satisfechos.

No quedaba nada de lo que había ocurrido. Todo seguía como siempre y todo el mundo seguía en su lugar.

Pero, ¡oh sorpresa, muda sorpresa!: no nos sirvieron ni sopa, ni

verdura ni un trozo de pan; solo colocaron en la mesa tres platos colmados de fresas. Sabíamos de qué fresas se trataba, lo sabíamos muy bien. Y todos comimos con la cabeza gacha sobre nuestro plato, solícitos y terriblemente azorados. No nos mirábamos las manos ni la cara. Pero tampoco mamá decía nada y se limitaba a comer con nosotros su ración. Ningún reproche, ninguna amonestación mordaz: «¿Ya estáis satisfechos?»; lo hubiéramos merecido, ningún «pero…».

La estancia emanaba fragancias, como si allí hubiera florecido un huerto… Teníamos las manos rojas, pues tampoco había cucharas en la mesa y nadie tuvo la osadía de ir a buscarlas.

Pero tampoco se intuían signos de regañina ni de futuro castigo. Todo parecía resarcido con la comida. Era de noche, y la noche era como un plácido extenso campo de violas silvestres. Nos acostamos adentrándonos en él, cansados, sin preocupaciones.

Y mamá era mamá y los niños seguíamos siendo niños, protegidos con indulgencia.

El globo aerostático

EL DÍA EN QUE DEBÍAN SOLTAR EL GLOBO era luminoso. Extender los brazos hacia él no parecía ningún disparate; algunas veces el mundo entero se nos antoja como puesto sobre porcelana pintada, con peligrosas grietas incluidas.

El verdor se echaba de ver ya en todos los árboles y arbustos, si bien solo en las varas exteriores, como si una mano verde las hubiera peinado. Y la pascua estaba próxima, ya se podían hacer preparativos.

Para que el globo pudiera elevarse, el día debía ser muy soleado y calmo. No sé si a la gente le importaba, a los personajes ilustres con sus retoños y su personal doméstico. Pero a nuestra madre sí le interesaba mucho; ella pensaba que debía poder elevarse con nuestra participación. Imaginad por un momento que el aire capturado os eleva sobre las montañas, donde florece la genciana por encima de la flor de nieve. ¡Dios mío!, peligroso sí era. Quizá incluso desmesurado, pensaba ella. Y de repente pareció que la tierra se oscurecía. Peligroso sí era… Quizá el globo flotaría inmóvil por encima del mar, y allí seguiría y seguiría hasta que muriera de tristeza y cayera, solitario, como si de un diminuto lienzo se tratara, pero el globo seguía en el cielo… Seguro que los niños creen que más allá de la muerte podemos verlo todo. Ellos albergan un espacio en su interior que parece no estar construido solo sobre papel. Si uno retuviera dentro de sí el amor que en el pasado ha

sentido vivo, hace mucho que sería un mago supremo. A no morir nunca, a esto se aprendía. Desde el otro lado de la laguna de la muerte llegaría el tañido y si uno se acercara y mirara hacia allí desde lo alto vería nenúfares abiertos. Eso era lo que uno pensaba cuando pensaba en el globo. Uno lo pensaba con su traje de domingo y con sus brazos y con su rostro.

Las voces se lo recordaban a uno, el extraordinario universo dominguero al completo. Por el camino afluía la gente a la iglesia. Un chaval de nuestra edad tocaba el tambor ante la casita del pesador[2] y gritaba y zapateaba con tanto brío que sus rodillas golpeaban la piel del tambor. Era un trabajo ingente. Ese no iba al estadio para ver el globo. Él poseía ya un tambor casi tan grande como el globo. Lo tocaba en honor de su calle, de su padre, de todos los que refulgían bajo el sol, no lejos de allí. Pero su padre estaba sentado junto a la ventana. Nos veía y lo veíamos, y él veía a su retoño y nosotros veíamos a su chico. Y también le oíamos. Sin embargo, el pesador vivía detrás de ventanas sordas. El mundo es un gran espejo, de repente uno se refleja inevitablemente en los ojos del otro. «Ese hombre», dijo mi madre, «está siempre metido en su casa». Si alguien nos hubiera convertido inesperadamente en el poste de madera que había delante de la enorme báscula, en el poste al que ataban a los caballos, no nos habríamos asustado tanto. Así que «siempre», esa palabra ha impulsado a más de uno a recorrer mundo. Lo sentíamos por el susto que nos infundió. ¡Ah!, podemos calcular nuestro destino de muchas maneras. Y es justo que así sea. No podemos dejar de hacerlo. Todos queremos saber siempre a dónde nos llevan nuestros pasos. Y hasta la acción más insignificante deja su huella.

De repente, el grito de un pájaro distrajo mis pensamientos. Seguimos nuestro camino. Nuestra ropa empezaba a quemar por el calor del mediodía. Aunque todavía era temprano, las horas del mediodía, muchas y soleadas, se convirtieron de pronto en una sola

hora, hasta el punto de que un muchacho hubiera podido pasear por su jardín en invierno en mangas de camisa. Sí. Uno puede probar de hacer muchas cosas, como sostener sobre sí mismo los propios sentidos como si fueran un espejo cóncavo. Y acercándose la pascua… uno pensaba que había visto más flores que en todos los años anteriores: hepáticas blancas y margaritas, narcisos de las nieves y violetas, un montón de plantas de tallo corto, florecillas que nunca alcanzaban la altura de las briznas de la explanada en la que ahora estaban solas las primeras flores. Pensamos de nuevo en el globo y aceleramos el paso. Estábamos cerca de la explanada del ascenso, pero cada vez había menos gente que se dirigiera hacia allí y no nos encontrábamos con nadie, como si no hubiera nadie que fuera a donde nosotros íbamos.

Estábamos algo preocupados. No es una sensación agradable. Uno pensaba que nunca vería un hostal que, exhibiendo sus banderolas al aire desde arriba en la montaña, no estuviera lleno a rebosar de gente variopinta que aún no conocía.

«Por fin hemos llegado», decíamos, respirando aliviados. Y otros más lo decían también. Nosotros no sabíamos que había hostales que estaban vacíos y cada día dejaban izada su bandera, lloviera o tronara, y que hasta bien entrado el otoño, con los primeros copos de nieve, cuando la bandera se descoloría y se congelaba, no se arriaba. Pero algún mal presagio sí que nos llegaba, sin haberlo experimentado aún. Lo más preciado, los rostros que debían bullir allí, tampoco se divisaban ni a lo lejos. De la noche a la mañana, solo el estadio se extendía ante nuestros ojos en toda su amplitud entre dos casas. Y diminuto, en el cielo, en lontananza, por encima de la explanada, se veía el globo sujeto a la tierra con maromas y alrededor del globo había un grupo de niños, de los que, por así decirlo, pasan el verano en la explanada y viven de curiosear. Mujeres, que se arrepentían de haber hecho el largo camino, esperaban detrás de aquellos niños con el libro de oraciones en las

manos impacientes. Y más atrás, un hombre que hacía ademán de marcharse, como si él supiera mejor que nadie cómo organizar todo aquello. También un padre de familia, un menestral, observaba; para él aquello se asemejaba a los claveles que no acaban de florecer expuestos al sol de la ventana mejor orientada. Miraba: quizá algún día les compraría a sus hijos un globo, aunque pequeño, rojo. Pero el de allí estaba hecho como de un material sedoso y brillante. «El gris tiene un componente azul», piensa uno. Un color toma algo del otro. Pero el azul del cielo oscilaba como fuego si se miraba fijamente durante un rato. Al final, con todo aquello, uno se hubiera olvidado del globo, quizá volaba ya lejos, lejos, quizá había desaparecido y estaba acercándose a aquella genciana como a un cielo que tuviera debajo y tocaba con su aire la flor de nieve y las cimas de las ciudades elevadas.

Mamá me pidió que le sostuviera la sombrilla. Quería rebuscar en su bolsa y sacar dinero. Vi que sacaba cincuenta *rappen*.[3] Era mucho. A los mendigos les daban tres *rappen* para un pan, a los artistas ecuestres les pagaban diez *rappen*. Una mujer canosa, gordita y bajita iba pidiendo. Ni que decir tiene que estaba en apuros, porque quién no entendería que había de estarlo con la poca gente que había en aquella exhibición: podía decirse que ni un alma, porque la poca gente que había se volvía hacia otro lado cuando veía el platillo, así que lo poco era tan poco que apenas si se podía dividir. Su situación no era como para tirar cohetes. También los niños, sus nietos, se mantenían apartados, al margen, que la necesidad expande tan a conciencia. Allí estaban quietos mirando la extensa llanura, no hacia arriba, como nosotros; parecían dolidos. De modo que la casa de la bandera era la hostería… Se les veía muy tensos, como seres que se ven obligados a esperar y a observar. Como si, participando de un ceremonioso juego de niños, nos hubiéramos acercado a ellos y les hubiéramos preguntado sin rodeos: «¿Sois de la hostería?», hubieran negado con la cabeza, con

vehemencia, para que todo el mundo supiera que querían decir «no». Ellos encarnaban pura y simplemente su propia miseria, igual que un huertecillo orientado al norte: el color rojo mudó a rosa; el azul, a azul claro; el amarillo, a oro difuminado. Habría que haberles dado diez francos sin dudar ni un momento, diez francos sin regatear. Allí había seres humanos que tenían que vivir día tras día, que llevaban grabados en su memoria sufrimientos que habían superado como si de días de suerte se tratara, como si aquello ya les asegurara una larga vida. Era aterrador. Haberlo visto o no, haberlo vivido o no, no era lo importante. Tanto si uno era niño e ingenuo como si era adulto a golpe de privaciones, un cuadro como aquel no podía parecerle creíble. «Las diferencias de edad no existen», gritó una voz, «no es verdad que no tengamos nada». Era como si un hombre musculoso con sus pesadas pértigas y el pecho reluciente como el oro se cimbreara hacia el cielo haciendo aviesos aspavientos a los ojos del mundo para hacernos entender que la limosna era barata. Miramos al suelo, avergonzados por nuestra petulancia, petulancia pertinaz; de no haber sido así, aquel hombre nos hubiera persuadido. Pero por el momento solo teníamos el suelo bajo nuestros pies, no había ilusión ni verdad que nos permitiera olvidarlo. ¿Cuándo cala en nosotros la piedad? No lo hace en la niñez, no lo hace en la juventud, quizá tampoco en la madurez. Dar es cuestión de sencillez. Quizá tenga que ver con otra cosa, con la paciencia; quizá radique en la propia necesidad, que no nos ha llegado aún ni ha obrado un cambio en nosotros todavía. Es una ciencia incisiva, la necesidad; dejemos el tema. No creo que a la anciana le parecieran poco los cincuenta *rappen*, aunque ella no dio a entender nada; su mirada permaneció turbia, inalterable. A veces uno quisiera ser todas las personas que no habían acudido y no habían desembolsado nada. También ellas lo sabían. En el diario podía leerse un parco anuncio, algo así como: «Si hace buen tiempo, acudan el domingo; un acróbata nos deleitará con sus piruetas

colgado de su globo. Invitación cordial». Fecha, lugar y hora.

Y entonces la esfera empezó a moverse. Vimos que sus chiquillos desataban las cuerdas y el hombre se ajustó el arnés de piel, con el que, quizá si se cansaba (no lo sabemos), se sujetaría a la barra del columpio y después quedaría colgado. Volvió a asegurarse la sujeción del arnés; con la mano hizo ademán de enviar besos hacia abajo. Como una media luna sobre el cielo diurno, balanceó su cuerpo en la barra del columpio y se fue elevando más y más hacia el cielo. Efectuó una brillante pirueta con los más arriesgados bamboleos. Pudimos admirarlo en una ocasión fuera de la barra, con las piernas rígidas hacia arriba, sujetándose solo con la mano izquierda. Mirábamos. Con nuestras manos asíamos algo (eso nos parecía), algo que no existía, porque queríamos ayudarle, porque allá arriba, en el aire… A saber a qué distancia debía de encontrarse él en aquel momento… Cuánto tiempo debía de parecerle a él una hora… El día era suave y prometedor. Pero nosotros, como las ardillas, pestañeando y a todo correr, de un salto volvimos a escondernos bajo nuestras piedras.

Un *rappen* es un céntimo de franco suizo. *(N. de la t.)*.

Así se llamaba al que pesaba mercancías; en los mataderos, las piezas de carne. *(N. de la t.)*.

Visita navideña

POR ENCIMA DEL HUERTO DE FRESAS, en el primer piso, trabajaba un funcionario que antes había sido cajista de imprenta. Nuestra madre nos lo contaba con gran ceremonia: «Se tomaba su cometido tan en serio que su trabajo provocaba admiración, aunque manejaba las mismas letras que las de otros cajistas y las colocaba en los mismos lugares. Le haremos una visita en las fiestas navideñas». Aquello era importante para nosotros y enseguida nos ocupamos de la formalidad de la tarjeta que anunciaría nuestra presencia allí. Y no solo era importante para nosotros porque fuera una visita, no; precisamente porque éramos simples y puros niños entreveíamos en nuestra apetencia el sentido que nos prometíamos de aquella incursión, por la franqueza y la confianza que entrañaba.

Ya el hecho de que aquel hombre viviera al otro lado de la colina, que tuviera el coraje de vivir a su manera entre las nuevas urbanizaciones y con las continuas transformaciones que el lugar iba experimentando, nos asombraba y nos invitaba a adoptar una actitud más atenta y observadora cuando entramos en su casa.

Nos recibió él mismo. Salió a nuestro encuentro tan decidido y expeditivo como habíamos intuido. Salió su mujer. Los niños seguían esperando aún en las puertas del ancho pasillo hasta que los llamaron. «Esta es nuestra casa», dijeron con delicadeza, «y esta es Gretchen». Nos ayudaron a quitarnos los abrigos. Y, a continuación, emprendimos solemnemente el breve camino por el pasillo hasta el

salón navideño. ¡Pero menudo salón! Si hubiéramos estado solos, habríamos renunciado a la visita. Allí había un pájaro cantando tan discreto y refulgente como si viviera en libertad y estuviera posado en una rama. Y los minutos pasaban, aunque con nosotros entró en la pieza algo ajeno, un espíritu curioso, resuelto a descubrir lo que no debiera quedar olvidado y estuviera en un rincón recóndito. Y el protocolo comenzó allí donde siempre comenzaba, junto a la mesita de coser, que parecía personificar la modestia y la insignificancia. Como era domingo y no se trabajaba, la tupida trama tejida por cientos de capas solares se ofrecía densa a nuestros ojos y volvía a separarse. Pero después le llegó el turno a la mesa y sus aromas reclamaban atención. Bizcochos de miel y pastelitos de canela con forma de estrella, las muchas variedades de galletas de mantequilla, todo estaba preparado para alternar debidamente la oferta si nos apetecía. La calidad iba gradualmente en aumento: eran exquisitas y crujientes como si aquello fuera obra únicamente del árbol de Navidad. Pero este había mantenido su curvatura, la que el propio sol había ido diseñando, y era a todas luces un árbol del bosque y a todas luces un árbol de Navidad. Pero ya no recuerdo qué adornos llevaba, solo que me gustaba. También he olvidado qué otros manjares se ofrecían sobre el mantel de bordados blancos y azules. Pero debían de estar preparados con gran esmero, el esmero de los trescientos sesenta y cinco días del año. Cuando ya nos habíamos saciado de observar y degustar comenzó a sonar un villancico, como en un pequeño pesebre de musgo. Y los dos niños cantaban con tal entusiasmo la Buena Nueva imitando las voces de sus padres que no podíamos por menos que escuchar y sonreír. Las voces entrecruzadas de los niños eran un regalo y de sus bocas se esparcía algo parecido al mensaje de una anunciación.

Después pasamos a la sala de estar; me llamó la atención una cuna de muñecas. Pero el chico había abierto un atlas que mostraba el mundo entero, cómo la tierra de repente extendía su lengua hasta

el mar. El chico paseó por encima su mirada alborozada. Entender es amar. Nada sucede porque sí, aunque lo que sea que suceda lo tengamos delante claramente: la relación entre las cosas se establece orgánicamente. Y lo que comienza y acaba su proceso se asimila por completo física y mentalmente. No es que se tropiece uno con lo que destaca y llama la atención. Por eso el atlas constituía un verdadero regalo. Pero este se cerró y se guardó. Trajeron tazas y la cafetera grande y la azucarera de cristal, y otra vez se presentaba la Navidad, ahora de otra forma. La *crema*, como ellos llamaban a la nata montada, parecía muy apetecible y también daba solemnidad al protocolo. ¡Quién no hubiera deseado ofrecer aquellas exquisiteces una vez al año en su casa a un invitado, expuestas sobre damascos de flores! Y con tal decoro, con tan primorosa deferencia que en la cucharilla de plata hasta se advertía una leve curva al llevarla a la boca para degustarlas. Y además estaba la conversación, que ponía de manifiesto la bondad, la nobleza de todos los detalles y de la persona que hablaba. Sugería el mismo respeto que la mesa de cajista. Un niño podía entender lo que aquello significaba. Estaba claro como el agua, que es dúctil e insípida, pero también impetuosa y en su permanente fluir erosiona hasta las piedras más duras. Bien es verdad que un niño difícilmente podía interrumpir con una pregunta, pero el oído estaba atento a la conversación.

Finalmente nos levantamos y contemplamos la rama de hierba de Santa Bárbara que había junto a la ventana. Era una práctica comúnmente extendida en invierno cultivar aquellas diminutas florecillas rosas, de hojitas laterales puntiagudas. Y los jacintos, que con sus blancas raíces apuntaban hacia el agua como si fueran fogonazos. Por su fuerte aroma los habían situado apartados, pero iban multiplicándose y extendiéndose. La fragancia que desprendían se escapaba al exterior por los resquicios y las grietas de las ventanas. Estábamos conmovidos. En la casa quedaba solo la flor.

Pero, fuera, el atardecer también resplandecía de flores, y poco a poco la propia estancia había ido quedando olvidada. Hacía solo un rato había sido el centro de atención con la «crema» y el pastel… Pensarlo resultaba extraño. Habían retirado el servicio de mesa. Sobre la mesa había una hermosa jardinera. Una puerta se abrió sin ruido y la voz atiplada del niño dijo a modo de propuesta: «Padre, la linterna mágica está lista». ¡Oh, para los niños, allí había de todo para los niños! Nos levantamos y, agradecidos, nos sentamos en el amplio pasillo. Al entrar no nos habíamos dado cuenta de que era tan amplio. «Niños, dejad más sitio», dijo el marido, y levantó a su Gretchen, silla incluida, y la dejó en el fondo, en la parte trasera, más oscura. Y entonces empezó a oírse el roce de las placas de vidrio al deslizarse. Y nosotros estábamos absortos en las imágenes y en los colores. También nosotros nos movíamos a trompicones, nuestros movimientos eran angulosos y osados o bien pusilánimes y tímidos. Algo de color rojo, que llevaba en la mano la madre, caminaba, con los ojos cerrados, como si avanzara en el interior del propio sol. Roja era asimismo la luna, lejana y fría; allí la luna se convertía en sol. Pero el sol ya no tenía fuerza alguna. El agua era azul. Y amarilla era, como siempre ha sido, la gran extensión de diente de león. El amarillo era el blasón de aquel color. Una rueda de molino empezó a moverse. Un martillo caía sobre su yunque. Las estaciones del año aparecían como en los libros, con elfos y enanitos. Un verano se amontonaba en carros, que se tambaleaban hacia atrás; aquel verano había sido productivo. Después, un invierno. Los niños andaban en trineo por la blancura de la pantalla y desaparecían. Era curioso, casi daba miedo.

Aquello no había durado más de lo que le hubiera durado una copita de licor a un visitante allá abajo en el parque cualquier domingo, y a un abstemio su ingenuo discurso en un gran gimnasio. Nos levantamos; habíamos aprendido mucho y se nos antojaba corto el tiempo, como siempre cuando algo se acaba tan

bruscamente. Porque aquella linterna mágica era absolutamente novedosa. También era posible que, ensimismados en nuestras impresiones, no lo hubiéramos podido retener todo. Y, como habíamos llegado ya al final de aquella hermosa tarde, era lógica la despedida. Fueron a buscar al comedor navideño dos pastelitos con pasas con forma de mujer para que nos acompañaran en el camino a casa. Y nos trajeron los abrigos, que nos ayudaron a poner a mí y a los niños. Nos despedimos de todos y cada uno, casi con un poco de nostalgia. Después la puerta se cerró. Después la escalera, después la nieve en la calle. Las cuatro caras nos acompañaron un buen trecho del camino…

¡Cuánta felicidad nos había reportado aquel esparcimiento!; había sido un regalo para el oído, la vista y el gusto, cosas bien sencillas, simple y pura vida, un obsequio ofrecido de una forma que es preceptivo experimentar. Y sucede como con un árbol en flor, o como con las ramas nevadas en invierno, o como con los desnudos contornos del otoño cuando toca a su fin: hacen con nosotros lo que quieren, hacen muchas cosas…

Así me lo contaron

EL SOL DE LA MAÑANA iluminaba las flores. En el aire del rocío un pajarillo mudaba feliz su plumaje. Dentro, en la estancia, el pájaro se reflejaba como agua dorada.

El ramo de flores se alzaba generoso sobre la mesa. El suelo, admirablemente dispuesto, las sillas con sus primorosos estampados, incluso los pequeños recuerdos de la vitrina irradiaban la conciencia de una sensibilidad laboriosa y resplandecían emanando su luz interior.

Una muchacha entró y miró. «Es una maravilla que reine tanto silencio en una habitación que solo con mirarla desde el umbral produce sosiego», pensó, y volvió a su trabajo.

Fuera, en el pedrizo, la faena se iba poniendo en marcha poco a poco. Una voz anciana, prolongada, convocaba a las gallinas. Las palomas volaron a la repisa de la ventana, un pavo glugluteaba. Se oían los picoteos, la caída del grano; uno conocía los secretos de la tierra aún sin haberlos visto.

Todo resplandecía fausto, incluso ansioso por ir viendo el desarrollo de los acontecimientos. También la ciega anciana que llamaba a las gallinas y les daba de comer parecía participar de aquello. Ella conocía la montaña. También allí, en su nuevo hogar, los caminos estaban bajo sus pies. A veces entonaba salmos, o daba nombre a piedras raras, o caminaba con su bastón alrededor de la casa. Hoy, además, había pelado frutos secos, muchos, y había

puesto la mesa a su manera, fuera, en el jardín.

Y la muchacha no cesaba de sacar porcelana o un puñado de cubiertos de plata. La anciana colocó incluso los vasos en su lugar.

Finalmente, también ella se marchó. Ya no faltaba nada. Uno no podía hacer otra cosa que disfrutarlo. Durante una hora reinó el silencio. Parecía que no hubiera nadie en la casa. Y la sirvienta estaba arriba en la buhardilla ante su diminuto espejito probándose el delantal que había almidonado recientemente, el día de Navidad. Después rápidamente puso orden en la cómoda, que en esos cuartos tan pequeños hace las veces de mesa, colocó la silla en su sitio y volvió a abrir la ventana. Nunca se sabía… Y también esta alcoba quedó sola. Y casi en el mismo momento abrieron los demás las puertas, flamantes, con tocados deslumbrantes o con su vestido veraniego primorosamente planchado, gris, negro, marfil. Pero uno se engaña si cree que las personas risueñas ponen también caras risueñas. Las caras son tan solemnemente taciturnas que casi pudiera decirse que están tristes. Tienen la significativa y expectante actitud de quien lo ha hecho todo y está preparado para lo que vendrá.

Como es natural, la conciencia de aquella casa no estaba del todo limpia. Bien es verdad que brillaba por dentro y por fuera como el cristal de un copón. También habían desplumado un ganso blanco y toda la poesía de la cocina transformaba las primeras vainas de la temporada junto con otros frutos tiernos en una mezcla que había de hacer las delicias de los huéspedes. Debía parecer solo un frugal desayuno de señores, pero sí debía ser más exquisito al paladar que un almuerzo corriente. En una hora debía desaparecer todo lo que había necesitado un día de preparación. Porque todo lo que ya habían limpiado, lo que todos los días estaba inmaculado, había sido de nuevo utilizado y parecía polvoriento y oxidado, de modo que, al cabo, el latón semejaba fuego y la plata tenía el aspecto de impresentable espejuelo. ¿Y al final qué pasó? Pues el final de una

mesa de desayuno como aquella pertenece a los anales de la historia: la gente sabe apreciarla, más de lo que imaginamos.

No debemos concluir que uno pusiera cara de desorientación y otro la pusiera resueltamente tensa, ni que a un tercero pudiera reconocérsele por su modo de andar, al cuarto por su voz más atiplada que ninguna otra comparable y que pareciera proceder del suelo, como la de un grillo. No debemos precipitarnos y decir: «Por este no tengo que preocuparme y por ese otro, menos aún». En realidad, todos merecen infinitas atenciones, nosotros las merecemos lo mismo que ellos. Además, en este mundo las cosas deben aclararse… Así como el tañido de una campana tras el toque de la hora parece suspirar, así ocurre también con todas las casas tras sus festejos.

Pero les esperaba, larvada, una perversa alegría de mal ajeno. Asomaba la cabeza por detrás de los más diversos escondites del jardín. Y cuando uno se daba la vuelta para pillarla realmente, la perversa alegría se reía y repetía una y otra vez: «Frío, frío…».

«Bueno», dijo la venerable matrona, demasiado inflexible, que ahora ya estaba sentada algo apartada de la mesa, pero mirando hacia ella, «el bizcocho de Saboya que queríais hacer no hubiera tenido sentido alguno, hubiera estado fuera de lugar. ¿Solo porque vivimos en el campo debe estar sobre la mesa ese vulgar pastel…?, no tiene ningún sentido, esto lo ve hasta un ciego». La parrafada revestía manifiesta seriedad. Aunque hubiera exigido una réplica, se hizo el silencio. La jovialidad puritana de aquel temperamento campesino, que se alimentaba de hierbas aromáticas y de piedras, se resistía en realidad a cualquier réplica.

Donde la matrona estuviera uno tenía las de perder. Es más, no se podía contraargumentar nada que estuviera de más o fuera una insensatez. Y lo que era peor aún, si bien por suerte no sucedía con frecuencia: uno claudicaba en silencio ante la obcecación de la matrona y después hacía lo que le daba la gana, sin que nadie se

diera cuenta.

Pero si había un extraño de más sentado a la mesa, ella lo notaba, aunque este no hubiera dicho palabra y apenas se hubiera movido. Lo notaba sin que el otro lo advirtiera. Lo notaba porque en estas circunstancias era difícil mantener una larga conversación. Y también notaba si uno estaba con el pensamiento en otra parte. Y por su carácter inflexible, ella era como un espejito cóncavo. Cuando este se mantenía firme y orientado hacia objetos y personas, estos comenzaban a encenderse, zaheridos por la franqueza de su reflejo.

Ella procedía así aunque los huéspedes llegaran, aunque supiera hasta qué punto la cordialidad es algo grande, aunque fuera consciente del educado y recíproco alborozo que se siente en esos momentos en que toda cordialidad parece poca. Procedía así aunque en ese momento en su clarividencia supiera que cada cual tenía su propia vara de medir y se pusiera en el lugar del otro… A pesar de ello, sus ojos buscaban en secreto ávidamente otra cosa. Si los huéspedes hubieran deseado acompañar con un trozo de pastel el último sorbito de vino, ¿qué hubiera tenido de malo? Pero al servicio no se le había permitido hacer el pastel de Saboya; la anciana no había querido. Aunque, por otro lado, a uno le tranquiliza saber que nadie pensaba en otra cosa que en lo que había sobre la mesa. Los comensales asentían con la cabeza hacia uno y otro lado, hundían el tenedor en la mezcla preparada con las vainas y otros frutos y pensaban, mirando en derredor del jardín, que aquel era el lugar más hermoso del mundo. El ama de casa había desaparecido, había llevado de vuelta las bandejas de la sirvienta y de la muchacha, y junto a las copas, aquí y allá, había un panecillo de pan blanco.

Uno de los señores, que había movido de un lado a otro el sombrero de copa gris paseándolo sobre las cabezas de todos, se puso en pie. Un poco inclinado hacia delante, como hace el

muchacho que poco a poco va recogiendo el cordel y lo enrolla para rescatar la cometa del cielo, comenzó a hablar. «¡Oh, Señor, Dios mío!», dijo, «contemplo la hermosura del mundo y sé que la belleza no se encuentra solo en lo exterior, sino que emana también del corazón. ¡Señores, bebamos a la salud de la diligente abuela y a la del ama de casa!». El ama de casa estaba ya ante la puerta, ruborizada. Sostenía un bizcocho de Saboya sobre papel de hornear, en una gran bandeja. Tenía las manos ocupadas; no podía alzar la copa para brindar y dar un sorbito en agradecimiento. En vez de eso, hizo girar un poco el bizcocho alegremente y al final, ya en la mesa, lo cortó sin más.

Pero entonces, como un pequeño dragón retorciéndose, se destapó la mentira que asomaba por el pastel. Se lo habían comprado al panadero en el último momento y era idéntico a cualquier otro bizcocho de Saboya. El asombro que provocó —mutismo absoluto— se podía sentir. Pero no la verdad, claro, que es la esencia de la franqueza.

Y precisamente las personas candorosas gustan de traer de fuera mentiras elegantes. Y si además la mentira no se revela… Pero el pastel hablaba; por dentro era completamente amarillo limón.

El cuchillo quedó atascado; no sabía por dónde seguir. Y entonces quién hubiera querido retractarse diciendo que era del panadero. No era ningún elogio para un ama de casa de campo.

Allí estaba ella parada y no dejaba que la criada le quitara de las manos el deplorable pastel de azafrán, no; parecía que fuera a repartirlo muy solícita entre los huéspedes hasta que acabara de desaparecer la última migaja ante la sutil sonrisa de la matrona.

El surtidor chapoteaba y jugaba majestuosamente con la bolita dorada. Un pájaro dejó oír su canto en el aire y todos miraron hacia él, entregándose al relato de aquel lenguaje.

Pero el tiempo de aquel placentero encuentro iba tocando a su fin. La muchacha regresó a la mesa con un cestito colgado del

brazo, que contenía una rosa o un pimpollo de los que había en el jardín para cada uno de los huéspedes. Reprimía su sonrisa, oculta como el aroma de las flores. Y todos se las colocaron, a su manera y según era la flor, en el sombrero, en el ojal, o prendida de la parte más baja del tallo, como si fuera a marchitarse pronto. Y todos, jóvenes y mayores, felices e igualmente azorados por su atavío, volvieron en animada charla, achispados por el vino, a la estación.

El jorobado

LA HABITACIÓN SE HABÍA QUEDADO otra vez sola. Solo una vieja sirvienta la cruzó y cerró las ventanas. Podían elegir una estación del año de marzo a septiembre. Flotaba una luz rosada de lluvia en el ambiente. Las calles debían de estar húmedas. Al menos los tejados sí lo estaban. El cielo se abatió sobre ellos como las palomas que paseaban por encima, vanidosas, sacando pecho. Parecía que estuvieran en la habitación.

Pero allí había sobre todo jaulas de pájaros; en la ciudad del jorobado no eran nada raro; estaban adosadas a las paredes de las ventanas, a una altura que, en cuclillas durante el trabajo, podían verse. Sus ocupantes, ambos, cada cual en su jaula, estaban cubiertos con un paño verde. Cantaban alternativamente y al mismo tiempo. Eran frailecillos que, como cada año cuando mudan, habían olvidado su canto. Y cubrirlos tenía por objeto mantenerlos aislados del ambiente primaveral para que volvieran a recuperar sus propios trinos. Tenían la lengua suelta y uno de ellos cantaba como si una fuentecilla invocara, en su recuerdo, las melodías que habitualmente acompañaban el murmullo del agua. Sonaba como si la canción de las canciones evocara sus orígenes. Después enmudecieron por un rato y era de suponer que el que cantaba se entretenía con unas hojas de lechuga y su vecino sumergía su cabeza en una bañera. Porque en este mundo todos debemos compartir alegrías. Y la estancia vibraba y se mecía un poco,

abandonada, frágil como una muchacha.

No había espejos en la habitación, pero sí junto a la puerta, en un rincón algo sombrío; y había un Niño Jesús bajo una campana de cristal. De nuevo comenzó entonces el canto, como el cántico eclesial de una voz blanca. ¡Dios mío, qué habitación! ¡Cómo se solazaba el sol en ella! El sofá exhibía su jardín de flores. También la disposición de los objetos sugería un avance de la primavera. Pero hay seres humanos que tienen esa cualidad; escuchan con atención en su alma los signos de la primera estación del año. Pero arrebatarles este sentimentalismo sería muy injusto. Se trata de la pura melodía de su corazón. Es su verdad más innegable. Frente a ella sucumben todos los dogmatismos. En realidad, ellos saben más que nosotros. Por encima de todo, tienen hogar. Lo que allí había respiraba como la hiedra centenaria de un jardín. Aunque sensiblero, era respetable. ¿Pueden separarse estas dos cosas sin ser inhumano? ¿Acaso podemos imaginar hasta qué punto un ser humano absolutamente ignorante es erudito? Él se ha construido su mundo con las costumbres heredadas y las leyes que por sí mismo ha descubierto… A pesar de lo aparentemente quimérico de sus conjeturas, allí había discernimiento. Había método, como ya he dicho. Y también había pulcritud, consecuencia natural de todo ello. Allí había un viejo pupitre; se podía inferir que en él se llevaban las cuentas. Y además había un rincón que parecía un taller. En sus paredes colgaban violines, violines vírgenes, que ningún dedo había tocado, quizá porque se consideraban instrumentos valiosos; allí había colgados violines inacabados: mangos con diapasones y violines a los que les faltaba la parte trasera. A la vista estaban los secretos del violín. Como la canción de un sueño, sus notas resonaban desde la pared. No solo se veía; se percibía: era el taller de un lutier de violines.

Un reloj, cuyo latido aterciopelado había permanecido mudo, empezó a sonar melodiosamente, tres veces. Y como si, oyéndolo, el

pájaro hubiera recuperado su canto, o como si allí no hubiera pájaro alguno y solo un antiguo reloj tocara una melodía a la hora en punto, la habitación volvió a entonarse, a entonarse con el canto infantil sosegado de una canción popular.

Y después se desplegaron también los olores. Sobre todo olía a madera. Los violines olían a la diáfana madera de los árboles. ¿De abedul, quizá, el árbol que exhuma agua sanadora si se le aplica un caño? No lo sabía, casi llegué a pensar que no sabía nada de la construcción de violines. Solo me había gustado pensar que como el abedul era un árbol tan melódico…

Así pues, también en aquel mundo casi infantilmente devoto del artesano se constreñía lo grande en lo pequeño tangible, y viceversa, lo pequeño en lo grande intangible, pues es así como los árboles se habían convertido en violines y los violines en árboles.

Una sola fotografía colgaba por encima del pequeño banco de carpintero, un retrato de un niño: el jorobado de pequeño, de pie junto a su madre. La madre estaba sentada como quien está orgullosa y al mismo tiempo se muere de vergüenza. ¿Y su hijo, el niño? Bueno, no hace falta describirlo. Como tenía madre, tenía protección. El niño tenía la mano puesta sobre su hombro y uno de sus pies adelantado (llevaba pantalón largo). Seguramente aquel retrato era un recuerdo de la primera comunión. Y en el otro lado de la habitación, por encima del Niño Jesús bajo la campana de cristal, había un Cristo crucificado. El tórax constreñido hacia delante y los brazos, separados de la cruz, mostraban visiblemente los omóplatos, casi como si aquel Dios hecho hombre también hubiera sido un jorobado. ¿Quién habría puesto allí tan apropiadamente aquel crucifijo? ¿Y en aquel lugar? Se reflejaba tan relumbrante de pronto en la campana de cristal como si la hiciera estallar en mil pedazos y destrozara luego la hermosísima figura del dulce Niñito Jesús de cera. Era inquietante. Incluso parecía que el clavo estaba realmente remachado en la pared.

Y todo aquello, aunque entretanto el hijo hubiera quedado huérfano, era hogar, el hogar protector de aquel ser humano. La sirvienta, que me había dejado sola todo el rato, esperando (el lutier debía regresar en media hora), entró y me dio conversación, si bien sobre cosas fútiles y con desgana; sin embargo, yo saqué de aquello lo más importante: lo que quizá estaba oculto en uno de los cajones (escritos o fotografías) y que yo nunca hubiera llegado a ver sin pedir permiso.

Me preguntó si yo iría al circo. A aquel circo que por su interés tenía en vilo a la ciudad. Desde que se instaló se oía rugir a los leones y los elefantes salían a la calle, casi solos, en pleno día.

Yo estaba convencida de que aquellos animales no harían ningún mal a la criatura más insignificante, menos aún a las personas. Pero la hosca sirvienta no pensaba igual, siendo tan enormes como eran y teniendo las garras y los dientes que tenían… Me miró con displicencia… Como yo subestimaba las intenciones de aquellos animales —esto era lo que ella creía—, el punto de vista de la sirvienta mostraba desconfianza. «Yo no iré al circo», aclaró ella al instante. Sabe Dios lo que podía desprenderse aún de aquella conversación. «Yo no, pero Jakob, el amo, sí». Aunque después, de repente, calló, pero todo aquello parecía sentirlo ella tan a flor de piel que hasta su silencio hablaba, aquel silencio suyo, tan desmañado.

Haber vivido con una persona toda una vida significa mucho. Ella había sostenido la mano de aquel muchacho, aquel jorobado deforme, su primer día de vida, y después él se había limitado a crecer, había aprendido a hablar y a caminar y aquel oficio, y al final se había convertido en su amo, sobre todo desde que su madre murió. Desde entonces él le hablaba a ella directamente, le daba órdenes (ya lo había deseado de niño; lo había hecho desde siempre). Él había querido disponer de tal o cual cosa ahora y entonces. Ella era la sirvienta, pero en la intimidad también se

había convertido en su madre. Ella imitaba inconscientemente el tono de la fallecida y su modo de pensar, los de su auténtica madre. Y, hasta cierto punto, también su modo de vestir. La fotografía lo mostraba claramente. Y todo aquello no era para convertirse en ama, sino para seguir siendo sirvienta. Ella me iba gustando cada vez más cuanto más tiempo esperaba y pasaba con ella. Percibía el ambiente limpio de su cocina y de su habitación. El propio Dios hubiera podido entrar allí cuando quisiera. No necesitaba siquiera quitarle el polvo a su baúl cuando llegara. En cualquier caso, la limpieza y la obediencia eran su religión. Pero ambas cualidades la habían protegido de llegar a una ancianidad pusilánime. Por ellas estaba a salvo en aquella vida hasta la muerte. Yo lo notaba, y ella sentía que yo lo notaba. Y como yo lo había descubierto antes que ella, de hecho en un cuarto de hora, yo le iba resultando también a ella más aceptable y ella me miraba con mejores ojos. Busqué una razón para marcharme. De repente ya no quería esperar al lutier, sino asegurarme de poder entrar en el circo, como el amo Jakob.

Oí gritos de niños, como si gritaran a coro. Miré hacia la calle. El elefante pasaba por allí delante. A mí me parecía como si la calle envejeciera con el paso de aquella mole gris. Y a su vez el mundo no era sino un pequeño teatro provinciano, un circo insignificante para aquel gigantesco animal. Creaba tal expectativa en la ciudad que la gente no podía soportar quedarse encerrada en sus cuatro paredes. Y a mucha gente debía de sucederle, porque, por lo que yo veía y oía, todo el mundo estaba en la calle. Me pareció oír una melodía de tiovivo. Yo tenía algo parecido a fiebre de feria. Tuve que salir de allí. Volví otra vez arriba, donde los violines. Sin pensar, señalé uno entre todos; era el mío. Lo había reconocido. A punto estuve de sonreír. Sentí deseos de descolgarlo de la pared. Pero la sirvienta, que parecía saberlo todo, dijo, quizá por el lugar en que estaba colgado, que aún no estaba listo para tocarlo. Yo quería que aquella decisión la tomara el lutier, que fuera él quien

dijera que aún no estaba a punto. Así que me marché. Ya estaba abajo en la calle cuando lo sentí: para mí la pequeña vivienda de arriba se vino abajo como se desmoronan las piezas de una construcción que un niño derribara. Solo había hecho falta un incidente como aquel, un incidente producido en aquel mundo, un incidente que había querido escrupulosamente evitarse, y la vida se desbarataba, la vida de aquel jorobado. Yo lo percibía intensamente, en carne propia. La sangre empezó a circular en mi cuerpo dando aquel gran rodeo. Y yo tomaba las cosas con manos pequeñas y ardientes, palpándolas como hacen los animales de los que pensamos que no tienen ojos. ¿Y si una bailarina cayera en aquellas manos perturbadas? Se horrorizaría con solo pensarlo.

Porque en aquel hombre el amor no era lo suyo. El buen Dios le había concedido alcobas limpias y habitables y una sirvienta y una madre y todos los violines del cielo. Teniendo todo aquello, estar o no enamorado era lo de menos. Yo estaba muy alterada y predispuesta en su contra. Empecé a ver a los pajarillos como un despropósito, aquellas almas vírgenes aprisionadas. En aquel momento no le hubiera puesto ni un espejo en la habitación.[4] Y, sin embargo, podía tener un efecto contrario. Él podía ser el vencedor absoluto, sobre el mundo entero. Podía pasar algo inesperado.

«¡Dios mío!», dije de repente; había llegado ya al descampado del circo, «¡si una casualidad maravillosa me llevara a sentarme junto a él!». Yo recapacitaba. Bien pudiera ser. Las entradas baratas ya se habían agotado hacía tiempo y la gente rica se haría esperar y no sacaría sus localidades hasta la noche. Ahora incluso contaba con ello con toda seguridad. La ciudad era pequeña. Cuando había acontecimientos importantes siempre se recurría a las relaciones. Un niño con un gorro de carnaval se cruzó en mi camino. De la carpa salió un hombre que vendía banderines. Compré mi entrada. Hubiera preferido pasar allí la tarde hasta la hora de la

representación. No me parecía razonable volver a casa. Pero el mundo se hace espantosamente grande y ancho y pernicioso cuando alguien que no es del lugar, algo cansado y aburrido, busca un rincón donde quedarse. Descampados los hay en todas partes, pero este ofrecía un mundo al simple y pobre espectador que, se mire como se mire, anda siempre cerca del suelo y que, por el poco dinero que tiene, cuida de no perderse nada en absoluto, tampoco lo que sucede muchas horas antes del espectáculo. El público pasa aquí desde hace meses cada minuto libre. A mí eso no me gusta, menos aún porque soy adulta y no tenía autorización. La gente humilde también tiene su propio reino y sus propias leyes.

Y hacia la parte central, junto a la carpa, donde por fin habían colocado como un pequeño banco, soplaba un viento que le hacía perder a uno el sentido del tacto. Allí tampoco se veía un alma. Solo, en el cielo, volaba una cometa de papel, que se había soltado y que veía yo y nadie más. Verla ondear violentamente, libre, en el aire, sin rumbo, era como un número de circo que ofrecía el viento; ni la cometa se reconocía a sí misma, ni la reconocían las nubes. Era un espectáculo curioso. Casi inquietante. La soledad es seguramente lo único que puede devolver la mesura y la estima a un ser humano que no es humilde. Porque agranda el espacio que le rodea, eleva más alto el cielo, como una enorme bandera, dejando, por el contrario, la tierra donde está. Ahí es donde vivirá a partir de ahora, después de que, de repente, se le haya abierto la amplitud del espacio infinito; porque la Tierra entonces es plana y al mismo tiempo redonda. La Tierra es un gigante, es una esfera en la que nosotros no representamos siquiera un punto.

Yo me había alejado mucho; me contenía como un perro y husmeaba, buscando mi universo anterior. Y si se busca, se encuentra. Así es como los animales acaban por encontrar a sus antiguos amos; caminos que parecen imposibles.

Pero yo hubiera debido ser una mendiga o una vendedora de

naranjas (amazona artística o acróbata ya no podía serlo, y una pobre niña que se resguarda bajo un toldo, tampoco; para eso ya era demasiado tarde), aunque solamente hubiera sido para poder quedarme sola unas horas bajo aquel cielo circense, en la explanada, sin perjuicio alguno.

Porque no estaba permitido ir deambulando por donde se quería. Cuando se debía ir a casa había que irse a casa. Esta fue la amonestación oficial que recibí y, humillada, poco antes de que comenzara la representación, me fui a mi asiento.

Mi asiento estaba situado a media altura, un poco por debajo. Había tantas cabezas allí sentadas mirando que al principio me sentí confundida.

¡Una niña con un tutú rosa sobre un caballo! Su boca emitía de vez en cuando un grito contrahecho que contrastaba con el silencio que reinaba en el circo. La música se acompasaba al ritmo de la muchacha: iba de puntillas. Y cuando se apeó y se colocó al lado de su caballito, como una muñequita de porcelana, se oyó una voz del público y luego otra. Y entre los que aplaudían reconocí incluso a una vecina. Y unos asientos delante de mí, vi de soslayo, sentado —la coincidencia no podía ser mejor—, al enteco jorobado. Estaba inmóvil, con su esclavina.

La música no nos permitió reflexionar demasiado. Apareció un galgo. Salió disparado saltando a través de una rueda de papel. Su pelo, de brillo plateado, parecía mojado por la velocidad. Logró pasar por entre las piernas de seis primorosos caballos blancos. Como una corona de flores, iba girando en círculo de uno a otro. Pero de repente quedó quieto en medio y se inclinó para saludar volteando simplemente la cabeza hacia atrás. Era un ejemplar de lo más apropiado para representaciones que buscan la belleza. Pero en el momento en que acabó su actividad bostezó de puro aburrimiento y el debido terrón de azúcar que había merecido su actuación voló hasta su garganta. Y seguidamente desapareció. El

público respiraba aliviado y al mismo tiempo lamentaba que hubiera acabado. Yo gozaba tanto que me había olvidado de haber tenido otra intención que no hubiera sido ir al circo (aunque no había cesado de recriminarme a cada momento por ello).

Cómo podía haber querido observar a una persona para aprender de ella… Una risa me despertó de mi ensimismamiento. Ahora los caballos estaban solos. Marchaban en fila. Busqué. Porque una cosa sí sabía: la risa no podía deberse a ellos; tenía que deberse a otra cosa. Y así era. Un jorobado enjuto corría tras aquella retahíla de divinos caballos blancos. Parecía que estaba atado a la cola de uno, rosa y brillante. Y volaba, porque desde el primer momento había renunciado a usar sus piernas.

El circo al completo reía, reía a carcajadas. El acompañamiento de la música encajaba a la perfección con aquel número. Me estremecí de miedo. Allí estaba, aquella gente. Llevaban el circo dentro. Los látigos restallaban, primero uno y después otro, invisibles, en el aire.

Sin querer, por temor, miré hacia el enjuto jorobado del público. Envuelto en su abrigo se veía incluso más enjuto, y permanecía inmóvil. Si alguien, siquiera por casualidad, lo hubiera tocado, seguramente se habría producido un espectáculo, una de aquellas penosas escenas de las que el mundo no quiere ser culpable. Pero el pequeño jorobado de la pista circense seguía dando vueltas y al final acabó por parecer un círculo, como una cinta. Parecía un círculo al que él se hubiera integrado, una cinta con la que se hubiera fundido y en la que finalmente desaparecía por completo entre tambores, trompetas y carcajadas. Me faltaban las palabras, tenía la mente en blanco; el barullo lo invadía todo. Y por un momento incluso al mirar había que contener la respiración; había perdido la conexión con el lugar en que estaba sentada; estaba cansada y sentía deseos de dormir.

Pero entonces apareció nuevamente el payaso, como si hubiera

resucitado, sobre el lomo de los caballos. Les gritaba con furia desaforada. Ahora quería que bracearan y desaparecieran en la resaca de la velocidad. De alguna parte llegaron luces intermitentes de bengalas. El de la pista era exactamente igual a su compañero en la desgracia, el que estaba sentado arriba, entre el público. El circo los había hecho suyos a ambos. El jorobado de arriba seguramente hacía rato que se había quitado el abrigo, pues estaba allí sentado mostrándose ante todos tal como era. Qué cruel puede ser el mundo. Incluso hacia sí mismo. Y, con todo, quizá en esto resida su fortaleza, su único estímulo. Manifestándose abiertamente puede que se reencuentre a sí mismo. Aunque el sobrio traje de domingo del lutier solo llevaba el complemento de un reloj de cadena y algunas monedas colgadas de ella, nada comparado con el atavío del payaso. Y seguro que los que estaban sentados alrededor solo pensaron en el parecido por un momento. Porque el payaso llevaba un mechón de cabello rojo como la seda, peinado hacia delante, a la derecha y a la izquierda, y por debajo de su sombrero de fieltro blanco y puntiagudo asomaba, impresionante, la cara maquillada. En las mejillas y en el mentón llevaba pegada una estrellita y en la frente, una media luna. Todo aquello engrandecía y empequeñecía y de algún modo secreto encajaba en aquel rostro. Pero, además, la pechera de tul de varias capas envolvía por completo su persona, de cuello inexistente, replicando las vueltas de los perros, de los caballos y su propio círculo. Y después aquella gigantesca joroba, que comprimía la estatura de aquel hombre, que lo doblaba dándole una apariencia constreñida. Aquella joroba era el circo. Era el salto que todos debían atreverse a dar allí, en el circo. Primero los animales, luego los acróbatas, equilibristas y domadores de caballos, y, para terminar ,nosotros mismos, el público que los contemplaba. Pero también aquellos que nunca habían ido al circo, todo el mundo en general. De algún modo, todos habíamos corrido colgados alguna vez de la cola de caballos voladores.

Permanecí sentada mucho rato. Pero incluso después, sigo sin tener las fuerzas para describir cómo continuaron las actuaciones.

Tras muchos números artísticos disparatados se sucedieron números casi de ritual litúrgico, cuando los veinte elefantes abandonaron el escenario. La música ya no era necesaria. La gente se marchaba.

Y cuando la carpa se levantó y nada en la ciudad recordaba que allí había estado el circo, me dirigí por fin a casa de mi lutier para recoger el violín. Anduve sumida otra vez en el presente, como si allá a lo lejos nunca hubieran estado las carpas: pensaba en la casa del lutier. Me acompañaba hasta allí la tranquilidad de un domingo. La abominación de antes quedaba olvidada. Y, sin embargo, hubiera podido pensar aún en ella. Hubiera sido muy posible. ¿Y no hubiera debido comenzar entonces todo otra vez desde el principio? Pero yo solo iba a recoger el violín, y dentro reinaba el silencio, como si no hubiera nadie. Apenas si se podía pronunciar una palabra. Todo estaba envuelto en un silencio aterciopelado. Incluso el propio lutier se movía con tanto sigilo que parecía que creyera molestar a alguien. Tan solo se oía, trémolo, el eterno leve tictac del reloj. En aquel momento eran las tres. Cuando me dirigía a la salida, absorta —aquel ambiente incitaba siempre a ello—, advertí el espejo, el espejo oscuro: debajo había colgada una pequeña foto, reciente. La de un jorobado, un payaso. Haciendo una reverencia, tenía una mano apoyada a lo largo del cuerpo y en la otra sostenía reverente su sombrero, para despedirse de quien tuviera aún preguntas.

[4] Los espejos tienen un gran espectro de significados simbólicos. Para algunos significan la visión reflejada de la verdad objetiva. Generalmente son un símbolo de profundidad espiritual y psicológica. No solo revelan nuestra apariencia, sino que también pueden revelar quiénes somos en un nivel más profundo. En términos generales, los espejos representan la profundidad del alma y la mente de una persona (*N. de la t.*).

La muchacha

UN PASEO POR LUGARES desconocidos cercanos a pequeñas propiedades forasteras no es solo paseo, observación y pasar de largo. Ora pulcras ventanas con magníficas fucsias, cuidadas con esmero tras los cristales; ora un pasillo, oloroso de tan limpio, o incluso un banco blanco ante la casa se imprimen en nuestras vidas como una escritura milenaria.

No todas las propiedades son así, claro. Algunas están degradadas por el tiempo. Pero a las que de algún modo han sido conservadas por sus propietarios les esperan ya otros que las seguirán arreglando y renovando. Sin duda como propietarios, pero ello significa también que las cuidarán como algo antiguo, herencia del pasado. La naturaleza ha suscrito una alianza con los fuertes de esta tierra. Son contratos comerciales sólidos. Ella les proporciona grano, sus árboles, sus pieles; en resumen, todo lo que tiene. Como contrapartida, el ser humano no debe ponerse a su servicio solo por un tiempo. Debe entregarle su cuerpo y su sangre, incluso más de lo que él piensa que le debe a la naturaleza; le debe conceder hasta su alma.

Aunque a veces la naturaleza se limita a cerrar un pacto de arrendamiento. Pero los arrendatarios a menudo son gente sencilla, gente oprimida. Trabajan al dictado del calendario y, como las sombras, van y vienen.

Y todo el mundo en el campo reconoce enseguida quién es

propietario y quién arrendatario. Al menos es lo que sucede cuando el otro ni siquiera se digna a mirarle. Y por eso un pobre es doblemente pobre. Porque no lo es solo para sí mismo, sino también para los demás.

Y no digamos cuando es más que pobre. Cuando está totalmente arruinado. Cuando no puede siquiera prometer el fruto de su trabajo a los demás. Cuando la pobreza que lo embarga es hasta tal punto manifiesta que el pobre se ha convertido en mendicante de sí mismo y va mejorando cada vez más en ese arte, igual que aquel que se fabrica él mismo con esfuerzo y laboriosidad los ornamentos de su disfraz para una fiesta de carnaval. Al final es un pordiosero perfecto, pero las fases por las que tiene que ir pasando se suceden muy paulatinamente y un observador apenas si consigue ser testimonio de todas. Pero si en ocasiones el desenlace se resuelve de manera que su vida acaba con un final aparentemente muy injusto, como el de las liebres hambrientas a las que los pájaros atacan hasta la muerte mientras huyen, en otras ocasiones la cosa toma otro rumbo y parece como si nos hubieran contado un idilio plácido, un idilio acerca de gente pobre, comparable casi a las historias de los santos en las que el menor detalle nos conmueve, o incluso nos conmueve más que los preciosos regalos de los tres Reyes Magos. Solo que esos pobres no pueden más, al menos no por sí solos. Necesitan ayuda para recuperar su vida. Están demasiado acostumbrados a sentarse ante la puerta de su corazón. De modo que queda en manos de la naturaleza buscar al ser humano que les procure un cobijo, que les proporcione de nuevo su pan para que, con un simple sorbo de agua, comprueben que han vuelto a recuperarse y reanimarse. Aunque, por supuesto, esta piadosa disposición no se debe a la misericordia tal como la entendemos nosotros; a menudo ocurre incluso que, como la naturaleza es omnisapiente y conoce los caminos que hay que tomar, para empezar, se limita a poner a estos pobres a los que ayuda en una

situación ridícula, ofreciéndoles una mercancía que comprar. Porque en realidad es risible que ese perdulario acabe en una de tantas inverosímiles subastas que existen en este mundo.

«Él», o esta vez digamos «ella» (al fin y al cabo, da lo mismo), se pone a descansar un rato de su paseo junto a una carretera, y de inmediato los compradores aparecen. «¡Uf!, esa ha perdido el último tren», piensa un mozo campesino, sano, absolutamente sano, solo con una mirada para sopesar la calidad de la mercancía que puede adquirir a bajo precio, digamos que rebajada. Y silbando prosigue su camino. A continuación, una joven señora acompañada de un señor, turistas, gente muy curiosa, gente que tiene una casa bien cuidada, tan opulenta e inexpugnable que considera directamente un paisaje a sus ojos gratificante como prolongación y entorno de la misma, y se extraña, como cuando de repente ve en un parque a un desconocido descansando y se pregunta cómo habrá llegado hasta allí. Y hasta diría que, inconscientemente, con su curiosidad intenta echar a aquel mendigo. Aquí pasa algo raro. «¿Qué es lo que habrá pasado?», piensa; ella luce un vestido que, con todo, ¿qué nos apostamos?, se parece al nuestro, aunque sea otro modelo y no esté del todo a la misma altura. «Ella parece legal, parece de nuestro mismo rango, pero su hijo nunca lo será». Y tiene razón. Con una sola mirada lo ha sabido. Luego pasa una campesina, una campesina poco habladora. Sigue unas leyes estrictas. Está bien establecida en el mundo y ocupa un buen lugar, si bien solo un lugar, porque ocupar al mismo tiempo diversos lugares no se puede, en general. Al lado de aquella no se sentaría ella en la vida. Solo ha vendido un excedente de lino en el mercado de la aldea, que desde la torre del convento y de la calle Mayor mira hacia aquel lado. Más de cincuenta pares de medias, pero son resistentes, y más de cincuenta pares no puede necesitar para su ajuar siquiera la hija del campesino más rico, se dice la vieja campesina, y prosigue su camino. Se la ve pensativa, parece tener algo en la comisura de los

labios. Puede que piense en algo más que en medias de lino. A continuación llegan niños. Miran. Se detienen y se convierten ellos mismos en un acertijo mientras intentan resolver aquel acertijo: la persona del banco, si no sucede algo pronto, podría pensar que es el pelele que atrae a los curiosos (pero eso no podemos evitarlo). Su sombrero es blanco, de paja, sencillo, y no digamos sus ornamentos; cuelgan algunas hojas del borde del sobrero y un lirio de los valles, solo uno. La falda es de dos colores. Por delante es marrón y por detrás, verde musgo, y todo alrededor lleva una puntilla más que antigua. Porque el sol también gasta sus bromas, igual que la gente. Después llega el cartero rural. Y, si bien va por faena y, como afirma él, descansa sobre una pierna mientras sigue caminando con la otra, se detiene y mira alrededor algo encogido para observar lo que con sus ojos de anciano pueda distinguir. La persona que ve es joven y diríase que hasta bonita. Aunque le falta suerte para ser bonita. Pero tener suerte, eso sí lo sabe, no es solo casualidad, es una cualidad del carácter. Por eso la duda le asalta por un momento. Pero enseguida, tras breve conversación, tiene un gesto; le propone un trato: «¡Vente conmigo!, tú y tu hijo podéis quedaros en mi casa, con manutención» (no es que ella tenga aún ningún hijo, pero, aun así, puede que tenga razón). «¿Sabes cocinar?», «No mucho», «No importa». «¿Sabes coser?», «Tampoco mucho», «No importa». «¿Sabes ordeñar cabras?», «En absoluto», «Tampoco importa. «Y trabajar en el huerto, ¿tampoco sabes?». Ella niega con la cabeza. «Pues tampoco importa», replica él por consideración o por compasión. «Cuando vivas conmigo, aprenderás. Cuando tengas un hijo, aprenderás. Yo te enseñaré a trabajar, lo que pasa es que aún no has aprendido como es debido, yo te educaré». Un anciano de la *Odisea* no hubiera podido tener una visión más inteligente de la vida.

Y cuando las sombras empezaron a cubrir las colinas y las montañas y la luz del aire se extinguió, la vida de aquella muchacha

ya había cambiado y marchaba a toda velocidad en una humilde casita; si bien marchaba con cierto recelo, como es natural. Y el banco había quedado a la sombra y vacío. En mi opinión, podía respaldarse en sí mismo. O la noche podía confiscarlo. Puede que un joven artesano ya durmiera en él o que una pareja de amantes acudiera allí a su cita. Una noche de verano como aquella se vuelve diáfana, aunque era oscura y la gente de fuera se hubiera marchado. Puede que las flores sueñen que son estrellas. Y quizá lo crean realmente, porque por la mañana despiertan con un diamante de adorno junto a su corazón. Y los pájaros nunca tienen las gargantas tan afinadas como después de una noche estrellada como aquella, tan clara y suave.

Ni una sola noche, si es que hubiera una sola en la Tierra, debiera transcurrir sin la calma necesaria para poder vivir una noche como esa. En esto están de acuerdo los ciudadanos más exigentes. Pero el día es precisamente ese cielo de mundos centelleantes. Así que la noche no es necesaria, se dice el buen ciudadano. Uno cree que por la mañana se puede alcanzar a ver el otro lado del mundo. En cualquier caso, la luz es oro porque nos permite ver el trabajo que hay que hacer: uno se pone a la labor a toda prisa. Como cuando por la mañana temprano se ha llenado de agua una palangana y en este momento se declara un incendio. Y como cuando uno acaba de disfrutar de un opíparo desayuno y acto seguido debe ponerse a trabajar. Uno sería muy irresponsable si, habiendo hecho un pacto con Dios, sucumbiera a la debilidad y faltara a su palabra rompiendo el pacto, si siguiera tan tranquilo y no cesara de haraganear y finalmente se durmiera a plena luz del día. Porque la luz pone sobre aviso, pone sobre aviso hasta el ocaso, cuando esta parte de la Tierra transita hacia la noche.

Es increíble la rapidez con que sucede todo cuando uno decide algo y lo aborda, aunque sea sin que se note. Es como brujería en el buen sentido. Como es natural, cuando el anciano se puso la

chaqueta que le había zurcido la muchacha, vio que no era un zurcido de convento, ni siquiera de ama de casa. Aunque sí estaba zurcida. Y era un gesto tierno el mero hecho de habérsela zurcido. Era como la primera lectura de un principiante. Todo marchaba aún despacio y con titubeos. Pero marchaba. Y aquello era lo más importante. Y con el tiempo fue avanzando con la práctica, porque algunos quehaceres se repetían diariamente. Pasar la guadaña se le daba mejor. También la cabra había dejado de moverse cuando la ordeñaba. Así que llenaba el cubo de leche, y cada día hacía mejor las cosas. También cocinar: ¿no le resultaba mucho más fácil de lo que había imaginado? Y cuando había hecho bien el trabajo, ¿no iba el anciano dando constantemente vueltas a su alrededor, como un pretendiente? ¡Lo había conseguido! Ya pronto sabría hacer todo lo que debía. Sus ojos no lo habían engañado. Y ella estaba más contenta que nadie. Era un mirlo blanco. Hacía ya mucho que ella necesitaba una casita apartada como aquella, con dos cabras y nueve gallinas, con un jardincito alrededor y una pradera. Seguro que aquel viejo abuelito estaba destinado a ella desde el principio de los tiempos y por eso ella, cuando se cruzaba con él, lo veía como un designio de la Providencia y como tal lo trataba. Y aquella no era mala manera de relacionarse con él. No, todo lo contrario: aquella manera de hacerlo era sublime. Si las cosas seguían igual, los dos hubieran querido seguir de aquella manera por toda la eternidad. Una eternidad —aun sin compararla con la vida eterna de Dios, sino solo con la de las estrellas— es, con todo, mucho tiempo; significa que muchas cosas pueden empezar y acabar.

Así que no ha de extrañarnos que, en relativamente pocos meses, la práctica derivara en habilidad y la habilidad en limpieza, orden y estabilidad, por lo que el anciano había retomado sus recorridos de cartero cuando no velaba como un abuelo por su joven mujer, que estaba a punto de parir. «¿Sabes?», le dijo un día, «avisaré a la partera. Así estarás bien cuidada». Y mientras decía eso ya había

llegado a la puerta con sus pasos de marea oscilante, el chaleco del dinero y su chupa, y con su largo bastón y una mano ya fuera de la casa en dirección al bosque. «Bueno», dijo él, ya en ademán de marcharse, pues como la mayoría de la gente mayor no escuchaba a los demás, sino que hablaba para los adentros de su alma amorfa. Porque esta ha emprendido ya el viaje con el viejo Caronte, mientras que la persona sigue durante meses o hasta años deambulando por su casa, haciendo su vida y dando órdenes.

De modo que la mujer se quedó sola.

Se llamaba Julia y lo que fuera que siguiera. Sucedía que todavía guardaba una maleta de madera llena de ropa e incluso una pequeña fortuna que en una ocasión un cartero había incrementado con intereses. Pero aquello no la impresionó. Las cosas estaban como estaban y el vestido verde le iría de primera. Y ahora que el anciano se había marchado, le invadió un extraño afán. Cortó una camisa, sobre un patrón de papel que se había confeccionado (no sabía muy bien cómo serían las medidas de un bebé recién nacido). Después cogió una tela de lino muy suave y la ribeteó haciendo pañales. Entremedias segó, ordeñó, escardó el huerto y cocinó una sopa para la noche. Pero cuando el viejo regresó ya había terminado y doblado un montón de ropa infantil y otro estaba a medio hacer. Y el anciano admiró con satisfacción aquel logro, porque en cierto modo él sabía que para ella lo era, y él también se sintió complacido, porque vio que ella había entendido su gesto. Ella había encontrado su lugar en el mundo y el anciano, si no hubiera sido un anciano, hubiera debido volver a cortejarla. Porque él era tan comprensivo que sabía que aquello era lo que había que hacer con un alma herida como la suya para lograr la plena curación, aunque fuera la de otra persona y no la propia. Aquello lo sabía. Porque ella seguía sin hablar más de lo necesario. Y él sentía lástima; ella era joven y seguro que le gustaba hablar. Sin embargo, tampoco estaba triste, al contrario; estaba de acuerdo con todo de

antemano. Pero algo le faltaba, algo que, aunque no fuera cosa desinteresada, sí debe acompañar la vida de la gente en general: echaba en falta cierta alegría gratuita, eso le faltaba. Se lo decía incluso a sí misma. Le faltaba algo.

Era como si en aquel cuerpo viviera un alma solo por casualidad. Y cada cual vivía por su cuenta, cada cual por su lado. Y por eso era difícil conciliar la actividad con su alma tan lentamente, y por eso era también más que una mera casualidad que ella hubiera dado con aquel nonagenario pero aún vigoroso cartero, que hacía las veces de señor.

Una tarde el anciano volvió a salir a su ruta. Pero antes había reclamado los servicios de una vecina, una mujer que tenía diez hijos. Ordeñaba y hacía café del bueno, y además había puesto sobre el fuego un cubo alto de cobre lleno de agua, probablemente para el baño del futuro niño… Vio el montoncito de ropa. ¡Dios!, ¡la camisita era demasiado pequeña! Aquella muchacha estaba muy verde aún, aunque fuera a ser madre. Pero la campesina ignoraba que la había cosido la muchacha. Y además a aquella pobre campesina el destino le había deparado una educación que le hacía intuir el dolor que hubiera podido causarle aquello a la otra o que no lo hubiera podido comprender. Incluso hubiera querido regalarle alguna ropita de la que ella tenía, por muy difícil que le resultara desprenderse de ella y aun cuando hubiera acabado por ser un intercambio (cosa que fue). Incluso si al final, no pudiendo reprimirse, lo hubiera proclamado a los cuatro vientos por el pueblo, habiendo podido no hacerlo, e incluso hubiera ido enseñando además a todo el mundo la minúscula camisilla, tan contrahecha (cosa que también sucedió): aun así, para la muchacha aquello habría sido una buena acción y tal le habría parecido.

Porque callar, para mucha gente, viene a ser un acto sobrehumano, y esto no puede esperarse de cualquiera. Y el discernimiento es en principio el paladar del juicio, y aquel está

relacionado con la lengua, que, por lo común, una vez que ha discernido, habla. Es lo que sucede en general.

Pero, como he dicho, ya es mucho si la lengua no es solo lengua ni solo discernimiento, sino que se transmuta en cordialidad y acción. De manera que la muchacha se alegró cuando la campesina se presentó con tres delantalitos y dos camisetitas. Porque pobres lo eran las dos, si bien la pobreza era desigual. Y la campesina, en contra de lo que le sucedía a su compañera de infortunios, se sentía segura. En cambio, la muchacha, a medida que iba acercándose la aterradora fatiga del parto, empezó a sentir miedo de la mujer de los diez hijos. La naturaleza, aunque el dolor solo fuera imaginado, rompió a aquella criatura en cuatro partes. Julia (debo llamarla de nuevo por su nombre) se agarraba con las extremidades más extremas, con las manos, a los bordes de su cama de paja. Los pies estirados, como los de una muerta. La cabeza descolgada hacia atrás, como si ya no formara parte del cuerpo. Sin embargo, a ratos, recuperaba la calma y quedaba laxa como un animal cansado, a punto de dormirse. En eso la naturaleza no hace diferencia alguna entre una princesa y una mendiga. Y si la princesa, por ejemplo, da la orden de que le apliquen anestesia, a mí se me antoja más deleznable por ello que un hierbajo cualquiera, que, en su proceso de mutación, revienta por sí mismo los sépalos del capullo un momento antes de morir. No es ninguna casualidad que el paisaje de la Tierra sea igual que el del corazón. Fuera caía, intempestiva, la primera nieve, que se deshacía y corría calle abajo formando riachuelos. Era de noche, pero, como en aquella noche de verano, había luz en la noche, aunque más desangelada, como era propio de aquella estación del año. Uno se olvidaba de mirar las estrellas, porque se le antojaban no solo muy lejos, sino también muy pequeñas. En la alcoba todo estaba en cierto modo en suspense, pues, cuando otras personas manejan nuestros objetos delante de nosotros (más aún si lo hacen para ayudarnos), los objetos se nos

antojan muertos, e involuntariamente nos preguntamos cómo seguirá todo cuando hayamos muerto.

La puerta de la casita se abrió. Llegó la matrona y lo preparó todo. Y el viejo cartero, que, satisfecho, quería irse a su cuarto, quedó como paralizado ante la puerta abierta. Como si tuviera que marcharse otra vez para quedarse fuera para siempre recorriendo sus caminos. Ya era de noche y las estrellas mostraban su desconcertante esplendor, sin coherencia con el mundo de allá abajo. ¡Ah, qué solo estaba uno! Se oyó un grito. Pero no parecía de dolor, sino como si algo se escindiera, y el grito del niño se manifestó al mundo. Como un relámpago, dominó el mundo un momento. Pensar y sentir ya no era pensar ni sentir. Y dentro solo había encendida una luz tenue; entonces, aunque parezca extraño, se avivó la más negra oscuridad. Uno no sabía: ¿muerte o vida? El anciano estaba sentado al borde de su cama, completamente abatido, mientras que en la alcoba alguien hablaba y alguien respondía. Seguramente eran la matrona y la campesina. Pero al poco rato eran cuatro y cinco voces; la madre y el niño se habían sumado a ellas. Ambos habían nacido en cierto modo. Entonces el viejo Sepp se recobró. Se puso de nuevo en pie. Y finalmente la matrona le informó desde dentro bromeando: «Seppel, tiene usted una nieta». Y el significado de aquellas palabras parecía hacer la vida otra vez habitable de repente. Sobre la mesa, en mitad de la habitación, estaba el candil, la tenue lucecita que iluminaba todo alrededor, ofreciendo un conmovedor cuadro, muy especial, con los objetos del fondo. La estrecha estela de luz que quedó sobre el banco dibujaba su pulcra urdimbre. En la pared se distinguían dos cuadros. Y la sombra de un Niño Jesús, todo plateado, atravesaba la alcoba como una tela de araña de encaje sagrado. Casi invitaba a arrodillarse. Hay momentos en los que uno no debe avergonzarse ante nadie, en los que la Navidad habita el alma. Aunque con el nacimiento llegan la crucifixión y la resurrección, lo cual es de

agradecer también; uno ya no puede decir si lo que tanto le hizo sufrir fue padecimiento ajeno o propio. El viejo Sepp no se atrevió a dirigir inmediatamente la mirada al lecho de su sirvienta. Aunque él ya lo sabía: allí yacía ella con la niña.

¡Oh, cuán aliviado se sentía! Por la premura de aquel temor debía tomarle cariño a la niña. Ella lloraba por él y, consolándola a ella, él se consolaba a sí mismo. Poco a poco él fue reaccionando a la voz de la criatura y la arrulló desde donde estaba, de lejos. Y levantó la cabecita encendida de aquella criaturita y la meció un poco acercándola a su níveo cabello con la intención de hacerle una gracia o darle algo así como la bienvenida. Quedó asombrado por la decisión con que la manita sostenía con fe ciega todo lo que le daba. Y llegó a creer que ya no podría separarse jamás de ella. Así fue como se formó un nuevo nexo, el que se creó entre un hombre muy viejo y una niña recién nacida. Y matrona y campesina ya podían marcharse tranquilas, pues el anciano estaba encantado y dispuesto a prestar los servicios necesarios. Por la noche velaba, no cabía duda alguna. En su ostensible vigilancia casi parecía uno de los tres Reyes Magos. Y era natural, porque él sabía que la existencia de aquella casa solo podía considerarse a partir del nacimiento de aquella niña. Antes, él había puesto en duda alguna vez la permanencia de la joven ama de casa. Sin embargo, ahora —lo intuía— ella trabajaría por la niña. Y aquel trabajo era de otra clase. Y solo aquel trabajo podía ser lo que el trabajo debe ser: los dos eslabones de la cadena de la vida. De modo que estaba atento a la respiración de ambos, la de la madre y la de la niña. Y si cualquier extraño le hubiera recriminado que el suyo era un amor interesado y frío, solo habría demostrado con ello que no sabía nada de la vida, pues esta consiste únicamente en estas relaciones. Ellas constituyen su naturaleza, la vida de la propia vida. Cuanto más noble es un ser humano, tanto mayor es la fuerza con que aquellas se imprimen en su carácter. Y fue como despertar de la muerte

cuando estas, después de haberlas perdido, resurgieron para ella renovadas. Y la vida vinculó al anciano a su nuevo cometido. Y el trabajo que había prestado con desidia durante tantos años pasó a ser principal, y aprovechaba cada hora sin pararse apenas a respirar. De nuevo se reconcilió con el menaje y, con torpeza, con cacharros y platos. Desenterró cachivaches (aunque siempre guiado por la débil voz de Julia) que hacía mucho tiempo que habían desaparecido de su vista. La vida le obligaba a seguir con la buena obra que había iniciado. Por primera vez en su vida sostenía a un bebé, a aquel bebé, en sus brazos. Y aquello era lo que más le fascinaba. La criatura dormía y dormía. Dormía de agotamiento de haber nacido, o quizá porque, en la envolvente calidez de la alcoba rural, se sentía como en el seno materno y dormía casi sin parar, día y noche. Y como durante treinta y seis horas no poseyó nada, se mantuvo pura, casi un símbolo de la divina pobreza. Los pobres harapos, como llamaban a su indumentaria, colgaban sobre el fogón. Las gotas de sudor de los pequeños cristales de la ventana caían como perlas. El reloj dio la hora. Un gallo, como no estaba acostumbrado al silencio, entró por alguna habitación contigua. Así pasaron quince días.

Entre madre e hija se forjó un amor verdadero. El de la niña hacia la madre aún no era perceptible, era como ciego. Pero el de la madre hacia la niña, tan igual al amor puro, que podía verse allí hecho carne. Aunque eso era un error. También aquello entrañaba el germen de lo insustancial, que podía influir decisivamente en su destino. Pero, en cualquier caso, se había establecido un nexo con un ser humano para toda la vida, y eso es lo más importante en la relación entre madre e hijo. Ambos lo saben cada vez que se ven: lo que nos decimos y hacemos es para siempre. Nunca se borrará. Lo mismo sucede entre padres e hijos que, por cualquier razón, han vivido separados. No puede destruirse, bajo ninguna circunstancia.

La campesina siguió acudiendo durante tres semanas para

ocuparse del establo y de la casa. Enseguida se había dado cuenta de que no podía esperarse que Julia, como hubiera hecho cualquier lugareña, se levantara al tercer día para lavar los pañales. También Julia dormía casi tanto como la niña. Y el primer día que se levantó después de la convalecencia notó horrorizada que debía aprender de nuevo a caminar.

Llegar hasta el fogón era un suplicio. Durante varios días no se atrevió a levantar a la niña. Todo lo hacía, igual que antes, el buen anciano. Por eso ella debía estarle aún más agradecida que a nadie en la vida. Ahora aquel agradecimiento era el único manantial del que ella bebía. También era su único motivo de alegría, porque otro no tenía. La vida debía de haberla tratado cruelmente. Su candidez hubiera podido proporcionarle alguna alegría. Pero ella actuaba siempre con encogimiento, temerosa de cada movimiento desconocido o extraño. Si una palabra era amable, si un modo de actuar era obviamente aprobatorio, el siguiente podría ser, por razones inescrutables, todo lo contrario. Parecía no haber tenido madre, marido ni hermanos. Como si aquella un buen día la hubiera echado de casa. Seguía dando siempre esa impresión. ¡Pero ahora ella sí era útil, ahora sabía hacer su trabajo! Y también tenía un hogar. Y no solo para ella. También su hija crecía a su lado. Se llamaba María. Tenía un algo de contemplativo y educador en las cosas de la vida. Desde los comienzos de su segundo año mostraba obediencia ciega y un amor incondicional por el orden. Las pocas piezas de madera que tenía para jugar estaban siempre en su sitio y cuando la reclamaban y debía dejar su juego, acudía de inmediato. Sin saberlo, parecía estar llamada a los vínculos de la existencia, de los que su propia madre por alguna oscura razón no había logrado disfrutar. Porque, si bien Julia tenía muy buena voluntad, es cierto también que era de algún modo lo que la gente en general llama «tonta». ¡Dios sabrá lo que era! Pero era seguro que algo había.

Y, ¡cosa rara!, el viejo abuelo la trataba como a tal. La tenía por

una enferma sana. Pero la niña era su pajarillo recluido, su florecilla. Con el tiempo se convirtió en el sucedáneo de sus paseos, pues cada día estaba más encorvado y cansado. Decidía el objetivo de sus recorridos y los hacía acabar cada vez más cerca. Cada vez había menos gente que le encargaba un recado. El pueblo lo enviaba aquí o allá solo por pura caridad, porque él siempre había sido una persona honrada. Al final no aceptaba ningún encargo. Era increíble que alguien tan encorvado pudiera seguir vivo. Pero a la pequeña María parecía no importarle. Su corto brazo no tenía que alcanzar nunca nada que estuviera a más altura que la que la naturaleza le proporcionaba y el anciano bajaba la cabeza a su alcance cuando era necesario. De hecho, ya casi caminaba a su misma altura, como hacen a veces muchas madres por cariño. Aquel viejo era muy sabio y sabía cuidar de sí mismo mucho más de lo que pudiera pensarse. Porque a menudo, en medio de uno de sus paseos, cuando se cruzaba con alguien —aunque ya rara vez se atrevía a salir, pues se había dado cuenta con preocupación de que de repente se encontraba en un lugar desconocido, es decir, de que ya no reconocía el entorno, de que aquel *algo* supuestamente insignificante que era la memoria lo dejaba en la estacada—, pues porque a menudo, cuando se cruzaba con alguien, se detenía, alzaba la vista hacia él o hacia el cielo y le soltaba un discurso. Y lo que decía eran verdades como puños.

En una ocasión, como aún le quedaban algunas preocupaciones mundanas, le dijo a un funcionario del ayuntamiento que lo visitó que él quería que la pequeña María heredara la propiedad y que cuando él llegara al final de sus días debían ofrecérsela a la madre a un precio asequible. «Porque», dijo con convicción, «el dinero no se lo puede llevar uno al otro mundo». Pero para sí pensó: «Con mi dinero puedo hacer lo que me plazca». Y tomó una rara decisión. Dejó en herencia sus bienes a la criaturita. Pero el patrimonio ascendía a la misma cantidad que costaba comprar la casa, de modo

que Julia compraría su herencia, pero también sería un regalo. Aquello se ajustaba a sus sentimientos hacia ella. Cuando en el pueblo se supo, hubo muchas habladurías. Unos se reían, otros no sabían qué pensar. Pero en la casa el día transcurría casi con monotonía, algo así como el día de un árbol, un día rutinario. Todo lo necesario se hacía, primero una cosa y luego la otra, y nada cambiaba. Solo el sol de un ser humano iba al ocaso poco a poco, y la niña iba creciendo y sus ojos conocían ya el mundo en que vivía y experimentaba. Se pasaba medio día sentada junto al abuelo, como si presintiera que, si no lo hacía ahora, ya pronto no podría hacerlo. Y un corderito, que casi había muerto de soledad, llegó a la casa y lo increpaba triste y tiernamente. Pero el abuelo estaba casi como Abraham, que no sabía distinguir a Isaac de Jacob, puestos de pie a su derecha y a su izquierda. Solo sentía los robustos brazos de Juliette —pues los duros trabajos se habían encargado de robustecerlos— y por ellos se dejaba llevar hasta la casa.

Una mañana, era temprano aún, el abuelo divisó la catedral de María Einsiedel. Y se encaminó hacia allí, como si diera un paseo por las montañas, un paseo por las nubes. Recorría el camino con las palabras. Julia estaba sentada al borde de la cama con lágrimas en los ojos. Veía cómo se iba aquella alma y ella nada podía hacer para evitarlo, ni siquiera con una palabra. A la muerte hay que darle siempre la razón.

De repente ella veía lo que hasta aquel momento había intuido, que tras aquella muerte se encontraba de nuevo sentada en aquel banco del camino y que la gente iba pasando por delante para tantear su valía. Pero adivinaba que entre toda aquella gente nadie era como Sepp, el anciano, y que hasta aquel momento ella no había aprendido lo que hacía falta para ser capaz de sufrir más. Porque lo mismo que la naturaleza obliga poco a poco a un manco a usar su boca, su mano derecha igual que la izquierda, sus pies y hasta todo el cuerpo como si de aquella mano inexistente se tratara,

ahora, cuando solo tenía una y de repente a cada momento se le exigen diez, así exactamente era como ahora se sentía ella. Aquello era lo que sentía: «¿Por qué no has educado tu alma a ser una existencia útil en tu cuerpo?, ¿por qué estás tan deslavazada? ¿Crees acaso que ya no sirves para nada? Bueno, como espantapájaros aún puedes valerme, si para otra cosa no sirves. Sí, para eso sí…». Y Julia no podía parar de llorar. La peor soledad era la que sobreviene con la muerte de un ser humano. Y la niña le llevaba hierbabuena del huerto como si comprendiera plenamente su desfallecimiento. El moribundo se iba acercando a su catedral. Como si imitara las campanas, así tañía él con las manos. Al final la iglesia lo acogió en su seno. Y el anciano pronto empezó a parecerse al ataúd de piedra, estirado cuan largo era y cubierto por la noche del sueño eterno.

La niña se alejó. Pero fuera recogía flores, y cuando le pareció que tenía suficientes, se sentó, rodeada de sus flores y de sus hojas, sobre una piedra, y esperó como solo los niños saben esperar. Cayó la tarde, oscureció; el lucero del atardecer brillaba sobre la casa de aquel buen pastor de hombres, entonces se adormeció, y si Julia no hubiera sabido dónde quedaba su cubículo, habría sido incapaz de encontrarlo.

En los candelabros había cirios, y en la casita reinaba un ambiente de domingo hasta en el último rincón. La niña dormía sola en la alcoba de al lado y por la mañana anduvo en medio de gente desconocida y apenas sabía dónde estaba. Un velatorio como aquel era algo muy serio. No se olvida nunca más en la vida. Y es bueno que así sea. Quien no ha visto la muerte tan de cerca no es un ser humano completo, porque también la muerte forma parte de la vida. Lo primero fue hacer la cama con sábanas limpias, como si allí hubiera de acostarse un nuevo huésped; después fueron a buscar agua a la fuente y trajeron vinagre y una mortaja del armario, áspera y hasta cierto punto horrible. El vestido y amortajado del

cadáver comenzó. Como sucede en el bosque tras grandes e intensas lluvias, las venas habían quedado al descubierto y los huesos se abrían paso, incluso sobresalían, hasta mostrarse como la estampa a la que la muerte reduce. Lo más humano se le antojaba lo más inhumano a una criatura como Julia; con este último servicio se le exigía lo más desaforado. El amor no le faltaba; hubiera podido ocuparse con naturalidad de aquel lecho de muerte durante años, pero verlo era más de lo que su dolor podía soportar. Y lavar y vestir para la tumba a un anciano como aquel exigía estar profundamente radicado en la vida. Las muchachas lugareñas se iban turnando para rezar junto al féretro y los demás en los rincones de la alcoba, donde hubiera imágenes y crucifijos, y había coros que cantaban. Así siguieron todo el día y toda la noche hasta que llegó la hora de retirar el cadáver. La vida andaba por la casa solo de puntillas, solo con la cabeza gacha. Allí había más personas de las que cabían en la casa y, con todo, no llenaban por completo aquel espacio. Cada cual se retiraba a su rincón en cuanto podía. Y el nexo que las unía no se debía a ellas mismas sino al muerto. A Julia le ofrecían su mano. Pero al día siguiente del entierro ya no la saludaban con tanto énfasis, y al tercer día se habían olvidado de todo. Y no era solo porque ella fuera forastera y porque la despreciaran por su hija, no; precisamente en aquellos parajes la gente, en la necesidad, se conducía como el hierro en el ascua de las tenazas de una forja y nadie tenía el tiempo ni las ganas de hablar de los demás ni de pensar en ellos. No. La razón era que todos sentían que ella no era un ser humano. Si ella, por carácter, hubiera estado en paz con el mundo y consigo misma, los vecinos la habrían obsequiado con su amistad. Pero, siendo como era, le quedaba lo que de ella misma dependía, también depender de sí misma.

Se acercaron dos prebendarias. Querían alquilar la habitación que había quedado libre. Ninguna de las dos era buena persona. De lo que habían percibido por atender al anciano no les quedaba nada.

Pero Julia las aceptó. Tenía un plan propio para ellas. Las tomó como arrendatarias y les cedió el uso de la casa por una pequeña cantidad de dinero. Después cortó para la niña unas falditas, falditas que no solo no eran demasiado pequeñas, sino que parecían calculadas para que le sirvieran bastantes años, y para ella misma arregló esto y aquello.

El viaje de la pobreza se prepara pronto. Dos hatillos y alguna ropa de mudar, que se lleva puesta; eso es todo. En la casa basta con echar un vistazo para ver si todo está donde debe y como debe. Quizá las macetas y los míseros arriates del huerto son lo único que pudiera no querer dejar atrás por su amor a los colores. Porque quién sabe si las flores no son lo primero que se odia cuando la crueldad y la impiedad se imponen.

Pero hay despedidas que no admiten contradicción. Ultimados los acuerdos y tras algunas observaciones, abandonaron la casa. La pequeña María salió resuelta a su nuevo mundo y la madre casi parecía haber olvidado el pueblo que antaño tantas veces había recorrido y el banco en el que había descansado. Otra vez era primavera, el aire parecía galopar por el mundo como un raudo caballo alborozado. No perjudicaba ni a los altos abetos, ni a las florecillas ni a un mísero ser humano. Al contrario, todo relumbraba. Era el día apropiado para una decisión, la nueva página abierta, aún no escrita, de un gran libro de leyendas. En él la pequeña María podía sumergirse y perderse entre las letras y la lectura. Primero entraron en la iglesia, donde la campanilla de plata de las misas emulaba la vocecilla argentada de la niña. Porque ella todavía ignoraba que en una iglesia había que guardar silencio. Aquella iglesia era para Julia como la antesala del monasterio donde había querido albergar a la niña por muchos años. Se encaminó a una puertecilla, salió y llamó a la superiora. Las palabras sencillas se entienden fácilmente. Fueron breves, como debía ser la despedida, y se marchó un poco más pobre, pues se

había desprendido allí de los pocos recursos que aún le quedaban. Todo fue tan deprisa que la criaturita apenas si tuvo tiempo de girarse. Y la madre ya no estaba. Y todo aparecía como registrado en una antigua inscripción. Allá había un dormitorio y, más allá, una escuela. Y aún más allá había un jardín y, en el otro lado, un comedor. Y la iglesia estaba en todas partes, incluso en el dormitorio. Pero la madre, por más que la niña lo esperara, no estaba en ningún sitio. María era una niña acostumbrada de antemano a su destino. Sentía que su madre lo había preparado y por eso no lloró. Tampoco al poco tiempo se hubiera acordado más de su madre y se hubiera convertido en una monja pequeñita. Pero las monjas la consolaban y casi derramaban por afecto las lágrimas que ella no vertía. Pronto aprendió a leer y a escribir y las palabras de la conversación y la oración. Y aprendió a cantar y a bordar la ropa blanca y a hacer puntillas y a ordenar y cuidar una casa. A buen seguro se hubiera convertido en una monja lega de no ser porque las monjas le mantenían vivo en cierto modo el recuerdo de su madre. Y como no aprendió a olvidarla, no la olvidó. Aquello formaba parte de su manera de ser. Formaba parte de la firme obediencia y de la estricta educación. Era un pequeño milagro. Como un santo en un sarcófago. Pero aquel descaecimiento que había heredado era también su fortaleza, encarnaba el espíritu del tesoro que constituía su bagaje, el de la iglesia. Y eso debía de intuirlo ella, a pesar de su inocencia; de no haber sido así, no hubiera sentido lo que sentía. La superiora, que era circunspecta, sonreía cuando la veía. Y, allá fuera, la madre quizá vivía como no debía y se olvidaba de la sagrada crucecita con la que Dios la había honrado. O no sabía de ningún Dios y no le daría las gracias hasta el fin de sus días. Pero las monjas nunca hablaban de ello. Mucho menos con la niña. Y ello era bueno. Porque quién sabe. La necesidad de un alma es a menudo una lucha a muerte. Mientras nosotros estamos lejos haciendo conjeturas, puede que el tronco

arranque de la tierra sus propias raíces. ¡Señor, ten piedad de un ser humano en estas circunstancias! Pues, aun desarraigado, la muerte no le llega de inmediato. Vaga por el mundo con un estigma y sabe que no hay lugar para él. Sin haber matado a nadie, es Caín.

Solo una cosa es segura: Julia fue a una gran ciudad y visitó a sus antiguos amigos. Pero ya no eran amigos. Su desinterés y su desamor no habían conseguido mantener lo que obraran el tiempo y los cambios en la distancia. Todos mantenían con ella un diálogo de sordos y ella con ellos. Y además Julia necesitaba ganarse la vida. De modo que tuvo que seguir su camino e ir a buscar trabajo. Así que llegó otra vez a un pueblo. Aquellos eran tiempos de migración, en que todo el mundo buscaba una nueva vida. Pero Julia no era muy resuelta, no iría ni a América ni a Jerusalén. Una tejeduría contrataba a gente sin formación. Allí se quedó. Y allí trabajó casi diez años. Discreta y sin aspiraciones, pronto se la consideró una de la casa. Pues que fuera tan reservada le convenía a cualquier fábrica y la fábrica le venía como anillo al dedo a la gente floja y enclenque como ella. Y que nunca robara ni se llevara piezas con tara, cosa en la que se hacía la vista gorda, también parecía un milagro. Que nunca hubiera permitido que la promocionaran a los otros telares, en los que se tejían estampados de flores y zarcillos, se debía también a una conveniencia. Ella se había quedado para siempre al cargo del telar ordinario. Y nunca se metía en peleas ni trababa amistades. Pero no por ello estaba triste, no; antes bien se diría que estaba contenta, básicamente. Al menos ahora sabía que no era independiente, que en cierto sentido no era autosuficiente. Y si la muerte la había alejado de la casita y del huerto era para que buscara su sustento en otra parte. Y como no podía esperarse encontrar a un bondadoso anciano amigo que la tomara bajo su protección, no solo a ella, sino también a la niña, era ella quien debía proteger a la niña de algún modo. Así estaban las cosas. Y era un milagro que ella lo comprendiera y otro aún mayor que actuara

en consecuencia. La armonía de que ahora disfrutaba no hacía daño a nadie. Pero en la infancia y en su primera juventud, incluso antes de nacer, en la ajetreada existencia de sus antepasados, debió de ser maltratada, humillada y descalificada hasta la saciedad. Así pues, ¿no había sido la bendición de un ángel la que la había socorrido?, ¿la que había llegado en el momento adecuado y la había llamado a acompañarle ciegamente a través de las humildes experiencias de sus carencias?

¿Incluso la que le permitía alimentar planes de futuro? Porque ella nunca lo hubiera conseguido por sí misma; ella no tenía tanta energía como pudiera tener otra persona o una institución. Ella sola nunca hubiera podido lograr criar a su hija, sin un amo, en aquella casita de campo. Ni siquiera hubiera intuido lo que significaba criar, porque en el fondo, en lo que a ella concernía, la vida se le antojaba vacía y anodina. Y lo seguía siendo incluso cuando estaba con otra gente, aunque ahora lo soportaba pacientemente, agradecida, como si disfrutara de un regalo que no hubiera sido necesario.

Claro que aquella opinión no se la había formado en un día ni por el desengaño de una sola noche de amor, cuando la más insignificante de sus experiencias infantiles hubiera podido darle a entender quién era ella y cómo era. Lo que le había permitido hacerse aquella idea no había sido nada que sucediera de un día para otro. Había sido la suma de todas las horas de su vida la que se lo había dado a comprender tan claramente: «Eres una desmañada, eres torpe hasta la médula. No sabes qué es el amor, por más que seas paciente y casi buena persona. Porque el amor te lo he matado en la primavera con la escarcha. Y sin amor ningún ser humano es capaz de vivir realmente. Sin embargo, yo, la naturaleza, no voy a dejarte morir. Habrás de vivir hasta el final tal y como eres y soportar a los demás tal y como son. Y aún te concederé y te enseñaré algo más. Pero tampoco esto significará enriquecimiento

para ti en un sentido genuino. Solo tu pobreza y tus carencias te pertenecerán, nunca sentirás amor y nada obtendrás. Este es mi propósito, a él debes mantenerte fiel. Y esta fidelidad será, por así decirlo, tu única victoria».

Esto era lo que su destino había decidido para ella. Extremamente duro y, con todo, benigno; quitaba y negaba, y, a pesar de todo, esparcía benevolencia sobre ella. Porque tener tanta lucidez es un gran don. Como es natural, con la gris vida que llevaba se acordaba a menudo de aquella calle del pueblo y del banco, también del banco. Y del viejo y de la casa. Pero sin desazón, con el paulatino paso del tiempo, fue asimilándolo hasta que la calle acabó por ser calle, el banco dejó de apenarla y el convento de su hija la requería como un bordado piadoso. Tenía la suerte de que, después de todos aquellos años, sus dos pobres realquiladas, viendo llegar la vejez, habrían buscado empleo en alguna parte. Así podría ella instalarse allí sin tener que comprar. Pero antes llamó a la puerta de la superiora para recoger a su hija. Había tenido noticias de la niña. La había imaginado tal como ahora la veía. Cuando la vio allí con su maletita, adulta y sin embargo niña aún. Pero una niña hecha y derecha, de voluntad firme, cuya fragilidad se había trocado en fortaleza. Despedirse formalmente de la superiora no era necesario, pues en principio la separación significaba la transición de un convento a otro. Y ni a la madre ni a la niña les dieron ningún beso; en su lugar se las honró con una reverencia. Un beso hay que darlo al final de la vida.

Susanna

LOS NIÑOS NO PARÁBAMOS de jugar junto a la ventana abierta. El día aún no había declinado, pero para nosotros era la hora tranquila.

Mi hermana hablaba en voz muy alta.

Una muchacha entró. Llevaba su cabello castaño y largo peinado en una trenza. El vestido gris y el delantal gris. Nos callamos; la forastera parecía prudente. «He oído decir que en esta casa hay niños; ¿puedo jugar con vosotros?».

Jugamos y, cuando el reloj dio las ocho, cogió su labor de punto y volvió a su casa.

Después llegó nuestra madre y le dijimos: «Ha venido Susanna».

Por aquellos años yo me sentaba muy a menudo sola, apoyada en el muro de la casa, mirando en dirección al jardín, y soñaba con la muñeca, con los ojos puestos en la pérgola.

En una ocasión encontré nuestra puerta cerrada y me fui al piso de arriba.

Susanna estaba allí. Estaba de pie junto a la ventana de la cocina y borraba algo de un dibujo.

Su madre cortaba pan para una mesa larga y ponía cada rebanada en su sitio.

Esta vez la vi como la recordaría siempre: alta y flaca, de tez oscura y ropa monocolor, negra. Amable, me ofreció una rebanada

para merendar. Luego me marché.

La vez siguiente que la vi ya era casi Navidad. Sobre la mesa, una lámpara proyectaba una luz verde. La familia estaba sentada alrededor. La madre hacía calceta, los hermanos dibujaban. Los demás se entretenían con revistas ilustradas.

El padre no se veía aún por allí. Así que me dirigí al mayor de todos y le rogué en un susurro: «Cúrame esta muñeca; se le ha caído la cabeza». Sobre el escritorio había pequeños dibujos, que me regaló y pegó en la primera página de un álbum. Se hablaba siempre susurrando. Allí pocas veces tenían algo que decirse unos a otros. Nunca se me ocurrió hablar en voz alta. Solo una vez me reí abiertamente y me acompañé con los pies. El hombre que estaba sentado presidiendo la mesa se levantó y, acercando su blanco cabello a mi cara, tronó: «¡Silencio!».

Todo volvió a tornarse gris para mí hasta que mamá dijo: «Puedes volver arriba; Susanna está allí».

Con la mirada ausente, dije para mí: «Pero tenía escarlatina; está en cama».

Había una habitación con dos camas. En el lado de la ventana estaba Susanna. Tenía los ojos y los cabellos como los de aquel día. Pero las mejillas pálidas.

Todos los días me sentaba en su cama y hablábamos, como antes. También los hermanos se turnaban para sentarse en su habitación, o algunas vecinas pasaban por allí un ratito.

Y cuando de nuevo la habitación había recuperado el silencio y la tranquilidad, a veces yo sacaba de mi bolsillo un regalito que mi madre había seleccionado de entre mis tesoros.

«¿Pero quizá tú quieres conservarlo aún?», me preguntaba cada vez Susanna antes de extender su mano para cogerlo. Pero yo disimulaba tan bien mi apego a aquello que lo compartíamos todo.

Cuando regresé a la sala de estar me la encontré allí, en el rincón del canapé. «Está mucho mejor», me dijo su madre. Pero Susanna

guardaba silencio y parecía algo triste. Al cabo de un rato, sus hermanas la llevaron de nuevo a su cuarto. Caminaba como una anciana y toda ella estaba cambiada. Después comprendí por qué no estaba contenta. Cuando finalmente reposaba entre sus almohadas le hablaron de un ascensor que querían comprarle para el tiempo de su convalecencia.

Llegaron los médicos. Dos, altos, de piel oscura, y yo pensé que lo que le pasaba era culpa del hombre del cabello blanco.

Fui abajo y estuve jugando junto a la fuente que había delante del jardín. «¡Señora Holle!». A «Susi» —así llamaban a mi compañera de juegos— no la volví a ver en semanas.

Un día de primavera, a primera hora de la mañana, me volvieron a llamar sus hermanas. Susanna estaba sentada en la cama, incorporada, tenía las mejillas moradas y jugueteaba con retales de ropa de colores mientras iba cantando. Todos estábamos muy contentos. El sol todavía no calentaba mucho, nos iluminaba el alma.

Llegó una muchacha vecina a visitarla. Traía una muñeca estilizada con una chaquetita y un sombrerito de punto y ropa de selecta confección, como de regalo. Pero resultó no serlo. Me echó a mí de la cama y empezó a jugar delante de Susanna. Me indignaba su habilidad y al propio tiempo su nerviosismo. Yo no paraba de pensar en su melena pelirroja.

Se giró hacia el sol de la mañana y dijo: «¡Susanna, mañana es tu cumpleaños! ¿No te hacen una fiesta?».

Susanna callaba. Pero la madre sonrió hacia el cuarto desde la sala de estar, y comprendimos que el día sería una celebración para todos.

La vecina, contenta, sujetó la muñeca y su atuendo bajo el brazo y se marchó.

Después la madre se sentó en la cama, junto a Susi, y le habló de lo del día siguiente. «Pero dejaremos tu puerta abierta, claro».

El día declinó y llegó la mañana siguiente, tan hermosa como la primera. Había un ramo de flores de botón de oro y nomeolvides sobre la cómoda, y muchos regalos. El ramillete lo habían cogido los hermanos, lejos de la ciudad, y la mesa de los regalos la habían preparado en secreto con mucha ilusión, antes de que Susanna abriera los ojos. Cubrieron el lecho con adornos blancos, de fiesta, y trenzaron su cabello con cintas rojas.

Habían puesto en sus manos un libro de cuentos que le gustaba leer y releer. Todos guardaban silencio. Cada cual tenía una ocupación.

Con esto llegó el mediodía y sus trece invitados estaban sentados con elegantes vestidos y delantales de volantes blancos charlando a su alrededor. Contaban historias de la escuela, jugaban a la gallina ciega y festejaban con gran alegría.

Nadie pensaba ya en que Susanna estaba enferma. Los niños arrastraban sillas por la habitación y jugaban en círculo a un juego salvaje, al son de una marcha.

En el momento en que les echaban con sigilo de la sala llegó a casa el anciano padre, un hombre alto, sosteniendo una caja enorme en sus brazos. «Susi, adivina lo que hay dentro», le dijo. «¿Para mí?», dijo Susanna dudando, antes de poder adivinar su contenido. El padre sacó una gran muñeca de cabellos rubios, con un collar azul y una camisetita muy adornada.

Luego regresó a su despacho. Poco después, los niños se despidieron y todos volvieron a desearle pronta recuperación.

Susanna sostenía débilmente la muñeca entre sus manos. Nerviosa, la metió en la caja y la puso a los pies de su cama.

Luego extendió su mano hacia mí para indicarme que debía irme o callarme o no pensar en aquello. Pero la muñeca me miraba fríamente a través de la tapa de madera y yo no me moví mientras Susanna se dormía entre sudores y gemidos.

«Susanna se muere». Lo sabíamos, ella y yo, por la muñeca.

Alguien retiró de inmediato la manta, le cambió los paños y consiguió que Susi se durmiera otra vez tranquilamente. Pero la muñeca se cayó y se rompió.

Mi madre me llamó para la cena. Cuando inesperadamente en la oscuridad de la noche abrí los ojos, me pareció oír que, por encima de mí, alguien lloraba en la habitación de mi amiga Susi.

Por la mañana, muy temprano, volví a su lado. Con un sonido imperceptible señaló a una lámpara de aceite; quería que la retirara lejos. Era fácil saber lo que quería. Pero ya no hablaba. Allí arriba reinaba más silencio aún que antes para que ella no se diera cuenta de que se había quedado muda.

Se volvió sorda. Ningún miembro del cuerpo le respondía. Y sus ojos se cerraron.

El padre iba por la habitación de un lado a otro, encorvado hacia la muerte.

Entonces quise olvidarlo todo y fui a sentarme con mis juguetes otra vez, como antes, apoyada en el muro de la casa, mirando al jardín.

Nuestra sirvienta vino tras de mí con los ojos llorosos y dijo: «Susi ha muerto». Ahora ya lo sabía, y salí a la calle a esperar a mi madre.

Ella estaba hablando animadamente con una señora, pero la interrumpí y dije: «Madre, Susi ha muerto».

Con el susto que le di tuve bastante. Corrió a la casa, y la señora se dio la vuelta, pensativa. Alzó la vista a las persianas de arriba, bajadas.

Pero mi dolor persistía aún.

Junto al otro portal estaban los hermanos y las hermanas. A ellos también se lo dije. Tiraron los libros de texto al empedrado y corrieron a la casa. Y vino mi hermana Helene. «Oye, se lo he dicho a los niños, a todos. Susi ha muerto». Palideció, y a continuación dijo: «No se dice “ha muerto”, se dice “ha fallecido”».

Después fuimos las dos dando vueltas por las calles, mientras ella me hablaba de otras cosas. A ella le ocurría lo que a mí. Tenía el alma confusa.

Ya todo el mundo me parecía extraño, todos los de la casa. Me coloqué junto a la ventana de la escalera mirando a los allegados que entraban y salían; y a las coronas; y las tarjetas de condolencia que iban cayendo en la urna. Miraba todo lo que en otras circunstancias estaba lejos de mi corazón.

Su madre salió, alta, de negro, y me preguntó llorando: «¿Quieres ver a Susi por última vez?».

Yacía en el ataúd. Yo lo sabía. Negué con la cabeza y bajé al jardín.

Junto al muro de la casa yacía mi muñeca. Susi era siempre tan alegre. Pensé en ella.

En aquel momento, una fila de niñas de la escuela, vestidas de negro, asomaba por la esquina. Un automóvil las precedía.

«Ahora Susanna está en el cielo».

Pero Helene estará también fuera hasta la noche. Doblan las campanas.

EPÍLOGO

Morir feliz por haber vivido.
La recurrencia en Regina Ullmann

Nora Gomringer

A VECES CREO que es una lástima que me sienta demasiado vieja para una tesis doctoral. Me hubiera gustado escribir algo acerca de Regina Ullmann, un análisis de su prosa, que no explora la recurrencia, sino que juega con la recurrencia, tan estudiada por la lingüística de texto. La usa de formas diversas, pero, a juzgar por las veces que yo, en mi primera lectura de sus textos en prosa, dibujé al margen algo así como un vector girando casi por completo sobre sí mismo, estaba claro para mí que Ullmann era magistral en ese arte.

Debemos tratar con cautela a una autora sobre la que, en comparación con lo que sucede con otros autores, se han dicho y se dicen muy pocas palabras. Porque en este caso todo lo que se dice tiene mayor peso y trascendencia. Todo puede acabar en reconocimiento o en desaprobación de esta mujer ya fallecida, cuya voz sigue viva en sus poemas y en su prosa.

En todas sus obras hay algo que nos atrae, seguramente también por la recurrencia, pues o el tema levanta un torbellino o la autora elige una variante lingüística del torbellino. Por ejemplo, en el relato *El globo aerostático*, nos invita a la reflexión de si los niños son capaces de verlo todo, más allá de la muerte. Ellos albergan «un espacio en su interior que parece no estar construido solo sobre papel», y a mí me parece que este espacio interior, ese cofre, constituye el torbellino narrado, porque Ullmann construye sus personajes sobre una base arquetípica, narrada con extrema

precisión: niños, animales, sirvientas, campesinos, ancianos, flemáticos, mendigos, seres humanos que plasma en lo que podríamos llamar su estado original. El relato está inusualmente preñado de motivos que se bifurcan y se reflejan entre sí continuamente. Narra la historia de un emocionante espectáculo dominical del que la madre anima a los hijos a disfrutar: ¡un acróbata se elevará en un globo aerostático!

Este extraordinario acontecimiento provoca reflexiones acerca de la muerte y la fascinación entre los personajes del relato, y la autora lo cierra con un símil del mundo animal: «Pero nosotros, como las ardillas, pestañeando y a todo correr, de un salto volvimos a escondernos bajo nuestras piedras». Las piedras, lugares de la inocencia, del alejamiento del mundo, de la protección, de la distancia diametral del mundo de los humanos y de sus quiméricos caminos, cuando estos apuntan hacia el cielo y no hacia el polvo. Los niños y su capacidad visionaria de ver las cosas de la vida y, sobre todo, de la muerte protagonizan también el relato *Susanna*, en el que una muchacha del vecindario muere y el tropel de niños de una casa multifamiliar intuye que el final se va acercando, agasaja a la moribunda por su aniversario y, finalmente, asimila su muerte de muy diversas maneras.

Me vienen a la memoria escenas de *El terco*, *El benjamín*, del relato de terror *Las góndolas están de luto.* ¡Me refiero a que hay entre ellas una conexión muy tentadora! Esta podría ser de utilidad para comprender la autoestilización, la apariencia de eterna joven muchacha que durante toda su vida gustó a la autora dar de sí misma, tal como podemos comprobar, entre otras cosas, por los documentos con fotografías que se conservan en la Monacensia.[5] Una muchacha, paradigma de la inocencia y de capacidades extraordinarias. La escena que describe a una mariposa posándose sobre el pecho de un enamorado al que unos ciervos en celo han matado a patadas en avalancha (*De un antiguo cartel de mesón*) o

incluso el arrobamiento de los niños por la visita a la casa de un cajista en Navidad darían pie a Lars von Trier a ponerse a trabajar. Una lee los relatos de Ullmann y piensa de inmediato en directores de cine a los que desearía proponérselos para que practicaran su arte.

David Lynch debería poner a volar al acróbata del globo aerostático en una vega en medio de los bosques de Twin Peaks. Y daría un excelente *Inception-Moment* insólito que la mujer de *La pared*, de Marlen Haushofer, encontrara en la estantería un libro que contuviera el texto tripartito de Ullmann *El camino rural*. Que la actriz Martina Gedeck, en la película de Julian Pölsler sobre una mujer muy parecida a ella, que sufrió aislamiento de otro tipo, leyera algún texto en el que la depresión jugara un papel crucial, en el que solo el hecho de cruzarse con un ciclista significara una tremenda conmoción. Solo entre el mundo animal, el de los cerdos y su cuidador, se percibe una normalización de la situación de la voz narradora femenina. Se me ocurren continuamente películas de terror y nombres de directores de cine en todo lo que leo de Regina Ullmann, seguramente porque su modo de narrar contiene las ambivalencias que constituyen los requisitos del género. Incluyendo sus finales abiertos, las situaciones inciertas, la inestabilidad, todo lo que sugiere al lector que las cosas no pueden sujetarse con un lazo. Por ello, ya en 1983 se rodó la temática del paradójico enfrentamiento entre el ser humano y el ratón en *De origen desconocido* con el actor Peter Weller; el relato de Ullmann *El ratón*, por su intensidad, tiene mucha relación con la película. Mientras que Weller destruye hasta los cimientos de su casa para apresar a un roedor (o lo que fuera la extraña criatura), el ratón arruina el universo del sueño del protagonista, no sin antes convulsionar hasta sus fundamentos la noche entera y la razón como mediadora entre el día y la noche. Porque, «yo, pobre de mí, solo deseo tranquilidad. […] La tranquilidad es el inmarcesible alimento del alma. Para

quien no la tiene, la noche se convierte en día».

Para reforzar la desigual e intensa lucha entre ratón y ser humano, Ullmann se sirve a menudo de la recurrencia: el reloj emite «un ruido que se reproducía a sí mismo», el protagonista no deja de pensar en el daño que «el propio sol se ha ocasionado particularmente a sí mismo», la niebla es la niebla «que en cierto modo vive inmersa en su propia luz» y el incansable roedor se describe como un ser dedicado a «una ocupación que se consagra a sí misma». Todo se desarrolla a través de reflexivos en las consideraciones de quien casi se ha vuelto loco, sus pensamientos se mueven en círculos y el nuevo día y la trampa que se cierra de golpe con el roedor dentro conducen a la pregunta de la responsabilidad hacia esta criatura cuyo susto y desesperación se perciben y comparten con empatía, pero se desvanecen por la contrapartida del delicioso placer que experimenta el pequeño animal con su poder. A costa de la vida del ratón, porque este acaba preso y, en consecuencia, logra un perjuicio para el alma humana.

Las penetrantes imágenes de Ullmann, que se apartó del judaísmo para convertirse al catolicismo, derivan probablemente de su convicción de que el interior del ser humano alberga una porción del Paraíso. Ello nos permite a todos participar de la creación y de la idea de la sanación, si bien, como es natural, también de la permanente percepción de la muerte. Claro que algunos se comportan como si el Paraíso ya no hiciera mella en ellos, y eso explica, por ejemplo, que *El viejo*, en el relato de este título, asuma la responsabilidad de la vida de una mujer por egoísmo, una mujer que le parece abyecta. Un vampiro que, sin beber sangre, permanece joven, mientras su frío comportamiento debilita a su mujer, más joven, a la que finalmente deja morir.

Los textos de Regina Ullmann parecen reflejar muchos aspectos de su biografía y en los textos de esta escritora austriaca, de trayectoria suiza y alemana, se leen entre líneas los desgarros y las rupturas, la capacidad de análisis que con seguridad adquirió en su terapia como paciente y, en consecuencia, también es asombrosa y admirable la capacidad de trasladar sus vivencias a otros. A veces pienso que es una lástima que muy probablemente nadie me facilite el dinero para escribir un guion cinematográfico de los relatos de Regina Ullmann, porque creo que lograría adaptar en buena medida la impresión que nos deja su lectura: el mundo trepida en sus cimientos, y en las grietas que provoca, sobre un lienzo extendido, hay una mujer sentada observando un pequeño objeto, que sostiene en el cuenco de su mano. Nos mira y quiere mostrarnos qué es. Pero nosotros seguimos transitando eternamente por un mundo insonoro, alejándonos de ella en silencio, entre tinieblas, solos, hacia la muerte, hacia los universos que exploraba y describía como territorios interiores. Regina Ullmann practica constantemente el arte de la recurrencia, y yo seguiría encantada hablándoles de él sin cesar, pero compruébenlo ustedes mismos.

La biblioteca Monacensia (en la Hildebrandhaus) alberga una colección científica sobre la historia, la literatura y la cultura de la ciudad de Múnich. *(N. de la t.)*.

Notas

[1] Alusión al cuento recopilado por los hermanos Grimm, conocido en español como *La oca de oro* o *El ganso de oro* en el que interviene una larga hilera de gente, que se va formando por quedarse sus componentes pegados involuntariamente unos a otros al intentar liberar de la obligada cadena a su anterior. Sobre este cuento también se filmó una película alemana (*Die goldene Gans*, Siegfried Hartmann, 1964). *(N. de la t.)*

[2] Así se llamaba al que pesaba mercancías; en los mataderos, las piezas de carne. *(N. de la t.)*.

[3] Un *rappen* es un céntimo de franco suizo. *(N. de la t.)*.

[4] Los espejos tienen un gran espectro de significados simbólicos. Para algunos significan la visión reflejada de la verdad objetiva. Generalmente son un símbolo de profundidad espiritual y psicológica. No solo revelan nuestra apariencia, sino que también pueden revelar quiénes somos en un nivel más profundo. En términos generales, los espejos representan la profundidad del alma y la mente de una persona (*N. de la t.*).

[5] La biblioteca Monacensia (en la Hildebrandhaus) alberga una colección científica sobre la historia, la literatura y la cultura de la ciudad de Múnich. *(N. de la t.)*.

Me vienen a la memoria escenas de *El terco*, *El benjamín*, del relato de terror *Las góndolas están de luto.* ¡Me refiero a que hay entre ellas una conexión muy tentadora! Esta podría ser de utilidad para comprender la autoestilización, la apariencia de eterna joven

muchacha que durante toda su vida gustó a la autora dar de sí misma, tal como podemos comprobar, entre otras cosas, por los documentos con fotografías que se conservan en la Monacensia.[5] Una muchacha, paradigma de la inocencia y de capacidades extraordinarias. La escena que describe a una mariposa posándose sobre el pecho de un enamorado al que unos ciervos en celo han matado a patadas en avalancha (*De un antiguo cartel de mesón*) o incluso el arrobamiento de los niños por la visita a la casa de un cajista en Navidad darían pie a Lars von Trier a ponerse a trabajar. Una lee los relatos de Ullmann y piensa de inmediato en directores de cine a los que desearía proponérselos para que practicaran su arte.

Mamá me pidió que le sostuviera la sombrilla. Quería rebuscar en su bolsa y sacar dinero. Vi que sacaba cincuenta *rappen*.[3] Era mucho. A los mendigos les daban tres *rappen* para un pan, a los artistas ecuestres les pagaban diez *rappen*. Una mujer canosa, gordita y bajita iba pidiendo. Ni que decir tiene que estaba en apuros, porque quién no entendería que había de estarlo con la poca gente que había en aquella exhibición: podía decirse que ni un alma, porque la poca gente que había se volvía hacia otro lado cuando veía el platillo, así que lo poco era tan poco que apenas si se podía dividir. Su situación no era como para tirar cohetes. También los niños, sus nietos, se mantenían apartados, al margen, que la necesidad expande tan a conciencia. Allí estaban quietos mirando la extensa llanura, no hacia arriba, como nosotros; parecían dolidos. De modo que la casa de la bandera era la hostería… Se les veía muy tensos, como seres que se ven obligados a esperar y a observar. Como si, participando de un ceremonioso juego de niños, nos hubiéramos acercado a ellos y les hubiéramos preguntado sin rodeos: «¿Sois de la hostería?», hubieran negado con la cabeza, con vehemencia, para que todo el mundo supiera que querían decir «no». Ellos encarnaban pura y simplemente su propia miseria, igual

que un huertecillo orientado al norte: el color rojo mudó a rosa; el azul, a azul claro; el amarillo, a oro difuminado. Habría que haberles dado diez francos sin dudar ni un momento, diez francos sin regatear. Allí había seres humanos que tenían que vivir día tras día, que llevaban grabados en su memoria sufrimientos que habían superado como si de días de suerte se tratara, como si aquello ya les asegurara una larga vida. Era aterrador. Haberlo visto o no, haberlo vivido o no, no era lo importante. Tanto si uno era niño e ingenuo como si era adulto a golpe de privaciones, un cuadro como aquel no podía parecerle creíble. «Las diferencias de edad no existen», gritó una voz, «no es verdad que no tengamos nada». Era como si un hombre musculoso con sus pesadas pértigas y el pecho reluciente como el oro se cimbreara hacia el cielo haciendo aviesos aspavientos a los ojos del mundo para hacernos entender que la limosna era barata. Miramos al suelo, avergonzados por nuestra petulancia, petulancia pertinaz; de no haber sido así, aquel hombre nos hubiera persuadido. Pero por el momento solo teníamos el suelo bajo nuestros pies, no había ilusión ni verdad que nos permitiera olvidarlo. ¿Cuándo cala en nosotros la piedad? No lo hace en la niñez, no lo hace en la juventud, quizá tampoco en la madurez. Dar es cuestión de sencillez. Quizá tenga que ver con otra cosa, con la paciencia; quizá radique en la propia necesidad, que no nos ha llegado aún ni ha obrado un cambio en nosotros todavía. Es una ciencia incisiva, la necesidad; dejemos el tema. No creo que a la anciana le parecieran poco los cincuenta *rappen*, aunque ella no dio a entender nada; su mirada permaneció turbia, inalterable. A veces uno quisiera ser todas las personas que no habían acudido y no habían desembolsado nada. También ellas lo sabían. En el diario podía leerse un parco anuncio, algo así como: «Si hace buen tiempo, acudan el domingo; un acróbata nos deleitará con sus piruetas colgado de su globo. Invitación cordial». Fecha, lugar y hora.

Se levantó y se marchó. Un día como aquel se hace largo para un

hombre de edad avanzada. Más aún cuando el anciano no es comprensivo, sino que es como él era. No tenía recursos ni subterfugios contra el aburrimiento. Todo se lo había arrebatado concienzudamente su joven asistenta. Esta había sido la maldición para su aviesa naturaleza, el hecho de que ella le dejaba tiempo para la nada. Se dirigió a la calle que tenía los escaparates más bonitos. Observó los objetos expuestos, pero lo que pensaba entretanto no lo sé. Paseó por los soportales. Contempló, una tras otro, los deteriorados murales, pero más por distraer su senilidad que por auténtico interés. Al rato le llamó la atención un desfile que asomaba por la esquina de uno de los arcos. ¿Qué opinión tenía de la música? Ninguna. En realidad, solo distinguía entre dos tipos: marchas y valses. Y ninguno de los dos le agradaba. Las personas que se habían añadido al desfile se le antojaban como las de la oca de oro, pegadas sin querer una con otra.

Porque en aquel hombre el amor no era lo suyo. El buen Dios le había concedido alcobas limpias y habitables y una sirvienta y una madre y todos los violines del cielo. Teniendo todo aquello, estar o no enamorado era lo de menos. Yo estaba muy alterada y predispuesta en su contra. Empecé a ver a los pajarillos como un despropósito, aquellas almas vírgenes aprisionadas. En aquel momento no le hubiera puesto ni un espejo en la habitación. Y, sin embargo, podía tener un efecto contrario. Él podía ser el vencedor absoluto, sobre el mundo entero. Podía pasar algo inesperado.

Las voces se lo recordaban a uno, el extraordinario universo dominguero al completo. Por el camino afluía la gente a la iglesia. Un chaval de nuestra edad tocaba el tambor ante la casita del pesador[2] y gritaba y zapateaba con tanto brío que sus rodillas golpeaban la piel del tambor. Era un trabajo ingente. Ese no iba al estadio para ver el globo. Él poseía ya un tambor casi tan grande como el globo. Lo tocaba en honor de su calle, de su padre, de todos los que refulgían bajo el sol, no lejos de allí. Pero su padre estaba

sentado junto a la ventana. Nos veía y lo veíamos, y él veía a su retoño y nosotros veíamos a su chico. Y también le oíamos. Sin embargo, el pesador vivía detrás de ventanas sordas. El mundo es un gran espejo, de repente uno se refleja inevitablemente en los ojos del otro. «Ese hombre», dijo mi madre, «está siempre metido en su casa». Si alguien nos hubiera convertido inesperadamente en el poste de madera que había delante de la enorme báscula, en el poste al que ataban a los caballos, no nos habríamos asustado tanto. Así que «siempre», esa palabra ha impulsado a más de uno a recorrer mundo. Lo sentíamos por el susto que nos infundió. ¡Ah!, podemos calcular nuestro destino de muchas maneras. Y es justo que así sea. No podemos dejar de hacerlo. Todos queremos saber siempre a dónde nos llevan nuestros pasos. Y hasta la acción más insignificante deja su huella.